



LOS SECRETOS DE XANOS

Carol Marinelli

Noche de bodas escandalosa

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

NOCHE DE BODAS ESCANDALOSA, N.º 64 - abril 2012

Título original: A Shameful Consequence

Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

Publicada en español en 2012

Española de Patentes y Marcas y en otros países.
I.S.B.N.: 978-84-687-0032-8
Editor responsable: Luis Pugni
ePub: Publidisa

Prólogo

ESTA noche tendrán sus propias habitaciones –anunció Alexandros–. Habitaciones separadas.

–Pero… ¿qué daño podrían hacer si… ?

Roula no terminó la frase; había aprendido a no cuestionar las decisiones de Alexandros. Pero en ese caso, debía plantar cara. Separar a los chicos le parecía cruel, de modo que intentó otra forma de encarar el problema.

–Te despertarán con sus lágrimas.

–Pues que lloren. Así aprenderán que, de noche, tú estás conmigo.

Alexandros le pasó una mano entre los muslos y le dijo que aquella noche no habría excusas; aunque a

decir verdad, nunca le hacía caso cuando se las daba.

Roula se sintió aliviada cuando él cerró de un portazo y se fue a pasar el día en el exterior de la taberna, jugando a las cartas y bebiendo con sus amigos. Pero su alivio duró poco, porque con su marcha empezaba la cuenta atrás hasta su vuelta.

Con diecisiete años de edad y dos gemelos, sus hijos eran la única alegría que tenía. Podía estar horas sin hacer otra cosa que verlos dormir. De vez en cuando, uno abría sus grandes ojos negros, de pestañas tan largas que le acariciaban las mejillas, y miraba a su hermano; luego, tranquilizado por su visión, los volvía a cerrar.

Cuando los dio a luz, la matrona comentó que eran exactamente iguales. Y exactamente opuestos, porque Nico era diestro y tenía el pelo hacia la derecha y el pequeño Alexandros era zurdo y lo tenía hacia la izquierda.

Un año después de nacer, aún compartían cuna y gritaban cuando Roula los separaba. Protestaban aunque los pusiera en dos cunas y las pegara después. Pero aquella noche, si no hacía algo al respecto, terminarían en dormitorios distintos. Y ella oiría sus

terminarían en dormitorios distintos. Y ella oiría sus llantos mientras su marido volvía a usar su cuerpo.

Estaba harta de aquella situación. Harta de transigir.

Pensó que su padre la ayudaría si llegaba a saber que Alexandros ni siquiera le permitía que saliera de casa. Él había querido que se casara porque el dinero que obtenía con la venta de sus cuadros no era suficiente para mantenerlos a los dos. Sin embargo, Roula estaba segura de que no querría que su hija y sus nietos vivieran de ese modo.

—Ahora —se dijo a sí misma—. Tienes que hacerlo ahora.

Tenía cinco o quizás seis horas antes de que Alexandros volviese, pero no perdió el tiempo. Corrió por el pasillo, sacó una maleta, guardó las pocas prendas de sus hijos y, por último, entró en la cocina y alcanzó el bote escondido donde había estado guardando dinero durante varios meses.

—¿Así es como me lo agradeces? ¿Robando al hombre que te ofreció un techo?

Ella se quedó helada al oír la voz de Alexandros.

—Está bien —continuó su esposo—. Si quieres irte,

vete.

El alivio de Roula solo duró unos segundos; los que él tardó en añadir:

–¡Pero solo te llevarás a uno de los niños!

La agarró del brazo y la llevó al dormitorio. Los pequeños se habían despertado con los gritos y estaban llorando.

–¿Cuál de los dos es Alexandros?

Roula se lo señaló en silencio. Él alcanzó al niño que llevaba su nombre y le dio a Nico.

–Llévatelo. Y márchate.

Roula corrió hacia la casa de su padre, abrazando al pequeño. Corrió hasta que la vio en la distancia y se dio cuenta de que estaba cerrada. Sorprendida, preguntó a los vecinos; le dijeron que su padre había fallecido y la despreciaron por no haber estado con él durante sus últimos días ni haber asistido a su entierro.

Se quedó atónita. Era la primera noticia que tenía. Según le contaron, habían informado a su esposo de la situación. Pero su esposo no le había dicho nada.

–No te preocupes –dijo a Nico en su desesperación–. Te devolveré a tu hermano.

Roula no tenía muchas opciones. No podía acudir a la policía local porque el comisario era amigo de Alexandros y sabía que no la habría ayudado; pero podía ir a Xanos, al norte de la isla, y hablar con el abogado de la localidad.

Como no tenía dinero, le rogó a un camionero que la llevara. El camionero aceptó, pero a cambio de sus favores. Y Roula tuvo que vender su cuerpo muchas veces más, por el bien de su hijo, cuando llegó a Xanos y supo que el abogado no estaba dispuesto a defenderla si no le pagaba antes.

Para prostituirse de noche, compraba una botella de ouzo, un licor griego, y le servía un taponcito a Nico; así conseguía que se quedara dormido y que no molestara. En cuanto al resto del licor, se lo bebía ella.

Así fue su vida a partir de entonces. Hasta que un día, estando con el niño en un callejón, oyó una voz de hombre.

—¿Cuánto pide?

Roula se giró hacia el hombre para darle su tarifa habitual, pero vio que se encontraba en compañía de una mujer y se negó.

–Disculpe, pero no trabajo con parejas.

–Creo que no me ha entendido… preguntaba cuánto pide por el pequeño.

El hombre le explicó que su mujer y él no podían tener hijos y que estaban en la isla, pasando unas vacaciones, para intentar olvidar su decepción al respecto. Le habló del dinero y de la educación que darían a Nico y comentó que, si aceptaba su oferta, se marcharían a vivir a la vecina isla de Lathira y lo criarían como si fuera de su propia sangre.

Roula pensó en el pequeño Alexandros, que aún estaba con el monstruo de su padre, y se recordó que debía encontrar la forma de salvarlo. Luego, pensó en el alcohol y en los clientes con los que tendría que acostarse aquella noche y se dijo que Nico se merecía una vida mejor que esa.

Aceptó el acuerdo y se dirigieron al bufete del abogado, donde firmaron los documentos oportunos.

Cuando la pareja se marchó con Nico, Roula supo que el niño la olvidaría enseguida. Pero también supo que ella no lo olvidaría nunca.

Capítulo 1

NICO Eliades detuvo el coche en el vado de la casa de sus padres y se preguntó qué estaba haciendo allí y por qué no les había llamado por teléfono.

Había viajado a Atenas para firmar un acuerdo, pero el proceso había sido más rápido de lo previsto. El hotel que quería comprar, ya era suyo. Y como tenía un fin de semana libre por delante y la isla de Lathira estaba cerca, decidió subirse a un avión y hacerles una visita.

Pero aquella casa no era su hogar.

Y no había ido por cariño, sino por un sentimiento de responsabilidad que se mezclaba con un sentimiento

de culpa.

Sus padres le disgustaban. Le molestaba su egolatría y la forma que tenían de usar su riqueza. Su padre se había mudado a Lathira cuando Nico era un bebé de un año de edad y había comprado dos cruceros de lujo que hacían el trayecto de las islas griegas. Nico estaba seguro de que, cuando lo viera, volvería a discutir con él y volvería a soportar la exigencia de que regresara a Lathira e invirtiera parte de su considerable fortuna en el negocio familiar.

En cuanto a su madre, utilizaría la táctica del chantaje emocional y derramaría unas lágrimas para ordenarle que se casara y le diera un montón de nietos y para echarle en cara todas las cosas que habían hecho por él.

Sin embargo, Nico no les estaba agradecido.

No tenía motivos para estarlo.

Antes de pulsar el timbre, respiró hondo para tranquilizarse. No quería entrar con actitud hostil. No quería una discusión. Pero sabía que le criticarían de todas formas; dirían que nunca les había dado las gracias por sus estudios, por la ropa, por las oportunidades que le habían ofrecido, por cosas que

oportunidades que le habían ofrecido, por cosas que cualquier padre habría hecho.

Cuando por fin llamó a la puerta, la criada que abrió lo miró con inquietud. Sabía que los señores de la casa se enfadarían cuando supieran que su hijo había estado allí en su ausencia. Al fin y al cabo, iba muy pocas veces a verlos.

–No están aquí –le informó–. Están en la boda y no volverán hasta mañana.

–Ah, la boda...

Nico lo había olvidado; era la boda de Stavros, el hijo de Dimitri, el principal rival de su padre en el mundo de los negocios. Normalmente, su padre habría querido que asistiera porque le gustaba presumir en público del éxito de su vástago; pero esa vez, sorprendentemente, no había protestado cuando Nico le anunció que no pensaba asistir.

Ahora tenía un buen problema.

Había ido a Lathira a ver a sus padres y no estaban. En otras circunstancias, se habría marchado sin más; pero habían pasado varios meses desde la última vez que los había visto y pasarían varios meses más hasta que se le presentara otra ocasión parecida.

–¿Dónde es? –preguntó a la criada–. ¿Dónde se celebra la boda?

–En Xanos. Se celebra allí porque la novia es de esa localidad.

La criada alzó la barbilla un poco al responder. Xanos estaba de moda entre los ricos y famosos, pero los habitantes de Lathira se consideraban superiores a ellos.

–¿En el sur? –preguntó él.

–No, en la ciudad antigua. Su padre y el señor Dimitri no tendrán muchas comodidades esta noche.

Él sonrió. Aunque su padre era un hombre con dinero, el sur y sus hoteles de lujo estaban fuera de su alcance.

Por lo visto, no tendría más remedio que ir.

Y ya había tomado la decisión de llamar a Charlotte, su secretaria, para que se encargara de organizarlo todo, cuando recordó que Charlotte no se podía encargar de nada porque se había ido a Londres.

En ese momento apareció el chófer, que llevaba sus maletas. Nico miró a la criada y le pidió que se encargara del equipaje. Después, se volvió a girar hacia

el chófer y dijo:

–Encárgate del transporte.

–Eso va a ser difícil... Su familia se marchó a Xanos en el helicóptero y no volverá hasta mañana.

Nico asintió.

–En tal caso, llévame al transbordador.

–Por supuesto, señor.

El chófer lo trató con una cortesía excesiva porque no tenían confianza. Nico viajaba constantemente, así que utilizaba los servicios de varios conductores distintos; y cuando surgían complicaciones como esa, llamaba a Charlotte. Pero casualmente, su secretaria también tenía una boda aquel fin de semana.

Minutos después, llegaron al puerto. Como Nico iba de traje, se ganó unas cuantas miradas de curiosidad cuando se acercó a la ventanilla a pedir un billete; miradas que se volvieron a repetir cuando subió al barco.

Ajeno al interés que despertaba, pidió un café solo en el bar y se puso a leer un periódico para matar el tiempo, pero no pudo. Un niño se puso a llorar con tanta fuerza que, al cabo de unos segundos, harto de

sus sollozos, se giró y miró a su madre con cara de pocos amigos. La madre reaccionó al instante e intentó tranquilizar al pequeño.

–Discúlpeme –dijo la mujer.

Nico sacudió la cabeza e intentó decir que no tenía importancia, pero la boca se le había quedado seca de repente.

Miró las aguas y la isla de Xanos, que ya aparecía en la distancia, y sintió el viento en el rostro mientras el niño empezaba a llorar otra vez. El día era cálido y soleado, pero se estremeció como si hiciera frío. Y durante unos momentos, se sintió al borde del vómito.

Se levantó, caminó a duras penas hasta la barandilla de la cubierta y se alejó del resto de los pasajeros. Era demasiado orgulloso para mostrarse débil delante de otras personas. Pero aún oía los sollozos del niño.

Ni siquiera se podía engañar con la posibilidad de que se hubiera mareado. Nico salía a navegar casi todos los fines de semana y estaba acostumbrado al mar.

Definitivamente, aquello era otra cosa.

Miró la isla de Lathira, de donde había partido, y volvió a clavar la vista en la isla de Xanos, adonde se dirigía

dirigía.

Pero el malestar no desapareció.

Cuando atracaron, Nico bajó rápidamente del transbordador y decidió tomar un taxi en lugar de utilizar el transporte público. Se acercó a la parada, entró en el primero de los vehículos y le pidió al conductor que lo llevara a la iglesia.

Durante el trayecto, rechazó los intentos del taxista por entablar una conversación y se dedicó a contemplar la ciudad por la ventanilla. Todavía se sentía mal. Y la sensación empeoró cuando bajó del coche y empezó a subir las escaleras del templo. Seguía mareado. Tenía la sensación de estar en un sueño.

Justo entonces, llegó la limusina de la novia, que inmediatamente se vio rodeada de damas de honor. Aunque llevaba el velo puesto, Nico le pudo ver la cara y pensó que Stavros tenía mucha suerte.

Era una mujer impresionante. Llevaba un vestido sencillo, ajustado a las voluptuosas curvas de su cintura y sus caderas y a sus grandes pechos, que se movieron cuando inclinó la cabeza para dar las gracias a una niña que le había dado una flor.

La encontraba tan bella que no podía dejar de

mirarla. Tenía la piel clara, mucho más clara de lo normal en la zona, y un cabello oscuro, recogido en un moño, que deseó soltar. Estaba demasiado lejos de ella para distinguir el color de sus ojos, pero vio su sonrisa cuando su padre la tomó del brazo y le pareció apasionantemente llena de energía.

Sin embargo, su sonrisa y su energía flaquearon un segundo al entrar en la iglesia. Nico se dio cuenta y notó que no se debía al lógico nerviosismo de una novia en esas circunstancias, sino a otra cosa; era como si no quisiera casarse.

Y tenía razón.

Pero Connie, la novia, no estaba dispuesta a admitirlo. Se dijo que solo era estrés, la consecuencia inevitable de las largas y pesadas semanas anteriores. Su padre quería demostrar a los vecinos de Xanos y a sus amigos de Lathira que, al contrario de lo que se rumoreaba, las cosas le iban bien. Y en consecuencia, había sometido a su única hija a un sinfín de actos sociales.

Había sido tan duro que la boda no le pareció verdaderamente real hasta que entró en la iglesia. Solo

entonces, comprendió que estaba a punto de dejar de ser dueña de su propia vida.

Nadie sabía que había derramado lágrimas cuando su padre le dio el nombre del marido que le había elegido. Y más tarde, cuando Connie le dijo a su madre que Stavros podía ser un hombre cruel con las palabras, su madre se limitó a recomendarle que guardara silencio.

Además, su futuro esposo no estaba interesado en ella. No le había ofrecido nada ni remotamente parecido a un noviazgo romántico.

Ni siquiera había intentado besarla. Constantine, Connie para sus amigos, llegaba virgen al matrimonio y sin haber disfrutado de la vida. Siempre había estado vigilada por alguien; incluso en Atenas, donde estudió, se encontró sometida a la custodia de su prima, que informaba puntualmente a su familia de todo lo que hacía o dejaba de hacer. Y luego, al terminar los estudios, regresó a la isla y empezó a trabajar en la pequeña empresa de su padre.

Siempre había hecho lo que se esperaba de ella.

–*Kalí tíhi*...

La voz que sonó era la de su madrina, que le deseaba buena suerte en griego. Pero ella no le prestó atención. Siguió caminando del brazo de su padre, quien parecía tan frágil que se preguntó quién sostenía a quién.

Connie se recordó que estaba allí por él; que se iba a casar porque él deseaba verla casada y con la vida resuelta.

No era una situación extraña en la isla, donde aún se celebraban matrimonios concertados; pero de todas formas, Connie no se habría atrevido a desobedecer a sus padres. Además, tenía cariño a Stavros a pesar de que, de vez en cuando, fuera cruel con ella. Y su madre la había convencido de que el amor llegaría con el tiempo.

Pero a pesar de ello, se sintió profundamente deprimida cuando el sacerdote empezó a hablar e inició la ceremonia.

A fin de cuentas, Connie solo era inocente desde un punto de vista físico. Sabía que había otras formas de establecer una relación; sabía que había parejas que se enamoraban, salían, se divertían, se besaban, hacían el amor e, incluso, se separaban a veces. Y deseaba tener

amor e, incluso, se separaban a veces. Y deseaba tener esas experiencias.

Pero la vida no le había ofrecido una oportunidad.

Solo faltaban unos minutos para que se convirtiera en una mujer casada.

Y fue entonces cuando lo vio.

Era Nico Eliades.

Connie lo reconoció enseguida porque todos conocían a su familia.

Nico Eliades. Un hombre alto, de ojos oscuros, que la miraba como si quisiera advertirle de que estaba a punto de cometer un grave error. Un hombre increíblemente guapo; el hombre más atractivo que había visto en su vida. Un hombre que la devoraba con los ojos de tal forma que se estremeció y sintió un calor intenso.

Se alegró de llevar el velo bajado, porque nadie podía ver su rubor.

Pero ella sabía que estaba allí. Y sabía que aquel calor no se debía a la persona con quien se iba a casar ni a la timidez por ser el centro de todas las miradas, sino al hombre que la observaba con una intensidad asombrosa.

La situación le pareció irreal. En el mismo momento en que se disponía a tomar un camino que determinaría su futuro, veía un camino diferente.

Aunque los labios de aquel hombre no le dedicaron ni la más leve de las sonrisas, sus ojos la atraían de un modo tan feroz que estuvo segura de que la rodearía con los brazos si se rendía al deseo y caminaba hacia él o, más bien, corría hacia él. Y en ese caso, podría huir de una vida que odiaba y empezar a ser libre.

–No puedo –se dijo en voz baja–. No puedo casarme.

–No te preocupes, son los nervios –declaró su padre con afecto–. Hoy es el día más feliz de mi existencia…

Connie estuvo tentada de girar la cabeza y volver a mirar al hombre que había atraído tan poderosamente su atención; pero en lugar de eso, clavó la vista en Stavros.

Sin embargo, ya era tarde.

Nico había notado su rubor y se había sentido como si la conociera desde siempre, como si hubiera una conexión entre ellos, como si hubieran sido amantes en un pasado remoto. Pero sabía que no habían sido

amantes. Aunque había olvidado a la mayoría de las mujeres con quienes había hecho el amor, estaba seguro de que se habría acordado de una mujer tan hermosa.

Se sentó en la parte trasera de la iglesia, lejos de sus padres, y miró a Stavros; en sus ojos no había ningún amor por la mujer con quien se iba a casar. Segundos después, el pope pronunció el nombre de la novia y Nico pensó que le quedaba bien. Se llamaba Constantine.

La ceremonia se le hizo eterna. Había olvidado que las bodas griegas eran muy largas, así que estuvo a punto de levantarse y dirigirse a algún bar de la zona. Pero al final se quedó. Y cuando el pope preguntó a Constantine si quería casarse con Stavros, Nico observó la vela encendida que ella sostenía entre sus manos temblorosas y sintió la tentación de caminar hacia el altar y apagarla.

Sabía que no se quería casar.

Sabía que Constantine no era una mujer tradicional, esclava de las leyes y de las tradiciones de las que él mismo había huido.

Sabía que no quería pertenecer a un mundo donde las apariencias lo eran todo, donde no había evolución ni cambio posible.

Y Nico estaba en lo cierto.

En ese mismo instante, Connie se preguntaba si realmente quería casarse con Stavros. Si hubiera encontrado las fuerzas necesarias, habría salido corriendo.

Pero mantuvo la calma y se dijo que no estaba pensando con claridad. Su padre la había criado para que se casara con un hombre adecuado para ella, y no se sentía con derecho a cuestionar sus decisiones.

Alzó la cabeza y miró al pope, que estaba esperando una respuesta.

–Sí, quiero –dijo al fin.

Al pronunciar esas palabras, Connie creyó oír que una puerta se cerraba y alejaba para siempre sus sueños más secretos.

Y se cerró de verdad, aunque no fue la de sus sueños, sino la de la iglesia; porque cuando Nico oyó el «sí» de Constantine, salió del templo y cerró. Luego, entró en una taberna, pidió un café y le dio las gracias al camarero cuando, además de servirle el café que le

camarero cuando, además de servirle el café que le había pedido, le puso una copa de ouzo.

Normalmente, Nico no tomaba ese tipo de licores; eran demasiado dulces para su gusto. Sin embargo, aquel día se sentía tan mal que pidió otro.

Contempló la ciudad con sus calles y su mercado abarrotados de gente y sacó el teléfono móvil con intención de reservar una habitación en algún hotel del sur de la isla. Había decidido que saludaría a sus padres y se marcharía después.

Pero no llegó a marcar ningún número.

En aquel momento se dio cuenta de que se encontraba muy bien allí, sentado en la terraza de la taberna, al sol de la tarde. Le gustaban los aromas y las palabras pronunciadas en el dialecto de Xanos que llegaban desde el interior del local.

Cuando la boda terminó y los novios salieron de la iglesia, Nico se dirigió al hotel donde se iba a celebrar la fiesta. Entró en el vestíbulo, caminó hasta el mostrador y anunció sus intenciones al recepcionista.

–Soy Nico Eliades. Me sentaré con mis padres –anunció, sin molestarse en preguntar si era posible.

Uno de los empleados del hotel le llevó a la mesa

correspondiente. Y cuando su madre le vio, se quedó asombrada.

–¡Nico! ¿Qué estás haciendo aquí?

–¿Esa es manera de saludar a tu hijo? –declaró con ironía–. Siempre me estás pidiendo que asista a este tipo de actos sociales…

–Sí, sí, por supuesto…

Su madre sonrió con nerviosismo mientras buscaba con la mirada a su esposo, que se acercó enseguida.

–Me alegro de verte, hijo. Es una sorpresa muy agradable.

Nico se dio cuenta de que su padre lo miraba con incomodidad y preguntó:

–¿En serio? No parece que os alegréis mucho de verme.

–Bueno, es que no sueles asistir a este tipo de actos –intervino su madre–. El hotel tan incómodo y viejo que…

Nico pensó que su madre siempre había sido una esnob. En realidad, el hotel era un establecimiento antiguo, lleno de encanto y elegancia, dos virtudes de las que sus padres carecían.

–Dimitri se siente avergonzado por haber tenido que celebrar la fiesta aquí –continuó su madre–. Todos estaremos más contentos cuando esa chica vuelva a Lathira y podamos celebrarlo en un lugar como Dios manda… este no es sitio para ti, Nico.

Nico se encogió de hombros.

–Puede que no, pero aquí estoy. Y por otra parte, no se me ocurre nada más agradable que pasar el día con mi familia.

Nico se dedicó a comer y escuchar los discursos de los invitados, tan aburridos que pensó que había hecho mal al presentarse en la fiesta.

Pero al menos, la sala estaba llena de mujeres impresionantes.

Y entre todas las mujeres impresionantes, había una que le llamaba especialmente la atención; una a la que habría llevado a su habitación de haber podido.

Constantine.

La mujer que en ese momento estaba bailando con su flamante esposo.

Y por primera vez en su vida, sintió envidia de Stavros. Del hijo del amigo y rival comercial de su

padre. De una persona con la que siempre le habían comparado. De una persona frente a la que siempre había salido ganando.

Sin embargo, no podían ser más diferentes.

A diferencia de Stavros, Nico había renunciado a seguir en el negocio familiar y se había marchado muy pronto de la isla, a los dieciocho años de edad. Viajó al continente, trabajó en un banco y, como el empleo no colmaba sus ambiciones, decidió probar suerte en los Estados Unidos.

Como no tenía currículum suficiente, falsificó sus datos y logró impresionar a una empresa de asesores bursátiles, que lo contrató. Poco a poco, con pasión y esfuerzo, se hizo con su propia cartera de clientes. Investigaba los mercados internacionales, invertía cuando los precios estaban bajos y vendía cuando estaban altos.

Siempre funcionaba.

Se le daba extraordinariamente bien. Cuando los demás sudaban y caían presas del pánico, Nico mantenía la calma y esperaba a que las cosas evolucionaran a su favor.

Cada vez que volvía a casa de visita, volvía más rico y su padre se enorgullecía un poco más de él.

Pero esa vez, Stavros le había ganado por la mano.

Se había casado con aquella belleza.

Y Nico lo lamentó por ella, porque no sabía dónde se había metido.

En ese momento, Constantine intentó llamar la atención de su esposo para que la sacara a bailar, pero Stavros, que estaba charlando con su *koumbaros*, su padrino, la miró con irritación y le dijo algo en voz baja antes de apartarla.

Nico no pudo oír lo que le dijo, pero por la mirada de ella, llegó a la conclusión de que no había sido algo agradable.

Ni siquiera habían vuelto a Lathira y ya la estaba castigando. La pobre Constantine tardaría poco en comprender el error que había cometido. Estaba a punto de convertirse en otra mujer de adorno, que se dedicaría a cenar con otras mujeres de adorno e iría todas las mañanas al gimnasio para bajar el peso ganado durante la noche anterior.

La alta sociedad de Lathira le cortaría las alas y la volvería tan dura y tan falsa como todas las demás.

Y Nico no quería quedarse a verlo.

Volvió a lamentar su presencia en aquel lugar y miró otra vez a la novia, que estaba pálida. Por mucho que se esforzaba en buscarlo, no encontraba amor en ninguna parte. Era evidente que se habían casado por simple conveniencia.

Entonces, echó un vistazo general a la sala y vio a dos niños que eran obviamente hermanos y que se dedicaban a reír y a jugar. Sin saber por qué, sintió una punzada de dolor.

–Creo que me voy a retirar –dijo a sus padres.

Nico esperaba que protestaran, pero no lo hicieron.

–¿Te veremos por la mañana?

Él se encogió de hombros.

–No lo sé. Puede que siga aquí o puede que me vaya a primera hora.

–En cualquier caso, ven a vernos a Lathira tan pronto como puedas –le dijo su madre–. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez.

–Bueno, hoy he venido a veros, ¿no?

Nico sabía que aquella visita no contaba para sus padres. Sabían que la utilizaría como excusa para no

verlos en varios meses.

Pero no lo podía evitar.

Por mucho que lo intentaba, no lograba quererlos.

Mientras se alejaba de la mesa, Nico deseó ser ciego a los defectos de sus padres y no saber que solo eran dos personas egoístas y avariciosas.

Sacudió la cabeza y se dirigió a recepción, donde le dieron la llave de su habitación y le informaron de que ya habían subido su equipaje. Pero en lugar de subir a la habitación, prefirió salir a la calle y dar un paseo.

Dejó atrás la iglesia y la taberna y siguió la calle hasta la playa, donde un par de pescadores fumaban y bebían tranquilamente. Una vez allí, tomó otra calle que no debía resultarle familiar, pero que, por algún motivo, lo era.

Al cabo de unos minutos, se encontró en la zona más pobre de la ciudad, avanzando por callejones adoquinados. Oyó pasos a su espalda, pero no tuvo miedo. Un momento después, vio a una vieja prostituta y oyó una voz de hombre.

–¿Cuánto pide?

La mujer le dijo una cantidad.

Nico siguió su camino, pero se detuvo en seco al repetirse mentalmente la pregunta que acababa de oír.

«Cuánto pide».

Se giró hacia el cliente de la prostituta y declaró:

–Márchese. Está conmigo.

El hombre se limitó a encogerse de hombros y a alejarse, pero la prostituta reaccionó con enfado.

–¿A qué ha venido eso?

Nico no lo sabía. Solo sabía que no quería que estuviera con aquel hombre y que no quería estar con ella.

–Váyase a casa, señora.

–Maldita sea... me has hecho perder un cliente. Estoy cansada de idiotas como tú.

Nico sacó la cartera, la abrió y le dio varios billetes.

–¿Qué quieres a cambio de ese dinero? –preguntó ella, atónita.

–Nada. Solo quiero que pases una noche en paz.

Nico se marchó entonces, tan desconcertado por su comportamiento como la prostituta. Caminó y caminó como un loco, sin rumbo fijo, hasta que se dio cuenta de que ya eran las dos de la madrugada.

Decidió volver al hotel y tomarse un coñac antes de

Decidió volver al hotel y tomarse un coñac antes de acostarse.

Cuando llegó, cruzó el vestíbulo y, en lugar de dirigirse a los ascensores, subió las escaleras a toda prisa.

Parecía que nada podía detenerlo, pero algo lo detuvo.

Una mujer con vestido de novia estaba sentada en los escalones. Llevaba una botella de champán en la mano y lloraba desconsoladamente.

–Déjeme en paz... –le rogó ella.

Nico quiso hacerle caso.

No ardía precisamente en deseos de sentarse a su lado y preguntarle qué le pasaba. Entre otras cosas, porque ya lo sabía.

Tampoco ardía precisamente en deseos de sentarse a su lado, murmurar palabras de ánimo, secarle las lágrimas y sugerirle que regresara a su habitación, como seguramente le habría sugerido su padre.

Al final, le ofreció una mano para ayudarla a levantarse.

Al sentir el cálido contacto de su piel, experimentó la necesidad de abrazarla y de hacer algo para borrar

su tristeza.

—Déjeme, por favor —le rogó ella—. Estaré bien enseguida.

Nico sabía que no era verdad. Se recuperaría enseguida porque estaba borracha y el alcohol lograba que se sintiera un poco mejor. Pero a la noche siguiente, tendría que volver a beber. Y a la siguiente de la siguiente.

Bebería porque su matrimonio era un infierno.

Y él conocía el motivo.

—Venga conmigo.

—¿Adónde? —preguntó ella.

—A mi habitación.

Capítulo 2

ES HOMOSEXUAL.

Ni siquiera habían llegado a entrar en la habitación cuando ella abrió la boca y lo dijo así, sin más, para asombro de Nico. Y también para su admiración, porque estuvo seguro de que, después de aquella noche, no se lo volvería a decir a nadie.

Pero las palabras siguientes de Nico no fueron una respuesta a su afirmación, sino a lo que vio cuando abrió la puerta.

–Vaya... ¿es que me han dado la suite nupcial?

Ella soltó una carcajada histérica. Era exactamente la habitación que había elegido cuando su padre decidió que pasara la noche de bodas en aquel hotel; la

habitación donde había soñado tener una noche mágica.

—Sí, es la suite nupcial. Mi padre la había reservado para mí, pero Stavros la cambió por una habitación con camas separadas —explicó—. Pensé que lo hacía por cortesía; que me ofrecía la posibilidad de prepararme para nuestra noche de amor sin sentirme presionada. Pero no lo hizo por eso. Él y su *koumbaros*…

Como ella rompió a llorar de nuevo, Nico se dirigió al cuarto de baño y volvió con un paquete de pañuelos.

A continuación, echó un vistazo a la suite y sonrió a su pesar. Era evidente que los empleados del hotel habían supuesto que la suite se utilizaría en una noche de bodas, de modo que habían puesto velas por todas partes, habían echado pétalos de rosa en la cama e incluso habían dejado una botella de champán en una cubeta con hielo. Sin embargo, el hielo se había derretido y solo quedaba agua.

—¿Cuándo lo has descubierto?

—Hace un rato, cuando volvimos a la habitación. Como seguía sin besarme, le rogué que…

Constantine se puso a sollozar, pero se recuperó enseguida.

—Hasta se burló de mí porque yo no me lo había

–Hasta se burló de mí porque yo no me lo había imaginado –continuó–; porque no me pareció extraño que no quisiera tocarme.

–Entiendo.

–Pensé que mantenía las distancias porque quería reservarme para esta noche –se explicó.

–Entonces, ¿no sabías nada?

Nico estaba algo sorprendido. Había pensado que Constantine estaba al tanto de la homosexualidad de Stavros y que había aceptado el matrimonio porque le convenía. Al fin y al cabo, los matrimonios de conveniencia eran normales en las islas.

–Pensé que las cosas serían diferentes después de la boda. Pensé que estaba nervioso por mi padre... qué sé yo. Sabía que no estaba enamorada de él, pero me convencí de que el amor llegaría con el tiempo.

Connie se sentía humillada y avergonzada. Pero al recordar el rechazo de su esposo, su humillación se convirtió en ira.

–¡Me buscaré un amante! ¡No! ¡Diez amantes! –exclamó.

Nico sonrió; pero al ver que las lágrimas volvían a aflorar en sus ojos, comprendió que su dolor era más

profundo de lo que parecía.

—Él lo sabía —declaró ella, rota—. Mi padre lo sabía… ¿Por qué me condenó a un matrimonio con Stavros? Podría haber elegido a otro. Es un hombre importante, el abogado de la isla… estoy segura de que habría encontrado un candidato mejor.

Connie lo miró a los ojos, desconsolada.

—Le creí cuando dijo que era la mejor opción para mí. Puse mi vida en sus manos y me ha condenado a casarme con un hombre que nunca me podrá desear, que nunca me podrá amar… ¿Por qué? ¿Por qué lo ha hecho?

Nico tenía una respuesta, pero se la calló.

Desde el punto de vista de un habitante de las islas, la unión de Constantine con Stavros era una operación ventajosa. Aunque el padre de ella fuera abogado, no podía hacerse rico porque la mayor parte de sus clientes eran pobres. Los ricos vivían en el sur y tenían sus propios bufetes; jamás habrían contratado los servicios de un abogado local.

Nico sabía cómo funcionaban las cosas en Lathira, y suponía que en Xanos serían iguales. Lo había

comprobado muchas veces con sus padres, capaces de hacer lo que fuera para aumentar su fortuna o su estatus social. Pero Constantine era una chica inocente. No comprendía que aquel era un mundo corrupto.

–No debería haberte dicho nada –declaró ella, súbitamente asustada–. Si Dimitri descubre que tu padre sabe lo de Stavros... Oh, Dios mío. No quiero ni pensarlo. Dimitri siempre quiere impresionar a tu padre.

Nico habló con voz tranquila y firme, para tranquilizarla.

–Tu secreto está a salvo conmigo, Constantine.

–Llámame Connie. Mis amigos me llaman Connie.

–Está bien... pero si me conocieras, sabrías que mis conversaciones con mi padre se limitan al tiempo o a la comida que nos sirven en los restaurantes. Nunca hablamos de cosas importantes –le informó.

–Pero...

–No –la interrumpió–. Te aseguro que no le diré nada a nadie. Aunque es posible que tú lo quieras hacer público en el futuro.

Connie lo miró a los ojos y consideró la posibilidad,

pero la rechazó de inmediato. Nunca podría hacerlo público. Ni siquiera cuando su padre falleciera, porque aún tendría que pensar en el bienestar y la reputación de su madre y del resto de la familia. Y su reputación era lo más importante para ellos.

—Sé lo duro que puede llegar a ser, Constantine. Ella le lanzó una mirada de incredulidad. No podía creer que un hombre tan seguro como él pudiera haber sufrido circunstancias parecidas. Pero cambió de opinión un segundo después, al oír sus palabras.

—Cuando yo era niño, se daba por sentado que trabajaría en el negocio familiar; que viviría con mi esposa y mis hijos a pocos minutos de la casa de mis padres y que nos reuniríamos todos los fines de semana. Mi vida estaba tan predeterminada que hasta sabía cómo se debía llamar mi primer hijo... Vasos, igual que mi padre.

Constantine se mordió el labio inferior. La historia de Nico se parecía a la suya. Aunque Stavros fuera homosexual, le había dicho que tendrían hijos y que su primer hijo varón se llamaría Dimitri.

—Pero no lo aceptaste, ¿verdad?

—No. Me rebelé contra la tradición y establecí mi

–No. Me rebelé contra la tradición y establecí mi propio negocio. De vez en cuando, vuelvo a casa para visitar a mis padres, pero nada más. No tengo interés en casarme y, desde luego, tampoco quiero tener hijos.

–Y supongo que ellos se lo habrán tomado mal…

–Bueno, es un motivo habitual de discusión. Soy su único hijo y no dejan de repetirme que los he decepcionado.

Connie alzó la cabeza y se preguntó cómo podían sentirse decepcionados. Constantine no sabía mucho de él, pero había notado el tono de envidia de la voz de Dimitri cuando hablaba de Eliades y de su rico y famoso hijo.

Pero por sus palabras, era evidente que Nico había sufrido las mismas presiones que ella. Y, en consecuencia, también era evidente que la entendía.

–Yo también soy hija única –dijo con voz quebrada–. Mis padres esperan mucho de mí. Tanto que su felicidad depende de mí.

–Comprendo tu situación. He pasado por eso y sé lo difícil que es. Pero si lo piensas con detenimiento, te darás cuenta de que te piden un sacrificio excesivo. Quieren que renuncies a tu vida y a tu libertad.

Quieren que renuncies a tu felicidad… a cambio de la suya.

Connie intentó ser fuerte y encontrar la parte buena del asunto.

–Tampoco es para tanto. Viviré en Lathira, en una casa preciosa. Y tendré una vida llena de diversiones.

–Oh, sí. Serás la esposa perfecta y la madre perfecta. Solo tendrás que ir de compras, comer con tus amigas y cuidar de los hijos que tengas, si los tienes.

–Los tendré.

–¿Estás segura de eso?

–Stavros me lo ha asegurado. Dice que hay formas de que me quede embarazada sin necesidad de…

–¿De?

–De tocarme.

Nico se enfadó tanto que, de haber podido, le habría pegado un buen puñetazo a Stavros y al padre de Constantine por haberle negado el amor.

Contempló sus ojos, de color azul oscuro, y vio la vida que le esperaba; una vida aburrida y llena de secretos, como la de tantas parejas de las islas. Pero ella se merecía algo mejor. Y quería que lo tuviera.

–Dime una cosa, Constantine... cuando estés con tus amigas en el gimnasio; cuando vayas de compras con ellas y te digan lo guapa que estás con tal o cual vestido y lo atractiva que le debes de parecer a Stavros, ¿qué les dirás? ¿Serás capaz de confesarles que no te ha tocado ni una sola vez?

–Déjalo ya, por favor.

–Os he visto esta noche y he advertido que te susurraba algo al oído. ¿Qué te ha dicho? Sé que te ha molestado.

Connie se mantuvo en silencio. Él se acercó a ella y le puso las manos en la cintura.

–¿Qué te ha dicho? –repitió.

–Que mi figura...

–¿Sí?

–Que es mejorable –le confesó.

–Pues dile a Stavros que no te vuelva a hablar de ese modo –declaró con firmeza–. Dile que no estás dispuesta a vivir así.

–No puedo hacer eso...

–Podrías conseguir la anulación.

Connie frunció el ceño y Nico supo que estaba tan

contaminada por el conservadurismo de las islas que no sería capaz de dar ese paso. Además, no estaba allí para salvarla ni para insistir en que se rebelara y se mostrara fuerte. Era su vida. Y, por otra parte, él se marcharía a la mañana siguiente.

La soltó, sonrió con cierta tristeza y dijo, consciente de que no lograría persuadirla de lo contrario:

–Entonces, sigue con la vida que has elegido e intenta sobrevivir a ella. Búscate un amante, como decías. O diez.

Ella cerró los ojos un momento.

–No puedo...

–¿Tampoco puedes tener amantes?

–No, claro que no. ¿Qué pasaría si mi amante cometiera una indiscreción? ¿Qué pasaría si la gente lo llegara a saber?

–Das demasiada importancia a la opinión de los demás.

Constantine empezó a llorar de nuevo.

Pero esa vez no eran lágrimas de amargura o rabia. Lloraba por todo lo que le estaría negado; por un futuro sin amor y sin sexo.

Su dolor era tan profundo y su angustia tan real que

Su dolor era tan profundo y su angustia tan real que Nico se sintió en la obligación de animarla y la abrazó. No esperaba que Connie reaccionara como lo hizo. Al sentir su aroma y el calor de sus brazos, alzó la cabeza y le dio un desesperado beso en los labios.

Él también cerró los ojos; pero no en un gesto de pasión, sino de contención.

Rompió el contacto, echó la cabeza hacia atrás y la miró. Los sollozos de Connie se volvieron más desgarradores. Al rechazar su beso, la había humillado sin querer. Como el propio Stavros la habría humillado en tantas ocasiones.

Clavó la mirada en sus manos, que estaban temblando, y preguntó:

–¿Dónde está tu anillo?

–Se lo he tirado a la cabeza –respondió ella–. Ya no lo quiero. Nunca me lo volveré a poner.

Nico pensó que sus palabras eran una simple bravata. Se lo volvería a poner y sería la esposa perfecta que todo el mundo esperaba.

–Será mejor que me marche –continuó Connie–. Pero gracias por todo… gracias por hablar conmigo y por intentar animarme. Y perdóname por haber

insinuado que serías capaz de contar mi secreto.

–No te preocupes. La indiscreción no está entre mis defectos.

–Gracias –repitió ella con una débil sonrisa.

Nico sabía que debía dejarla ir. Los problemas de Constantine eran asunto suyo. Pero no pudo soportar la idea de que volviera a las lágrimas y a una cama solitaria, donde jamás satisfaría sus deseos.

–Constantine... antes has dicho que te preocupaba la posibilidad de tener un amante y de que no fuera discreto.

Los ojos de Connie brillaron con esperanza. Nico se dio cuenta y decidió ser más concreto en su oferta.

–No me malinterpretes. No me estoy ofreciendo como amante a largo plazo. Pero me quedaré contigo esta noche.

–¿Solo esta noche?

Connie quería más que eso. Quería fines de semana en Atenas, discretos encuentros en hoteles, románticas llamadas telefónicas y toda la pasión que la vida le había negado.

Quería mucho más que una noche.

–Solo una –respondió él mientras admiraba su cuerpo–. Vendrás a mi cama y te enseñaré todo lo que tu esposo te ha negado. Todo lo que te perderás si insistes en vivir en la mentira de tu matrimonio.

–Pero no tengo elección…

–Siempre tenemos elección.

Nico estaba completamente seguro de ello. Él mismo estaba eligiendo. Y había elegido no hacerse preguntas sobre lo que sentía.

Las calles de Xanos le habían afectado y habían despertado en él emociones que creía olvidadas. Necesitaba un poco de diversión. Y la vida se la estaba ofreciendo con la forma de una preciosa joven virgen.

Nico la tomó de la mano.

Constantine miró la suite nupcial y pensó que al final iba a tener su noche de bodas en el lugar que había soñado, pero con un hombre distinto.

Cuando se giró hacia él, se sintió culpable. En el fondo, siempre había sabido que Stavros no sería capaz de satisfacerla.

Nico era el verdadero hombre de sus sueños.

Y podía ser suyo. Pero solo por una noche.

Capítulo 3

NICO se dijo que ni el amor ni el matrimonio estaban hechos para él.

Cuando ella se excusó y entró en el cuarto de baño, Nico se acercó a la ventana y contempló el oscuro mar y el cielo igualmente oscuro, tan cubierto que no se veían las estrellas.

Mientras los miraba, pensó que años atrás había tomado la decisión correcta.

Él no creía en el amor.

A pesar de la experiencia de sus padres, de sus tíos y de sus primos, que estaban felizmente casados, el amor siempre le había parecido un engaño; una trampa donde, al final, todos salían perdiendo.

Desconocía el origen de esa creencia, pero era tan real y estaba tan enraizada en él como la conciencia de que el sol salía todas las mañanas. Y a Nico no le gustaba perder. Así que había tomado la decisión de no amar.

Entregar su corazón y comprometerse con alguien era una idea absolutamente ajena a él. Para Nico, el amor solo tenía sentido si se trataba de tener hijos. Pero no quería tenerlos.

Se dio la vuelta en el preciso momento en que Constantine volvía al salón.

Aquella mujer vestida de novia era lo más cercano a una esposa que tendría nunca. Y le gustaba tanto que, si hubiera elegido tener una esposa, se habría decantado por ella.

Connie se ruborizó bajo su escrutinio mientras él devoraba sus deliciosas curvas con los ojos, en anticipación de la noche que tenían por delante. Podía sentir sus nervios, su excitación, la tensión del ambiente.

Estaba decidido a concederle la noche de bodas que se merecía. Además, su cabeza todavía estaba llena con las imágenes de las calles de la ciudad que tanto le

las imágenes de las calles de la ciudad que tanto le habían afectado. La boca de Constantine sería la distracción que necesitaba. El terreno virgen de su cuerpo le haría olvidar.

Cruzó la habitación y acarició sus brazos desnudos.

A Connie se le puso la carne de gallina. No estaba nerviosa; estaba temblando de miedo, literalmente.

–Quizás no es lo que quieres –dijo él.

Connie sacudió la cabeza. Nico había malinterpretado su temblor. No se debía a los nervios ni a la inexperiencia, sino a la abrumadora necesidad de sentir su contacto.

Se sentía tan atraída por él que la estaba volviendo loca. Y ni siquiera la había besado.

–Es lo que quiero –acertó a decir.

Nico se inclinó sobre ella y la besó lentamente. Connie no supo qué hacer. Al sentir el contacto de su lengua, se sintió tan abrumada que retrocedió.

–¿Qué ocurre?

–Es que yo...

–¿Sí?

Connie cerró los ojos, avergonzada.

–Es que no me han besado nunca.

Nico contempló sus labios, que parecían creados para besar, y sacudió la cabeza con sincero asombro.

–¿Que no te han besado nunca?

–No. Jamás.

A Connie no la habían besado ni la habían acariciado ni le habían hecho el amor. Y se sentía culpable de su propia timidez.

–Esta noche, cuando volví con Stavros a la habitación... No sé. Esperaba que las cosas fueran distintas –añadió.

–Y lo serán.

Nico se prometió que cuidaría de Connie. Se prometió que la ayudaría a conocer su propio cuerpo y que, en el espacio de una noche, conseguiría que dejara de ser una adolescente inexperta y se transformara en la mujer de veinticuatro años que era.

A la mañana siguiente, cuando se despertara, sería distinta. Sería una persona adulta, capaz de dar y de recibir placer.

–Nos lo tomaremos con calma, Connie. Te enseñaré todo lo que te has perdido; hasta el último detalle... empezando por el primer beso.

Nico intentó imaginar una escena romántica. La escena que a él mismo le habría gustado tener y que no tuvo.

–Veamos... imaginemos que hemos estado en la taberna de la plaza y que estamos dando un paseo, volviendo a casa –siguió hablando.

Ella sonrió y dijo:

–Me lo imagino perfectamente. Mi casa está muy cerca de aquí.

–En tal caso, imagina que te estoy acompañando y que, de repente, me detengo, te miro y tú me miras.

Él inclinó la cabeza y ella contuvo el aliento. En esa ocasión, su beso fue más suave; movió los labios lentamente, dándole tiempo para aceptar la presión y el regalo de su contacto. Ella se sintió más segura y apretó un poco. Era una sensación dulce y extremadamente lasciva al mismo tiempo.

–Y entonces –siguió Nico–, después de esperar toda la noche ese momento, después de cenar y de pasear por la playa, te beso. Aunque ni tú ni yo estemos completamente seguros de los motivos del otro. Cuando lo único que queremos es la promesa de lo que está por

venir.

Nico le dio el beso que le habría dado si hubieran sido más jóvenes y hubieran estado en su primera cita.

Aquello también era nuevo para él. Había perdido la virginidad con una mujer mayor que él, durante una noche apasionada, llena de besos urgentes y de caricias frenéticas. Fue más de lo que podía imaginar. Y le dejó completamente satisfecho. Pero más tarde, cuando el deseo desapareció, se sintió vacío.

Nico pensó que si Constantine hubiera sido su primera mujer, la habría besado exactamente como la estaba besando.

Con suavidad, bajando las manos desde sus brazos hasta su cintura. Sosteniéndola por el centro de su cuerpo mientras su lengua se introducía en la boca de Connie, que esa vez aceptó la intrusión y se dejó llevar.

Nico deseó apretarse contra ella, pero se contuvo. Tenían toda la noche por delante. Porque allí, entre ellos, en el mundo que estaban creando con sus besos, no había mañana; solo había presente.

Constantine notó su contención y quiso romperla. Quería más, mucho más, así que llevó las manos a sus hombros, se las pasó por el cuello y le acarició el pelo.

hombros, se las pasó por el cuello y le acarició el pelo. Después, se concentró en sus labios y se entregó a la fantasía que Nico había creado para ella. Como si realmente fuera una primera cita. Como si hubieran estado cenando en la taberna y paseando por la playa y aquella fuera la conclusión lógica.

El sueño era tan real que casi tuvo la sensación de que los tacones de sus zapatos se hundían en la arena.

–Ahora tendré que llevarte a casa… –dijo él.

–No quiero ir.

Connie fue sincera. No quería volver a la casa de su padre. Quería seguir en la fantasía de Nico y descubrir cómo continuaba.

–Está bien. En ese caso, te propongo que aceleremos un poco las cosas. Ahora me comportaré como si ya fuera nuestra segunda cita.

Nico le dedicó una sonrisa que nunca le había dedicado a nadie. Una sonrisa cómplice, llena de intimidad.

Miró a su novia, que no lo era realmente pero que en aquel momento se lo parecía, y contempló su vestido, bastante más complicado que el resto de las prendas femeninas con las que se había enfrentado.

Llevó los dedos a los pequeños botones de su espalda. Connie quiso decir que solo eran de adorno, pero el contacto y la calidez de su piel la hicieron gemir.

Nico pensó que adoraba ese juego.

Adoraba explorar lentamente su cuerpo y adoraba escuchar sus gemidos mientras buscaba la forma de quitarle la ropa.

Pero no tardó mucho. Momentos después, descubrió la cremallera oculta y la empezó a bajar muy despacio.

–Ahora tienes que detenerme –dijo–. Tienes que detenerme o apartarte o advertirme sobre lo que estoy haciendo.

–¿Por qué iba a querer detenerte? –preguntó ella.

Nico la besó en el cuello y le quitó el vestido.

–¿Por qué iba a querer detenerte cuando me encanta lo que me haces? –insistió.

Las palabras de Connie no deberían haber tenido un efecto tan intenso en Nico, pero lo tuvieron. Dio un paso atrás porque sabía que, si se rendía a la tentación de apretarla contra su cuerpo, el sueño duraría muy poco tiempo.

La quería en la cama. Quería estar dentro de ella.

Sin embargo, se refrenó y se obligó a esperar. Aunque la espera estuvo a punto de romperse cuando introdujo una mano por debajo del sujetador de Constantine y cerró los dedos sobre su pecho.

La acarició tan suavemente como pudo. Connie sintió un placer que ni siquiera habría creído posible; sobre todo, cuando Nico empezó a juguetear con su pezón. Fue como si la tocara por dentro.

Él bajó un poco más y le desabrochó el sujetador. Tras arrojar la prenda al suelo, la besó otra vez en el cuello y cerró la boca sobre su pecho, que succionó con tanta hambre como habilidad.

Connie cerró las manos sobre su cabello y se preguntó cómo era posible que se hubiera negado un placer como ese durante toda su vida; cómo era posible que se hubiera negado algo que tenía tan cerca, en su propio cuerpo.

Él se apartó de sus senos y la besó en la boca.

Ella deseó que volviera a succionarle el pezón. Pero lo olvidó cuando Nico se apretó de repente contra ella y sintió el contacto de su erección.

Excitada, bajó la vista y contempló la larga y dura forma de su pene bajo los pantalones.

Nico se volvió a apretar contra ella. Y esa vez, ella reaccionó del mismo modo, frotándose contra él.

Unos instantes después, Nico se quitó la chaqueta y Connie le empezó a soltar la corbata. Habían llegado tan lejos en las caricias que se empezaron a mover hacia la cama sin darse cuenta de lo que hacían.

Al llegar a su objetivo, él se liberó de los zapatos y de los calcetines mientras ella se encargaba de su camisa. Luego, se tumbaron en la cama y Connie lo abrazó con fuerza, apretando sus senos desnudos contra el pecho de Nico.

Cuando sintió sus manos en la parte posterior de sus caderas, Connie quiso quitarse las braguitas. Pero él no se lo permitió, aunque estuvo a punto. Quería ir poco a poco. Quería darle la experiencia romántica que la vida no le había dado.

Mientras la acariciaba, pensó que Constantine tenía mala suerte. No solo por Stavros, sino por todos los hombres que la habrían deseado y que no se habían atrevido a acercarse a ella por miedo a su padre.

Si él hubiera vivido en aquella isla, si se hubieran

Si él hubiera vivido en aquella isla, si se hubieran conocido antes, no habría llegado virgen a una edad tan avanzada.

Súbitamente, Nico metió una mano por debajo de sus braguitas y avanzó hacia su sexo. La reacción de Connie fue instintiva. Cerró las piernas con fuerza, asombrada ante el hecho de que quisiera tocarla ahí.

Nico respiró hondo y dijo:

–Ah... reaccionas como una buena chica.

–No quiero ser una buena chica.

–En ese caso, relájate.

–No sé cómo –confesó.

–Pero ¿quieres que siga adelante?

Ella asintió.

–Oh, sí...

–Entonces, confía en mí.

Connie pensó que eso no sería un problema. Confiaba plenamente en él.

Pero estaba tan nerviosa que decidió seguir con la fantasía de Nico, pensando que de ese modo le resultaría más fácil.

–¿Dónde estamos ahora? –preguntó–. ¿Adónde me has llevado?

–Te he llevado a tu casa, en mi coche. Pero antes de llegar, nos hemos detenido en lo alto de una colina… y ahora te voy a llevar al paraíso.

Ella suspiró y separó un poco las piernas. Él le besó los labios, el cabello, las mejillas y los ojos, que había cerrado.

Solo entonces, cuando Connie ya se había relajado, introdujo una mano entre sus muslos y la empezó a acariciar.

La sensación fue tan tierna e intensa que no estuvo segura de poder soportarla durante mucho tiempo. Pero unos momentos después, sintió unas pequeñas descargas de placer que fueron aumentando al ritmo de sus caricias.

Cuando Connie intentó apartarse, su cuerpo se negó. Así que decidió dejarle hacer y descubrir todo lo que se había perdido.

Por fin, llegó al orgasmo.

Nico la acarició un poco más antes de detenerse y, a continuación, le susurró al oído lo que habría pasado después si su fantasía hubiera sido real, si los dos se hubieran conocido cuando eran adolescentes, si él

hubiera sido más dulce y más romántico de lo que era, si efectivamente hubiera estado enamorado.

–En nuestro siguiente encuentro, habría querido mucho más de ti –declaró–. Habría pensado en ti durante toda la semana. Me habría vuelto loco al recordar tu cuerpo y al intentar imaginármelo desnudo...

Nico se arrodilló en la cama y le quitó los zapatos, que aún llevaba puestos, antes de bajarle las medias. Después, se inclinó, le lamió la pierna y clavó la mirada en las braguitas de satén, húmedas por sus anteriores caricias.

–Yo también me habría vuelto loca –dijo ella–. Habría pensado toda la semana en ti. Te habría echado tanto de menos...

Connie llevó las manos al pecho de Nico y añadió:

–Deja que te vea desnudo.

Él asintió.

Se levantó y se quitó los pantalones y los calzoncillos. La curiosidad y la excitación de Constantine se convirtieron en miedo al ver su sexo. Pero el miedo desapareció enseguida. Le pareció tan

bello que no podía sentir miedo.

–¿Y ahora? ¿Qué va a pasar ahora? –preguntó tímidamente.

–¿Ahora... ?

Nico se arrodilló otra vez en la cama, admiró el cuerpo de Constantine y se formuló exactamente la misma pregunta.

No estaba muy seguro.

Quería hacerle tantas cosas que no lo tenía claro. Pero la respuesta apareció de repente, como consecuencia lógica de la situación.

–Ahora, hubiera decidido esperar.

–¿Esperar?

–Sí, hasta la noche en que por fin te hubiera hecho mía.

Nico se detuvo un momento. Se sentía como si realmente hubiera salido con Constantine, como si realmente hubiera vivido aquella fantasía y tuvieran todo el futuro por delante.

Miró a aquella mujer nerviosa, pero también valiente y confiada, y tuvo la impresión de que, en otras circunstancias, se habría enamorado de ella.

Al final, no se pudo contener. Alcanzó sus braguitas

Al final, no se pudo contener. Alcanzó sus braguitas y se las bajó.

Connie no quería ocultar su desnudez; pero inconscientemente, se tapó con una mano.

Al verla, Nico malinterpretó su reacción e hizo ademán de levantarse de la cama, enfadado consigo mismo, pero ella se lo impidió.

–No te preocupes, no puede pasar nada –dijo Connie–. Estoy tomando la píldora.

El comentario sorprendió a Nico. Incluso pensó que más tarde le recomendaría que no fuera diciendo esas cosas por ahí.

Pero en ese momento no quería pensar. Solo quería quedarse allí, con ella.

Porque la deseaba de un modo que no había sentido antes; de un modo que lo instaba a despreciar sus propias normas y a dejarse llevar.

–¿Me dolerá?

Connie ni siquiera supo por qué había formulado esa pregunta. A fin de cuentas, la posibilidad de sentir dolor físico no le preocupaba en absoluto. Lo que le preocupaba era el dolor del día siguiente, cuando Nico se hubiera marchado.

—Puede que un poco —respondió él.

Nico le mordió el lóbulo de la oreja y luego le dio un beso largo y profundo en la boca mientras cerraba los brazos alrededor de su cuerpo.

Connie sintió la presión de uno de sus muslos entre las piernas, pero el beso era tan urgente que le exigía casi toda su atención. Fue un beso apasionado, duro, que le quemaba la boca y la piel de la cara, pero no lo habría cambiado por nada.

De repente, Nico dejó de besarla y la penetró.

A Connie le dolió más de lo que se había imaginado. Soltó un gemido y Nico se detuvo, pero solo un momento; después, volvió a salir de ella y la volvió a penetrar.

Esa vez no le dolió tanto. Y cuando la besó de nuevo, el dolor había desaparecido por completo.

Nico pronunció unas palabras cariñosas. Las pronunció como si él fuera el hombre con quien se había casado. Las pronunció como si estuviera enamorado de ella, mientras empezaba a moverse con más rapidez.

Connie siguió su ritmo y cerró las piernas a su alrededor, para arrastrarlo más dentro.

Nico aceleró el movimiento y se puso más tenso. Ella sintió su tensión y alcanzó el orgasmo en el mismo momento que él, gritando como él había gritado, deseando permanecer así para siempre, en el mundo que habían creado entre los dos.

Poco a poco, su pulso se normalizó y su respiración se hizo más lenta.

Connie se dijo que debía volver a su habitación, porque corría el peligro de quedarse dormida. Pero se encontraba tan bien con Nico que cambió de opinión.

Dormiría allí, entre sus brazos.

Y pasaría con él su noche de bodas.

Nico oyó las campanadas de las cinco de la madrugada, pero no quería abrir los ojos. Quería apretarse contra ella y hacerle el amor otra vez, antes del alba. Quería huir de las preocupaciones que indudablemente lo asaltarían cuando amaneciera.

Llevó una mano al cuerpo de Connie y se detuvo.

Siempre le había parecido que hacer el amor por la mañana era un acto extremadamente íntimo. Si se quedaba allí y le hacía el amor, se sentiría tentado de convencerla para que abandonara a su esposo, se

enfrentara a su familia y se quedara con él.

La miró y dudó.

No tenía derecho a pedirle que renunciara a todo lo que conocía, aunque le disgustara. Además, no le podía hacer ninguna promesa.

En lugar de acariciarla, la despertó.

–Deberías volver a tu habitación, Constantine.

Fue una forma cruel de despertarla.

Connie quería quedarse en aquel sueño, con aquel impresionante hombre. No sentía el menor deseo de volver a su habitación.

Sin embargo, se levantó de la cama y empezó a recoger su ropa, esperando que Nico la detuviera, que le pidiera que se quedara a su lado.

Pero Connie sabía que la decisión era suya.

–Gracias, Nico.

Al pronunciar esas palabras, pensó que era una forma extraña de terminar una noche de amor. Y a pesar de ello, le parecieron las palabras más adecuadas. Se sentía profundamente agradecida.

Nico se mantuvo en silencio hasta que Connie terminó de vestirse y se alejó hacia la puerta de la suite.

suite.

–Constantine…

Ella se detuvo, pero no se giró. Se quedó así, dándole la espalda, porque sabía lo que pasaría si lo miraba a los ojos.

Se quedaría con él y volverían a hacer el amor. Pero Nico no estaba allí para salvarla de una vida que le disgustaba profundamente. Si se quería salvar, debía salvarse ella misma.

–Llámame Connie.

Abrió la puerta y se obligó a salir.

Cuando llegó a su habitación, se quitó el vestido de novia, se duchó y, antes de meterse en la fría y solitaria cama, se puso el camisón de encaje que había elegido para su noche de bodas.

Connie sabía que, si no se rebelaba, su vida sería así a partir de entonces. Lo sabía perfectamente. Por eso le estaba tan agradecida a Nico; porque le había demostrado que la vida podía ser muy distinta.

Pero se dijo que eso tenía un precio.

Para tener una vida distinta, tendría que hacer daño a mucha gente.

Capítulo 4

NICO se despertó y se sentó en la cama.

Se había acostumbrado a despertarse así, de golpe, rápidamente, en cuanto volvía a sufrir la pesadilla. Se había acostumbrado para no asustar a las mujeres con quienes se acostaba de vez en cuando.

Hacía tiempo que no tenía ese sueño. Pero cuando Constantine se marchó a su habitación y él se empezó a quedar dormido, supo que lo volvería a tener.

Los acontecimientos del día anterior habían removido algo en su corazón. El paseo nocturno por las calles de Xanos había sido como volver a esa pesadilla; a una pesadilla donde se movía y caminaba, pero sintiéndose completamente paralizado.

A una pesadilla que odiaba con toda su alma.

Miró la cama vacía y aspiró el aroma de Constantine, que todavía impregnaba las sábanas. Y aunque tenía la norma de no hacer el amor con nadie por la mañana, se arrepintió de no haber roto esa norma con ella.

Durante un instante, estuvo tentado de cerrar los ojos y rememorar lo sucedido durante la noche, pero en lugar de eso, se levantó, se duchó y se vistió. No se afeitó ni se molestó en vestirse bien; se limitó a alcanzar los pantalones que había llevado el día anterior y a combinarlos con una camiseta negra.

Después, consideró y desestimó inmediatamente la posibilidad de desayunar con sus padres. Quería volver al continente tan pronto como fuera posible. Pero en lugar de llamar a Charlotte para que se encargara de hacer las gestiones oportunas, decidió encargarse él mismo; Xanos tenía dos horas de diferencia horaria con Londres y no la quería molestar.

Llamó a recepción y pidió que se ocuparan del asunto.

—¿Adónde quiere ir? —preguntó el recepcionista.

Nico lo dudó. Podía ir en helicóptero o avioneta a

Nico lo dudó. Podía ir en helicóptero o avioneta a Volos y, a continuación, tomar un vuelo a la capital griega.

Durante un momento, lamentó no haber llamado a Charlotte, porque no sabía adónde ir. Nico tenía propiedades en todo el mundo, pero todas eran inversiones. Su trabajo tenía un carácter tan internacional que normalmente prefería vivir en hoteles. El único sitio que se acercaba a su concepto de hogar era la propiedad que tenía en Puerto Banús, en España, donde se encontraba su yate.

–A Atenas –respondió al final.

Nico se dijo que ya tomaría una decisión más tarde. Solo sabía que no quería volver a Lathira y que tampoco quería tomar el ferry del día anterior.

Por fin, salió de la habitación y se dirigió a los ascensores. No podía imaginarse que volvería a ver a Constantine, a quien se imaginaba desayunando en la cama con su flamante marido. Pero, cuando las puertas del ascensor se abrieron, se encontró cara a cara con ella y con Stavros.

Connie estaba impresionante, perfectamente maquillada y sin rastro alguno en la cara de las lágrimas

de la noche. Se había puesto un perfume caro que olía muy bien, pero Nico prefería el olor de su cuerpo.

Los saludó y por primera vez en su vida, se ruborizó.

–*Kalimera*…

Por suerte para él, Connie no notó su rubor. Ya tenía bastante con el suyo, porque se había puesto roja como un tomate.

Y por suerte para los dos, Stavros no se dio cuenta de nada.

–*Kalimera* –replicó el esposo de Connie.

Ella abrió la boca para repetir el saludo a Nico, al hombre que se había convertido en su amante; pero se negó a tratarlo como si no se conocieran de nada y, en un acto de rebeldía, guardó silencio.

Cuando salieron del ascensor, Stavros se alejó con Connie hacia el restaurante. Nico se quedó muy preocupado. Sabía que ella se encontraba en una situación desesperada. Por propia experiencia, sabía lo difícil que era enfrentarse a la familia y a las convenciones sociales de aquellas islas.

Y para Constantine debía de ser mucho peor.

—¿Señor?

El recepcionista, que se había acercado a él, interrumpió sus pensamientos.

—¿Sí?

—Su transporte llegará en quince minutos —le informó.

—Gracias.

—Si quiere desayunar mientras espera…

Nico estuvo a punto de declinar la invitación, porque nunca desayunaba; como trabajaba mejor con el estómago vacío, se limitaba a tomar un café solo. Pero le pareció que podía aprovechar la ocasión para despedirse de sus padres.

Sin embargo, no parecieron especialmente contentos de verlo. De hecho, su madre se asustó cuando vio que se acercaba a su mesa.

—¡Nico! —dijo, intentando disimular su horror—. Pensamos que te habías ido.

—Pues sigo aquí.

Su padre ni siquiera se molestó en fingir que se alegraba de verlo. De hecho, lo miró a los ojos y preguntó:

–¿Hasta cuándo?

–No estoy seguro. Puede que me quede a disfrutar de las vistas.

Naturalmente, Nico estaba bromeando. Solo lo había dicho para ver cómo reaccionaban.

–¿De las vistas? –preguntó su madre con una sonrisa nerviosa–. Pero si las únicas vistas que te gustan son las de los yates y los hoteles de cinco estrellas...

–Aun así, me gustaría viajar un poco por la isla. No la conozco bien –comentó–. De hecho, me sorprende que no me trajerais nunca cuando era un niño. Pensaba que era un lugar espantoso y, sin embargo, ha resultado ser encantador.

Sus padres se quedaron tan callados que Nico añadió:

–¿Ocurre algo?

–No, por supuesto que no –respondió su madre con excesiva rapidez.

Nico se sentó y se dedicó a tomar el café que le sirvieron mientras miraba a Constantine, que estaba charlando con Stavros y varias personas más.

Al ver que Stavros la tomaba de la mano, sintió

Al ver que Stavros la tomaba de la mano, sintió celos. Unos celos tan intensos que Connie se debió de dar cuenta, porque soltó la mano de su esposo y se alejó hacia la mesa donde se encontraba el buffet.

Justo entonces, Nico decidió romper otra de sus normas.

Aquella mañana iba a desayunar.

–Disculpadme un momento –dijo a sus padres–. Acabo de decidir que tengo hambre. Voy al buffet a servirme algo de comer.

Mientras caminaba, se llevó una mano al bolsillo y sacó su tarjeta profesional, no la que daba a sus amantes. Nico tenía dos números de teléfono; uno para las mujeres con quienes salía, que contestaba pocas veces, y otro, el fijo, para los asuntos importantes.

–*Kalimera* –declaró cuando se detuvo a su lado.

–*Kalimera* –dijo ella.

–¿Qué tal estás? –preguntó Nico sin mirarla.

–Ya ves. Intentando elegir... el desayuno.

Connie se inclinó y se sirvió unos arándanos en el plato. Le temblaban las manos.

–Constantine, si necesitas algo...

–No me llames Constantine. Soy Connie –insistió

ella en voz baja.

—Yo prefiero llamarte Constantine. Me gusta más.

Nico dejó la tarjeta en la mesa y se marchó. Cuando ya estaba lejos, Connie la alcanzó y cerró los dedos sobre ella. Solo era un rectángulo de papel, pero en ese instante le pareció la más valiosa de sus posesiones.

Segundos después, apareció Stavros.

—Deja la comida ahora. Ya desayunarás más tarde —ordenó—. Ahora tenemos que socializar un poco.

Connie se giró hacia su marido.

—Necesito hablar contigo, Stavros.

Él no le hizo caso, de modo que no tuvo más remedio que seguirlo y dar conversación a sus amigos. Pero mientras hablaba con ellos, miraba subrepticiamente a Nico, que estaba hablando otra vez con el recepcionista.

Le pareció el hombre más atractivo del mundo. Incluso allí, en un hotel elegante lleno de personas elegantes con joyas, trajes y vestidos caros. Incluso a pesar de llevar los mismos pantalones del día anterior. Incluso a pesar de llevar una simple camiseta. Incluso a pesar de no haberse afeitado.

Era tan guapo que parecía un dios griego.

Al cabo de unos minutos, Nico se marchó sin mirar atrás y ella sintió el deseo de salir corriendo en su busca.

Quería fugarse con él.

Quería ser libre.

Capítulo 5

HE CAMBIADO de opinión.

Nico pensó que el recepcionista era todo un profesional. Evidentemente, su cambio de opinión le iba a causar muchas molestias, pero el hombre mantuvo el aplomo y se limitó a asentir, como si fuera lo más natural del mundo.

–Me gustaría quedarme otra noche en Xanos –continuó–. Por favor, búsqueme un coche y un chófer que me pueda llevar por la isla. No sé cuánto tiempo estaré fuera.

–Por supuesto, señor.

–Ah, otra cosa...

–¿Sí?

–No toquen nada en mi habitación.

–Me temo que acabo de pedirle a una doncella que cambie las toallas y que haga la cama –declaró.

–Prefiero que la deje como está –ordenó Nico.

–Como usted diga, señor.

Momentos después, el recepcionista le presentó a su chófer, que era un vecino de la isla. Cuando Nico subió al vehículo, se presentó.

Se llamaba George.

–Si quiere alguna cosa, pídamelo –dijo George mientras arrancaba–. ¿Es la primera vez que lo llevo?

–Sí. Nunca había estado en Xanos. Aunque es posible que me haya visto en Lathira o en el continente.

George se encogió de hombros.

–Lo dudo, porque nunca salgo de la isla. Pero su cara me resulta familiar. ¿Está seguro de que no nos conocemos?

Nico sacudió la cabeza.

–Seguro. Me habrá confundido con otra persona.

Nico fue seco en su respuesta porque no estaba de humor para hablar con nadie. Pero a lo largo del día, mientras avanzaban por las montañas de la isla, pensó muchas veces en la palabra «familiar».

muchas veces en la palabra «familiar».

Era como si ya hubiera estado allí. Era como si hubiera nacido allí. Y aunque esa sensación reafirmaba su sospecha de que no era hijo de los Eliades, sintió una paz tan intensa que lo confundió profundamente.

–Quiero ver el sur –dijo en determinado momento.

George hizo un gesto de disgusto.

–Ha cambiado mucho –declaró–. Ahora hay que pagar para entrar... han puesto una barrera y un guardia que vigila la única carretera de entrada. El guardia dice que es para mantener alejada a la prensa, pero todos sabemos que es para mantener alejados a los vecinos de la isla. Puede que no nos deje pasar.

–A mí me dejará.

Nico no estaba completamente seguro. Solo sabía que le dejaban entrar en todas partes. Y cuando el guardia se inclinó sobre la ventanilla del coche y reconoció al pasajero, les dejó entrar sin decir nada.

–Esta siempre fue la zona más pobre de la isla.

Por una vez, Nico quiso oír la historia del chófer. Así que le hizo una pregunta para animarlo a hablar.

–¿Y eso?

–La tierra es más fértil en el norte. Tiene viñas,

huertos, mercados y, por supuesto, el transbordador –respondió–. El sur solo servía para la pesca, pero como ya le he dicho, las cosas han cambiado mucho.

Hasta el propio Nico, que estaba acostumbrado a los lujos, se llevó una sorpresa al ver las mansiones que se alzaban junto a la carretera de la playa y los yates que había anclados en los muelles. Era un lugar muy bonito, pero desértico. Carecía de la belleza y el encanto de Puerto Banús.

–Supongo que el crecimiento de esta zona habrá sido bueno para la economía de la isla –se aventuró a comentar.

En esa ocasión, fue George quien sacudió la cabeza.

–No, ni mucho menos. Los ricos no salen de aquí. No comen en nuestros restaurantes ni crean puestos de trabajo. A decir verdad, su presencia no es de ninguna utilidad para los habitantes de la isla –afirmó.

Al contemplar el paisaje, Nico comprendió lo que quería decir. Estaba lleno de boutiques caras, cafés elegantes y restaurantes de cinco estrellas, pero todo resultaba aséptico y frío. No se parecía nada a la norteña localidad de Xanos.

–Pero a los ricos les gusta –continuó George–. Creen que esto es la verdadera Grecia.

Nico sonrió sin poder evitarlo. Al cabo de unos minutos, las vistas cambiaron y George redujo la velocidad.

–En los viejos tiempos, todo era como esta zona –explicó el chófer.

Nico se fijó en las pequeñas casas que se asentaban en las colinas. Todas tenían jardines que, en otra época, debían de haber sido muy bellos. Pero ahora estaban esperando a que los bulldozer las derribaran.

–Ese tipo se ha quedado con todo. Todavía quedan unos cuantos vecinos, los que están trabajando en las obras. Pero se marcharán cuando terminen.

–¿Ese tipo? ¿A quién se refiere?

–No recuerdo su nombre. Solo sé que es un millonario australiano.

La falta de información nunca había detenido a Nico. Ni, por supuesto, el hecho de que fuera domingo.

Aunque Charlotte tenía libre el fin de semana, la llamó inmediatamente por teléfono y le pidió que investigara al australiano y que se pusiera en contacto

con él cuando tuviera algo. Luego, salió del coche y empezó a pasear.

Caminó durante algo más de una hora por las calles, hasta que algo lo llevó a entrar en una de las propiedades abandonadas.

Era una casa más grande que las otras, con una higuera que le daba sombra y cuyos frutos llenaban el suelo. Las malas hierbas abarrotaban el jardín abandonado y sobre las piedras del camino crecía el musgo.

Estaba pensando que la belleza también podía surgir en un lugar tan dejado de la mano de Dios como ese cuando tomó la decisión de volver a llamar a Charlotte. Minutos después, su secretaria le devolvió la llamada.

–No están interesados en vender. Sobre todo, en domingo.

–Consígueme un precio, Charlotte.

Nico sabía que todas las cosas tenían un precio. Y esa vez fue más específico en la descripción de la casa abandonada que quería y que tanto había llamado su atención.

Ni siquiera sabía por qué se había encaprichado de

Ni siquiera sabía por qué se había encaprichado de ella de repente. Pero le dolía bastante la cabeza cuando volvió al hotel, se dirigió al bar y se intentó convencer de que no echaba de menos a Constantine.

Ya había comprobado una docena de veces su teléfono móvil cuando el aparato empezó a sonar. Desgraciadamente para él, no era Constantine, sino Charlotte.

Le había conseguido un precio, que le dio.

–Es lo que pide –declaró su secretaria–. Dice que no es negociable.

–¿Quién lo dice?

–No sé quién es el propietario de la casa. He hablado con su abogado y no es particularmente charlatán –contestó–. ¿Seguro que no estás en Montecarlo?

Nico soltó una carcajada sin humor.

–No, no estoy en Montecarlo.

Siempre se había llevado bien con Charlotte; probablemente, porque ella vivía en Londres, porque estaba disponible todo el tiempo y porque se veían con poca frecuencia. De vez en cuando, si era necesario, lo acompañaba en sus viajes; pero su relación había

sobrevivido porque, a diferencia de sus secretarias anteriores, Nico jamás se había acostado con ella. No se gustaban en ese sentido. Simplemente, se caían bien y formaban un buen equipo.

–Será mejor que llame yo y que hable con él en persona.

–Como prefieras, pero le han ordenado que no baje de ese precio. Si pretendes regatear, se negará a recibir más llamadas tuyas –le advirtió.

La parte más empresarial de la mente de Nico se negaba a aceptar que hubiera un precio no negociable. Pero en ese momento, se preguntó por qué le interesaba tanto esa casa. Automáticamente, pensó en Constantine.

Cabía la posibilidad de que quisiera seguir con Stavros. Cabía la posibilidad de que se conformara con una vida de mentiras. Pero también cabía la posibilidad de que decidiera rebelarse y ser libre.

Y en tal caso, necesitaría un refugio.

Sorprendentemente, se había empeñado en adquirir aquella propiedad por si Constantine la necesitaba.

–Te daré su número de teléfono –continuó

Charlotte.

–No, no, olvídalo.

–¿Que lo olvide? –preguntó, perpleja.

–Sí, habla con él y dile que acepto la oferta y que quiero firmar los documentos tan pronto como sea posible.

–De acuerdo.

Nico cortó la comunicación y se guardó el teléfono. Su parte más racional le decía que se había equivocado al actuar de ese modo, pero su instinto le decía que había hecho lo correcto.

Y entonces, la vio.

Constantine acababa de entrar en el bar con su esposo y con unos familiares.

Y al verla, decidió que sería su amante. Que rompería otra de sus normas y que le pondría una casa para que fuera su refugio.

Constantine reparó en la presencia de Nico un segundo después.

Sus ojos parecían rogar que la salvara.

Connie se sentía rehén de su propia familia. Y cuando vio a Nico, deseó correr hacia él y arrojarse a

sus brazos. Pero no lo deseó para que le hiciera el amor otra vez, como la noche anterior; lo deseó para sentirse a salvo, para que la ayudara a escapar de la cárcel que su familia había construido para ella.

Nico se levantó entonces del taburete de la barra.

Se levantó y sacó la llave de su habitación, que le enseñó en la distancia.

Connie supo entonces que la estaría esperando aquella noche y que quizás le daría lo que había soñado: encuentros amorosos en Atenas; pasión y llamadas telefónicas; alguna escapada ocasional a algún lugar secreto.

Habría sido lo más fácil. Solo tenía que dejarse llevar, seguir con la farsa de su matrimonio y reírse de su esposo y de su padre mientras llamaba por las noches a la puerta de Nico para volver a acostarse con él.

Habría sido lo más fácil y lo deseaba con toda su alma.

Pero Nico había despertado algo en su interior. Había conseguido que se sintiera más fuerte y más mujer que nunca.

Ese fue el motivo por el que decidió no ir a verlo

Ese fue el motivo por el que decidió no ir a verlo aquella noche. Una noche que se hizo interminable para ambos.

Capítulo 6

NO PUEDO creer que le hagas esto a tu propio padre.

Connie oyó la frase por enésima vez y le dolió tanto como la primera, pero se mantuvo en sus trece, orgullosa.

–Y yo no puedo creer que me haya hecho esto a mí.

Guardó el resto de sus pertenencias en la maleta, a sabiendas de que su tiempo en la isla de Xanos había terminado. Al anular su matrimonio con Stavros, había llevado la vergüenza a su familia y no tenía más remedio que irse.

Sin embargo, Connie permaneció serena durante todas las acusaciones y recriminaciones; tan serena

como lo había estado por la mañana, cuando le dio la noticia a su padre y se lo tomó tan mal que sufrió un desmayo y tuvieron que llamar al doctor.

Como su padre ya no podía insistir, le tocó el turno a su madre. Y mientras guardaba el vestido de novia en la maleta, el vestido que había comprado con tanta alegría, se le llenaron los ojos de lágrimas.

Su fachada de seguridad se empezaba a derrumbar. Especialmente, porque sus padres habían reaccionado de forma muy cruel ante su rebeldía. Le habían cerrado las cuentas bancarias asociadas a la familia y le habían quitado el coche, que había sido un regalo suyo, y hasta las joyas.

El asunto llegó hasta el extremo de que su madre se negó a que utilizara la maleta nueva que había comprado para la luna de miel y Constantine tuvo que guardar sus pertenencias en una maleta vieja.

–Tu padre se ha esforzado tanto para que lo tuvieras todo –protestó su madre–. Éramos las personas más respetadas y más ricas de Xanos… y tú vas a destruir eso. No tienes ningún derecho, Connie. Esa noticia lo va a matar.

Connie sabía que la noticia no lo iba a matar.

Connie sabía que la noticia no lo iba a matar. Conocía a su padre y era consciente de que su desmayo y su dolor posterior en el pecho solo era un chantaje emocional, uno de sus trucos para conseguir lo que quería.

–Deja que vea a papá y que le explique otra vez…

–No –la interrumpió su madre–. Has hundido a tu padre, Connie. Además, el doctor ha dicho que debe descansar y que tiene que estar tranquilo. Si quieres a tu padre, sé una buena chica y renuncia a la anulación.

En otras circunstancias, la petición de su madre le habría parecido la salida más fácil. Pero ya estaba harta. Su padre había simulado dolores en el pecho durante toda su adolescencia, cada vez que se atrevía a llevarle la contraria, cada vez que consideraba la posibilidad de desobedecer las estrictas normas familiares.

–Pero, mamá… mi matrimonio no es como el tuyo. No es un matrimonio real. ¿Es que no te das cuenta?

El ruego de Connie cayó en oídos sordos.

–Eres una egoísta. ¿Qué pensará el pobre Dimitri? ¿Y el pobre Stavros? ¿No te has parado a pensar en ellos?

Connie lo había pensado muchas veces.

Por muy mal marido que fuera, Stavros estaba tan atrapado en aquella situación como ella misma. Había aceptado el matrimonio por los dictados de su propia familia. Y Connie sentía lástima de él.

–Si Stavros quiere estar casado, que se busque otra mujer, otra esposa –alegó–. Solo espero que tenga la valentía necesaria para decirle que es homosexual antes de la noche de bodas.

–Pero tu padre…

–Si no permites que hable otra vez con él, le dejaré una carta.

Su madre rompió a llorar, desconsolada.

–Me voy a tumbar un poco –dijo entre lágrimas–. Cuando me levante, quiero que te hayas marchado de esta casa.

–¿Es que no te vas a despedir de mí?

–No, no me voy a despedir de ti. Estaba tan contenta con tu boda…

Al final, Connie dejó a su madre, entró en el despacho y cerró la pesada puerta. El despacho era la habitación que más le había intrigado e intimidado

cuando era pequeña, porque estaba llena de armarios y de cajones que no podía abrir.

No tenía más remedio que dejarle una carta a su padre. Y fue la carta más difícil que había escrito nunca.

Mientras la escribía, se llevó una mano al estómago. La regla se le había retrasado y empezaba a estar preocupada. Por desgracia, no podía hacerse una prueba de embarazo en la isla sin despertar todo tipo de rumores.

Se intentó tranquilizar y se dijo que no podía estar embarazada. A fin de cuentas, había empezado a tomar la píldora poco antes de la boda. Pero no había sido precisamente meticulosa al respecto.

–Oh, Dios mío...

Constantine sabía que tener un niño sería un desastre mucho peor que el desastre que había provocado con la anulación de su matrimonio.

Y sintió pánico.

Desesperada, alcanzó el bolso, sacó la tarjeta que Nico le había dado y marcó su número de teléfono. No era la primera vez que lo marcaba; pero hasta entonces, siempre había colgado antes de que él

respondiera.

Sin embargo, esa vez necesitaba oír su voz.

–¿Dígame?

El tono de Nico sonó duro. Evidentemente, no podía saber que era ella. Y su voz no se parecía nada a la del hombre que la había abrazado y le había hecho el amor; era la voz de un frío hombre de negocios; de un hombre que había tenido muchas amantes y que siempre conseguía lo que quería.

Connie lo sabía porque lo había investigado en Internet. La Red estaba llena de noticias sobre sus éxitos empresariales y amorosos.

–¿Quién es? –volvió a preguntar Nico.

Connie colgó al instante.

No podía hablar con él. No podía volver a hablar con él en ese estado, desesperada y al borde de las lágrimas. No quería darle esa impresión.

Esperaría hasta llegar al continente y, entonces, cuando se hubiera asentado y tuviera un empleo y un sitio donde vivir, lo llamaría.

Una vez más, le dio las gracias para sus adentros.

Le daba las gracias mil veces al día. Por haber despertado todo su potencial. Por haberla ayudado a

despertado todo su potencial. Por haberla ayudado a tomar la decisión correcta y romper su matrimonio.

Pero sus padres no lo entenderían nunca. Jamás aprobarían que hubiera pedido la anulación, aunque fuera evidente que el matrimonio no se había consumado.

Connie escribió la carta a su padre con todo el dolor de su corazón, esperando que algún día lo entendiera y se sintiera orgulloso de ella. La escribió tres veces y la rompió tres veces porque no encontraba las palabras adecuadas para decirle lo que quería decir: que, aunque lo quería con toda su alma, debía seguir adelante con su vida.

Se puso a caminar de un lado a otro, nerviosa, hasta que se detuvo y empezó a pasar la mano por los objetos que tanto le habían llamado la atención durante la infancia.

Extrañamente, su padre había dejado abiertos los cajones de la mesa. Connie lo atribuyó al desmayo que había sufrido y se dedicó a comprobar el contenido de todos, con miedo a que su madre apareciera en cualquier momento y la pillara con las manos en la masa.

Al principio no encontró nada de interés. Solo montones de notas.

Pero al cabo de unos segundos, descubrió una carpeta que despertó su interés. Contenía informes, facturas y documentos sobre Dimitri, el padre de Stavros. Y a medida que iba leyendo, se dio cuenta de que el famoso abogado al que tanto había respetado, el hombre que siempre le ponían como ejemplo de lo que se podía conseguir con perseverancia y trabajo, no era más que un delincuente.

Sorprendida, se preguntó por qué guardaría su padre esos documentos.

Y decidió alcanzar la carpeta siguiente, en cuya parte delantera se podía leer un apellido que pronunció en voz alta:

–Eliades.

Aunque era un apellido común en la zona, Connie pensó inmediatamente en la familia de Nico. Sin embargo, se recordó que los Eliades vivían en Lathira y que tendrían sus propios abogados y asesores, así que era improbable que su padre y Stavros trabajaran para ellos. Pero eran amigos de la familia de Stavros y

habían asistido a la boda. Connie los había visto más de una vez. Por eso había reconocido a Nico.

Cuando abrió la carpeta, descubrió unos documentos antiguos, de color amarillento, que la dejaron atónita.

Eran los papeles de una adopción ilegal.

La adopción de Nico.

Se le aceleró el pulso al comprender que Nico no era hijo de los Eliades, sino un niño que habían comprado a su madre. Y se le aceleró un poco más cuando descubrió que su padre, su propio padre, era el hombre que se lo había vendido.

Automáticamente, se preguntó si Nico sabría que era adoptado.

Justo entonces, se fijó en la letra irregular de la mujer que había vendido al niño. Se llamaba Roula, aunque no pudo entender su apellido.

Se le llenaron los ojos de lágrimas cuando vio la ridícula suma que le habían pagado por él. Pero eso no la incomodó tanto como la situación en la que se encontraba ahora. No sabía si podría volver a mirar a Nico a los ojos después de descubrir que su propio

padre había participado en su venta.

De repente se mareó y se tuvo que sentar. Poco después, encontró un certificado de nacimiento. No la falsificación que habían utilizado para hacer creer que Nico era hijo de los Eliades, sino el verdadero certificado de nacimiento, el original.

Un documento con el que averiguó dos cosas más: que Nico era varios meses mayor de lo que creía y que tenía un hermano gemelo que se llamaba Alexandros.

Al parecer, Nico era el mayor de los dos. Había nacido dieciocho minutos antes.

Capítulo 7

BUENO, si el bebé tiene dos meses, no entiendo que le hayan concedido la anulación del matrimonio. Es evidente que se quedó embarazada cuando...

Nico no entendió el resto de la frase. Su madre le había llamado por teléfono y, como de costumbre, le estaba contando los últimos cotilleos de las islas. Pero cuando mencionó el embarazo de Constantine, se quedó helado.

–Constantine se marchó a Atenas y Dimitri la expulsó de allí –continuó su madre–. Según tengo entendido, ahora está viviendo en Londres, completamente arruinada... sus padres la

desheredaron cuando se produjo el escándalo. Habrá que ver cuánto tiempo aguanta sin su apoyo. Seguro que vuelve con el rabo entre las piernas.

—¿Y Stavros? —preguntó Nico.

Su madre suspiró.

—¿Stavros? Stavros se marchó de la isla hace unos meses, antes de que esa descastada lo abandonara. ¿Cómo es posible que no lo sepas?

Nico estuvo a punto de responder que no lo sabía porque no había hablado con ella en casi un año, pero se contuvo.

Sin embargo, un año era mucho tiempo.

Después de la boda de Constantine, Nico había volado de Xanos a Lathira y había tenido su propio escándalo. La visita a Xanos había empeorado la sensación de que él no tenía nada que ver con sus padres. Sin saber cómo, se había convencido de que era adoptado. Y cuando se lo dijo a su madre, ella se limitó a reírse y a enseñarle su partida de nacimiento.

La prueba parecía incontestable, pero Nico contraatacó con una pregunta con la que siempre se mostraban elusivos.

—¿Dónde? ¿Dónde nací?

–¿Dónde? ¿Dónde nací?

–En el continente. Nos mudamos a Lathira para empezar con el nuevo negocio.

Nico no se quedó convencido. Exigió que se hicieran una prueba de ADN y su madre puso el grito en el cielo y llamó la atención de su padre, que se unió a la discusión. Desde entonces había pasado casi un año.

Y ahora, recibía la noticia de que Constantine se había quedado embarazada. Indudablemente, de él.

Cuando cortó la comunicación, se llevó las manos a la cabeza e intentó asumir la noticia. En ese momento sentía la necesidad de ir en busca de Constantine y de encararse con ella.

Ni siquiera sabía por qué no lo había llamado por teléfono. Si efectivamente era hijo suyo, tenía derecho a saberlo. Pero no le había dicho nada.

Cerró los ojos, respiró hondo y se dijo que no podía ser verdad.

Él no quería tener hijos. Nunca lo había querido.

Por supuesto, cabía la posibilidad de que no fuera hijo suyo y de que se estuviera preocupando sin necesidad alguna. Eso habría explicado el silencio de Constantine. Si no era suyo, no tenía por qué llamar.

Pero necesitaba estar seguro.

Tras unos momentos de duda, llamó a Charlotte. Al principio, su eficiente secretaria no pudo localizar a la Connie que estaban buscando; pero cuando Nico le dijo que su verdadero nombre era Constantine, una llamada llevó a otra y localizaron su nombre en la base de datos de una agencia de empleo.

Horas después, tras un largo trayecto en avión, Nico se encontró delante de un edificio de Londres.

Al ver el hierro oxidado de la verja y las malas hierbas que crecían en el jardín, pensó que Charlotte le habría dado mal la dirección. Parecía abandonado. No le parecía posible que Constantine viviera en un lugar así.

Pero llamó al timbre de todas formas y esperó.

–¿Nico?

Si Constantine no hubiera pronunciado su nombre, no la habría reconocido.

No se parecía nada a la mujer a la que había conocido en Xanos. No se parecía nada a la mujer con quien había hecho el amor.

Había ganado peso. Tenía la cara hinchada y su cabello, antes rizado, estaba ahora completamente

lacio. Pero su cambio físico no le llamó tanto la atención como su cambio de actitud. Tenía el aspecto de una mujer derrotada. Era como si le hubieran robado toda la energía que llevaba dentro.

Y Constantine se dio cuenta de lo que pensaba.

Lo supo por su expresión de asombro y de horror. La misma expresión que ponía ella cuando se miraba al espejo e intentaba recordar la mujer que había sido.

Se sintió tan mal que deseó cerrar la puerta y esconderse.

–No me has llamado –declaró él.

No eran las palabras que Nico pretendía pronunciar, pero se le escaparon sin que pudiera evitarlo.

–Te dije que me llamaras si necesitabas algo –continuó, mientras la miraba de arriba abajo–. Y es evidente que necesitas algo.

–Te ruego que me disculpes por mi aspecto –dijo ella–. Si hubiera sabido que ibas a venir, me habría maquillado un poco y me habría puesto algo más elegante.

–Olvídate de tu aspecto, Constantine. No tiene importancia.

–

–Pero…

Justo entonces, se oyó otra voz:

–¡Connie! ¿Quién está contigo?

–¡Solo es el cartero! –respondió ella.

Connie se giró hacia Nico y declaró en voz baja:

–Tienes que marcharte. No permiten que reciba visitas.

–Pues tendrán que permitirlo. Quiero hablar contigo.

–Vete, Nico, por favor…

Connie intentó cerrar la puerta, pero él la bloqueó con el hombro.

–¿Cuándo puedo verte? ¿A qué hora sales del trabajo?

–Nico, yo…

–¿A qué hora sales del trabajo? –insistió.

–No lo sé. Tengo que estar aquí constantemente, por si me necesita. El anciano al que estoy cuidando está enfermo, en la cama, y no se puede quedar solo.

–Pero saldrás en algún momento…

–Sí, claro… salgo a hacer la compra por la mañana. Si quieres, podríamos vernos unos minutos y tomar un café.

café.

–Unos minutos...

Un bebé rompió a llorar en ese instante. El anciano se enfadó con sus gritos, dio golpes en el suelo y exigió a Constantine que se ocupara de él.

–Tengo que marcharme, Nico.

Nico se puso furioso. No iba a permitir que Constantine permaneciera en esa casa. No podía seguir allí ni un segundo más.

Empujó la puerta con fuerza. Ella intentó impedir que entrara, pero fracasó.

–¡Connie! –exclamó el anciano–. ¡Te necesito!

Nico apretó los dientes y echó un vistazo al vestíbulo de la casa. En otros tiempos debía de haber sido un lugar bonito, pero estaba muy descuidado.

–¡Ya voy, Henry!

Connie se giró hacia las escaleras. Nico la agarró de la muñeca y declaró:

–Tu bebé te necesita antes.

–Y le atenderé en cuanto pueda –se defendió. Connie sintió pánico. Nico estaba muy enfadado. Tan enfadado que era capaz de entrar en la cocina, donde había dejado al pequeño, sacarlo de la cuna y llevárselo

mientras ella se encargaba de atender a Henry.

A fin de cuentas, era su hijo.

–Está bien, ve con él. Te esperaré aquí.

–No.

No podía confiar en él. No podía arriesgarse de ese modo.

Se dirigió a la cocina, sacó al bebé de la cuna y lo apretó contra su pecho. El pequeño se tranquilizó un poco al sentir los latidos de su corazón.

Después, subió al dormitorio de Henry y se ocupó de él. Estaba enfadado por los gritos del pequeño.

–No se preocupe. Dejará de llorar en cuanto le dé el pecho.

Henry clavó la mirada en sus senos hinchados y Constantine sintió el deseo de pegarle una bofetada, como tantas otras veces. Estaba condenada a trabajar para un viejo verde. Pero no tenía elección; se trataba de elegir entre vivir en la calle o trabajar para él.

Le colocó las almohadas, le dio un masaje en la espalda y dijo:

–Volveré a subir más tarde, por si necesita algo.

–Excelente.

Constantine lo maldijo para sus adentros y salió del dormitorio, intentando pensar en las ventajas de su situación. Con todos los defectos de Henry, que eran muchos, no podía negar que le había hecho un favor al permitir que viviera allí durante todo su embarazo; incluso había contratado a otra mujer para que la sustituyera durante tres semanas después de que diera a luz, porque no se encontraba bien.

Mientras bajaba por la escalera, dio unos golpecitos al bebé y lo intentó tranquilizar. Estaba hambriento, pero no le quería dar el pecho delante de Nico.

–Tendrás que esperar un poco, cariño...

Nico la observó mientras bajaba. Ella se llevó un dedo a los labios para indicarle que guardara silencio. Después, avanzaron por un pasillo hasta la parte más alejada de la casa y entraron en la cocina.

En comparación con el resto de las habitaciones, era un lugar cálido, alegre y lleno de luz. Como era muy grande, Constantine había instalado un sofá para estar cómoda y una televisión, que encendió para que Henry no les pudiera escuchar.

Luego, dejó al niño en la cuna y puso la lavadora.

–Por favor, habla en voz baja.

–¿Por qué? El que está pegando gritos no soy yo. Es el niño.

–Es que tiene hambre.

–Pues haz algo al respecto. Entre tanto, yo prepararé café.

Nico le dio la espalda y empezó a preparar la cafetera. Ella aprovechó la ocasión para sentarse en el sofá y dar el pecho al bebé.

–¿Cómo te gusta? –preguntó él.

–Con dos cucharadas de azúcar.

–No me extraña que lo tomes con azúcar, porque este café tiene un aspecto lamentable.

–Eh, no hables así de mi amigo... –bromeó. Constantine lo dijo porque el café era su único amigo en Londres. La salvaba a las dos de la madrugada, la salvaba a las cuatro de la madrugada, la salvaba al alba y la salvaba durante el día, cuando tenía que cuidar de Henry y limpiar la casa.

Nico sonrió y puso la cafetera al fuego. Al cabo de un rato, sirvió dos tazas y se sentó en un taburete, junto a la encimera.

Estuvieron en silencio unos minutos, mientras ella

Estuvieron en silencio unos minutos, mientras ella daba de mamar al bebé. A Constantine le extrañó que Nico fuera tan paciente. No lo tenía por un hombre paciente; sobre todo, después de lo que había averiguado de él en Internet. Era un profesional con éxito, lleno de energía, que viajaba por todo el mundo y había tenido muchas amantes.

Al cabo de un rato, él rompió el silencio.

–¿Qué te ha pasado?

Ella dudó porque no sabía qué decir y porque Nico no había formulado la pregunta que estaba esperando. No había preguntado si él era el padre del niño.

–No lo sé –respondió con inseguridad–. Te aseguro que ni siquiera sé cómo he llegado a este punto.

–Tengo entendido que pediste la anulación…

Ella cerró los ojos un momento.

–Sí.

–¿Y bien?

Constantine no tuvo más remedio que ampliar la explicación. Era evidente que Nico quería conocer toda la historia.

–No podía seguir casada con él; sencillamente, no podía. El mismo día en que te vi por última vez, se lo

dije a mis padres.

–Comprendo.

–Y no se lo tomaron bien.

–Ya me lo imagino.

–No, no creo que te lo imagines.

–Sé lo que pasa en las islas, Constantine. Conozco a ese tipo de gente.

Constantine no dijo nada.

–Mi madre me comentó que te marchaste de Xanos y te mudaste a Atenas…

Ella asintió.

–Sí, es verdad. Conseguí un empleo, pero Dimitri conocía al propietario de la empresa y se encargó de que me echaran. Después de aquello no conseguí trabajo en ninguna parte. Cada vez que llamaba a una puerta, me la cerraban en las narices. Era como si todo el mundo conociera mi nombre… cuando me marché de Xanos, me dijeron que Dimitri haría cualquier cosa por destruirme. Y tenían razón.

–Ese tipo de personas son extraordinariamente crueles cuando se sienten traicionadas –comentó Nico–. Pero ¿qué hiciste después?

Ella tragó saliva.

–Me quedaba dinero suficiente para viajar a Londres. Pensé que aquí, donde no me conocía nadie, tendría una oportunidad. Pero mis padres me desheredaron, el dinero se acabó y mi embarazo seguía adelante… No sabes el miedo que pasé. Iba a tener un niño y no tenía un sitio donde vivir.

Nico estuvo a punto de formular la pregunta en ese momento, pero se contuvo. Constantine estaba tan agotada que no le pareció el momento más adecuado. Así que decidió esperar y dejarla hablar.

–Este fue el único trabajo que pude encontrar.

–Cuidar a Henry.

–Sí. Además, permitía que me alojara en su casa y yo necesitaba un sitio donde vivir y donde quedarme después de que naciera el niño.

A Constantine se le quebró la voz. El parto había sido el momento más difícil de todos. Cuando se vio sola en aquel hospital, sin nadie a quien poder acudir, sin nadie en quien poder confiar, estuvo a punto de volverse loca.

–Pero las cosas van a mejorar –continuó–. Dentro

de unas semanas, me buscaré otro empleo y alquilaré un piso.

Él sacudió la cabeza.

–No te preocupes por el dinero. Yo me encargaré de...

–No, Nico, yo...

Lejos de tranquilizarla, las palabras de Nico la aterrorizaron. No podía estar atada a él; no podía estar atada a un hombre que, según le había confesado, no quería tener ni esposa ni hijos. Y en cuanto a ella, no había olvidado que su única experiencia con el matrimonio había terminado en desastre.

Además, ella había cambiado durante los meses anteriores. Ya no era la joven inocente que había sido. Se había convertido en una mujer fuerte e independiente, capaz de cuidar de sí misma y de su hijo.

–Insisto. Tengo derecho a cuidar al niño –dijo él.

–¡Pero no se trata de ti! –protestó ella–. ¡No se trata de los derechos que tengas o dejes de tener!

Constantine se tranquilizó un poco y añadió:

–No te quiero en mi vida, Nico.

Él se quedó en silencio, atónito. No esperaba que Constantine le dijera eso. Pero mantuvo el aplomo y se

Constantine le dijera eso. Pero mantuvo el aplomo y se concentró en lo más urgente.

–Sea como sea, tenemos que sacarte de aquí. ¿Has conseguido ahorrar algo?

Ella no respondió.

–¿Cuánto te paga ese canalla? –insistió Nico, frunciendo el ceño.

–Bueno…

–¿Cuánto te paga?

–Henry me ofrece comida y alojamiento –respondió al fin–. Y a cambio, yo cuido de él, de la casa y de…

–¿Y no te paga nada?

–Sí, un poco.

Constantine le dijo una suma tan ridícula que apenas alcanzaba para comprar los pañales del niño.

Nico cerró los ojos y respiró hondo.

–¿Cómo es posible, Constantine? Vivimos en el siglo XXI. No puedes permitir que te traten como a una esclava. Además, estás en Inglaterra… aquí hay servicios sociales que pueden prestar ayuda a una madre soltera.

–A mí no. Las autoridades saben que mi familia es rica y, obviamente, creen que tengo medios de sobra:

no puedo justificar que necesite ayuda pública –explicó–. Pero tampoco es para tanto… las cosas se solucionarán de una forma u otra. Esta mañana estuve en el médico y me recetó vitaminas y unas pastillas. Cuando surtan efecto…

–¿Pastillas?

–Sí, para mi depresión posparto.

Él entrecerró los ojos y ella se sintió en la necesidad de explicarse.

–No quería tomar medicamentos mientras doy de mamar al niño, pero el médico me ha asegurado que esas pastillas son seguras.

–Tú no necesitas que te mediquen, Constantine. Cualquiera tendría una depresión posparto si viviera aquí… No estás deprimida. Solo estás agotada. Y las pastillas no van a cambiar eso.

Ella suspiró.

–Tal vez. Pero servirán para que me sienta mejor.

En ese instante, oyeron un golpe en el techo. Era Henry.

Connie se levantó y apartó al niño de su pecho.

–Todavía está mamando… –dijo Nico.

–Sí, pero ya ha tomado suficiente.

Rápidamente, dejó al niño en la cuna y se dirigió hacia la puerta sin decir una palabra más, porque Henry seguía pegando golpes.

Cuando llegó a la habitación del anciano, él preguntó:

–¿Qué es todo ese ruido? ¿Quién está abajo?

–Nadie… discúlpeme. Es que tenía la televisión con el volumen demasiado alto –mintió–. ¿Quiere que le traiga algo de beber?

–No, solo quiero que me pongas bien las almohadas.

Connie odiaba ponerle las almohadas, porque implicaba inclinarse sobre él y Henry siempre hundía la cabeza entre sus pechos.

Afortunadamente para la salud de Henry, Nico no sabía nada del asunto. Se había quedado en la cocina y estaba haciendo lo mismo que había hecho desde que su madre le dijo que Constantine se había quedado embarazada: intentar encontrar la forma de solucionar el asunto.

Por suerte, el niño se había quedado dormido.

Pero Nico ni siquiera se acercó a la cuna a mirar.

Era como si no quisiera verlo, como si tuviera miedo de confirmar que, efectivamente, era su hijo.

Prefería concentrarse en el problema general. Siempre se había sentido cómodo con los problemas. Dejaba de pensar en las cosas sin importancia y se concentraba en los hechos objetivos. No en lo que pudiera pasar más tarde, sino en lo que pasaba en ese momento; no en lo que hubiera pasado antes, sino en lo que pasaba entonces, en el presente.

Además, aún cabía la posibilidad de que el bebé no fuera hijo suyo.

Pero era una posibilidad remota.

Se volvió a sentar en el taburete y estuvo pensando un buen rato. Se sentía traicionado por Constantine. No podía entender que no le hubiera dicho nada. Si era hijo suyo, había pasado por encima de sus derechos. Y si no lo era, había preferido trabajar para un canalla como Henry en lugar de pedirle ayuda.

Y ahora afirmaba que no lo quería en su vida.

Nico intentó buscar una solución.

Quizás, denunciarla en los tribunales.

Quizás, quedarse con la custodia del pequeño.

Pero habría sido absurdo e injusto.

Pero habría sido absurdo e injusto.

No tenía ni tiempo ni energías para cuidar de un bebé. Vivía en los aeropuertos y en los aviones, cenaba fuera casi todas las noches y lo único que sabía cambiar era la hora del reloj cuando cambiaba de zona horaria.

Giró la cabeza y contempló los rizos oscuros del bebé, que sobresalían por encima de las sábanas blancas.

Casi se sintió aliviado por no poder ver su cara desde el taburete.

Tenía miedo de amarlo.

Porque sabía que el amor no duraba mucho.

–Será mejor que te vayas.

Constantine había vuelto. Estaba en la entrada de la cocina.

Nico pensó que tenía razón. Marcharse de allí era lo mejor que podía hacer. Pero no podía dejarla en aquella casa.

–Ven conmigo.

Ella sonrió con cansancio.

–No puedo.

–Claro que puedes. Ven conmigo, a mi hotel.

–¿A tu hotel? Nico, yo...

–No te preocupes. Dormiremos en habitaciones separadas.

Aparentemente, las palabras de Nico no sirvieron para tranquilizarla. De hecho, se limitó a sacudir la cabeza.

–Yo no soy tu problema, Constantine.

–Lo sé.

–Además, soy responsable de lo que te ha pasado. Si no me hubieras conocido, si no te hubieras acostado conmigo aquella noche, seguirías casada con Stavros.

–Y me sentiría peor que ahora, Nico. Es verdad que estaría menos cansada y que no tendría problemas económicos, pero llevaría una vida infernal, sin sentido, con un hombre que ni siquiera quiere tocarme.

Nico sacudió la cabeza.

–Nada puede ser peor que tu vida actual –alegó.

–¿Tú crees? –declaró ella.

Connie no lamentaba ni haber anulado su matrimonio ni haberse marchado de Grecia; pero lamentaba que Nico la viera en un estado tan lamentable. A fin de cuentas, era el hombre de sus sueños, el hombre que había conseguido que se sintiera

más bella que nunca. Y cuando le abrió la puerta de la casa y notó su expresión de espanto, se deprimió. Había dejado de ser el cisne de Xanos y se había convertido en el patito feo.

Además, no quería aceptar su caridad. Antes que eso, prefería pedir ayuda a su familia y rogarles que la perdonaran.

–Si te hubiera llevado a tu habitación en lugar de a la mía, si no te hubiera dicho aquellas cosas sobre las decisiones que tomamos…

–Me alegra que lo hicieras, Nico.

La propia Connie se sorprendió de admitirlo en voz alta, pero era verdad. A pesar de todas las dificultades, se alegraba de que Nico hubiera aparecido en su vida y la hubiera empujado a rebelarse y a buscar su propio camino.

–Sé que las cosas no me han salido bien y que tendré que afrontar muchos obstáculos –continuó, más animada–. Pero sobreviviré.

En los ojos cansados de Connie se vio un destello de pasión. Y Nico tuvo la certeza de que saldría adelante.

–Esta situación solo es temporal –siguió diciendo–.

Si me hubiera quedado allí, mi desgracia habría sido permanente.

–Quizás tengas razón, pero... ¿por qué no me has llamado en todo este tiempo?

–¿Por qué no me has llamado tú?

Connie se puso a la defensiva porque no quería decirle el verdadero motivo. Ella no sabía que Nico se acababa de enterar de lo sucedido. Pensaba que lo había sabido desde el principio y que su silencio significaba desinterés.

De hecho, estaba convencida de que solo había ido a verla por el niño. Y se dijo que debía tenerlo muy presente.

–Porque no sabía lo que había pasado. No lo he sabido hasta hoy mismo –respondió él.

–Oh, vamos...

–Te estoy diciendo la verdad, Constantine. En cuanto me he enterado, le he pedido a mi secretaria que te localizara y me he subido a un avión.

Connie no se lo podía creer. Suponía que Nico habría hablado muchas veces con su familia y que se lo habrían dicho tiempo atrás.

–No te creo. Tu madre no se habría callado un

–No te creo. Tu madre no se habría callado un cotilleo como ese. Seguro que te lo dijo.

–Te equivocas. Mis padres y yo no habíamos hablado desde tu boda… digamos que he tenido un año difícil.

–¿Tan difícil que no podías llamar por teléfono?

Él respiró hondo y contestó:

–Descubrí que no soy hijo de mis padres.

Connie se quedó helada; no por la noticia, de la que ya estaba al tanto, sino por el hecho de que Nico lo supiera y se lo confesara precisamente a ella. Sabía que era un secreto. Lo sabía porque, si hubiera sido de conocimiento público, el escándalo posterior habría sido tan grande que el suyo, en comparación, habría parecido una minucia.

–¿Cómo… ? ¿Cómo lo descubriste? –acertó a preguntar.

–Lo recordé.

–¿Así sin más?

–Sí. Tuve una sensación extraña durante mi visita a Xanos. Pero puede que esté equivocado, porque mis padres lo niegan y…

Nico no terminó la frase. Era evidente que el asunto

lo perturbaba y que no estaba acostumbrado a hablar de sí mismo.

–Cuéntamelo, Nico. No te lo calles ahora.

Él sacudió la cabeza. Ya había dicho más de lo que quería decir.

Connie estuvo a punto de insistir, pero no lo hizo porque tenía miedo de que su cerebro cansado cometiera un error y le revelara algo que no quería revelar.

–Será mejor que te vayas, Nico.

Nico consideró las posibilidades que tenía.

Podía enviarle un cheque todos los meses, para ayudar a su manutención y la del pequeño, aunque Constantine era capaz de no cobrarlos. O podía sacar el dinero que llevaba en la cartera y dárselo; ella se lo arrojaría a la cara, pero se quedaría en la casa y podría utilizarlo después.

Fuera como fuera, sabría que estaría bien y se marcharía más tranquilo.

Justo entonces, notó un olor en la cocina y decidió quedarse un poco más. Era el olor del bebé.

Miró a Constantine y se dijo que podía arreglar las

cosas con ella. No le podía ofrecer una relación larga porque Nico no creía en el amor, pero la podía ayudar a salir adelante y le podía buscar un lugar decente donde vivir.

–Ven conmigo –dijo con vehemencia–. No a mi hotel, sino a mi casa. Yo no suelo pasar por allí, así que podrás descansar y recuperar fuerzas. Además, tengo empleados que se encargan de todo.

–No te preocupes por mí. Estaré bien.

–Ven conmigo –repitió nuevamente–. Tengo una propiedad en Xanos... en el sur.

Constantine soltó una carcajada llena de ironía. El sur de Xanos estaba lleno de rubias ricas y mansiones de famosos. No podía ser un lugar más inapropiado para ella.

–No me interesa, Nico. Intento alejarme de mi familia y, como te puedes imaginar, no tengo intención de volver a Xanos. Pero no sabía que tuvieras una propiedad allí...

–Nadie lo sabe. Está en un lugar aislado y tiene una playa desierta por la que puedes pasear sin que nadie te moleste. Además, hay piscina y un jardín donde

podrás tomar el sol y recuperar el color –le informó–. Ni siquiera tendrías que cocinar. Mi ama de llaves se encarga de eso. Y debo añadir que es una gran cocinera.

–Pero tus empleados se irían de la lengua y mi familia me encontraría.

–Mis empleados son de absoluta confianza.

Constantine lo miró con escepticismo; sabía que a los isleños les encantaba cotillear. Pero Nico también lo sabía y había considerado ese factor al contratar a Despina y a Paulo.

–Son una pareja de ancianos –continuó Nico–. Dos personas orgullosas, que perdieron a su hijo hace dos años y que gastaron todos sus ahorros con las facturas del hospital. No tenían nada cuando los encontré. Estaban en la calle. Ahora viven en mi propiedad, que cuidan como si fuera suya, y reciben un buen sueldo por su trabajo. Te aseguro que son completamente leales.

–No lo dudo, pero…

–Créeme, no dirán nada. Insistí mucho en eso. Nadie sabe que estoy allí… ni siquiera mi familia.

–¿Por qué tanto secreto? –quiso saber Connie.

Nico no tuvo más remedio que decírselo. Sabía que

Nico no tuvo más remedio que decírselo. Sabía que lo descubriría de todas formas si aceptaba su oferta. A fin de cuentas, la casa estaba llena de documentos.

–Porque yo soy de allí. Estoy seguro. Y quiero encontrar mis raíces –respondió–. Así que ahora, cuando tengo tiempo libre, me voy a Xanos.

–¿Para qué?

–Para investigar. Quiero saber quiénes son mis padres y dónde están.

–¿Y qué harás cuando los encuentres?

Connie lo preguntó con cautela. No quería decirle lo que sabía hasta asegurarse de que solo deseaba encontrar a sus verdaderos padres.

Pero la respuesta de Nico, llena de rabia, destrozó esa esperanza.

–Cuando los encuentre, averiguaré quién fue el responsable de esta situación. Y te aseguro que lo pagará muy caro.

Capítulo 8

NICO se quería vengar.

Y Connie estaba segura de que lo conseguiría.

Segura de que destrozaría la reputación de su familia y de que la vergüenza que ella les había causado con la anulación de su matrimonio sería poca cosa en comparación con lo que Nico les haría cuando supiera la verdad.

Toda la verdad.

Todo lo que ella había visto en los documentos del despacho.

–Recoge tus cosas –dijo Nico.

Connie estuvo a punto de negarse, pero guardó

silencio. Quizás, porque estaba cansada de tantos problemas o, quizás, porque pensó que marcharse con él era la única forma de impedir que destruyera a sus padres.

–Nos vamos, Constantine.

–Pero no puedo dejar a Henry…

–¿Que no puedes? Ese hombre te trata como si fueras una esclava.

–Solo es un viejo. Y esclava o no, acepté sus condiciones.

–Está bien. Entonces, te marcharás por la mañana.

–Dudo que la agencia de trabajo le pueda conseguir una sustituta en tan poco tiempo –intentó razonar.

–Se la conseguirán.

–No puedo, Nico.

En realidad, Connie quería irse con él. En parte, porque su casa de Xanos era un lugar perfecto para esconderse y recuperar sus fuerzas; en parte, porque necesitaba estar con él para minimizar el desastre que se iba a producir más tarde o más temprano.

Pero había un motivo para que se negara. Un motivo importante.

Y Nico era tan consciente de él que declaró:

Y Nico era tan consciente de él que declaró.

–Tenemos que hablar. Hay cosas que debemos discutir. Pero no ahora… no hasta que estés preparada.

–¿Lo dices en serio?

–Tienes mi palabra. Pero de momento, solo quiero que te preocupes por lo básico.

–No te entiendo…

–Quiero que te limites a ser madre. Y que cuando no lo seas, descanses un poco.

Las palabras de Nico le sonaron inmensamente cálidas y cariñosas. Tanto que deseó cerrar los ojos y dejarse llevar. No quería pensar en los problemas y en las complicaciones que, indudablemente, terminarían por surgir.

Quería aceptar lo que le ofrecía.

–Nos marcharemos por la mañana. Ahora tienes que dormir un poco.

Connie sacudió la cabeza.

–No, no puedo dormir. Tengo que lavar la ropa.

Connie se alejó de él, alcanzó la cesta de la ropa sucia y empezó a meterla en la lavadora. Cuando la puso en marcha, se giró hacia la secadora y empezó a sacar las prendas de Henry que había metido antes de

que él llegara.

Nico se sentó y se dedicó a mirarla.

–Yo nunca lavo la ropa –dijo él al cabo de un rato.

Connie lo miró con ironía mientras montaba la tabla de planchar.

–Estoy segura de ello.

Él se encogió de hombros.

–Está bien. Si quieres ser una mártir… adelante.

Connie no quería ser una mártir. Y por primera vez desde que trabajaba para Henry, decidió que no le plancharía la ropa y se limitó a doblarla.

–Rebélate, Constantine –insistió Nico.

Ella no dijo nada.

–¿Por qué no te vas a dormir? –continuó él–. ¿Es que ni siquiera puedes descansar cuando él esta durmiendo?

–Me acostaré en cuanto te vayas.

–Pues no me voy a ir a ninguna parte –le advirtió–. No te voy a dar la oportunidad de que te inventes un montón de excusas para no marcharte conmigo por la mañana. Me voy a quedar aquí, contigo.

–Pero ¿no estabas en un hotel?

–Sí. ¿Y qué? Ve a dormir.

Connie no le hizo caso; simplemente, se sentó en el sofá.

Sin embargo, Nico no insistió. Volvió a la encimera de la cocina, se sirvió otra taza de café y se encaramó en el taburete.

–¿Es que no tienes una habitación para ti?

–Sí, tengo una, pero no la uso porque está cerca del dormitorio de Henry. Y si el niño se pone a llorar, le molesta –explicó–. Aquí, en cambio, no le puede oír.

Nico miró al bebé y preguntó:

–¿Cómo se llama?

–Leo.

Connie tragó saliva. Había considerado la posibilidad de llamarlo Nico o de seguir la tradición de las islas y ponerle el nombre de su padre, Vasos. Pero no quería que su hijo le recordara constantemente al amante que había perdido; así que, al final, le puso Leo porque se había quedado embarazada de él en agosto.

Nico no hizo ningún comentario al respecto. La miró y volvió a insistir en el tema de su descanso.

–Bueno, si no quieres subir a tu habitación, túmbate

aquí y duerme un poco.

Esa vez, ella aceptó la sugerencia.

Alcanzó una manta y se tumbó.

Después, le dio la espalda y clavó la vista en el tapizado del sofá, intentando no pensar en el hombre que estaba con ella en la misma habitación y con el que se marcharía a la mañana siguiente.

Intentó no pensar en el futuro.

Porque, por muy atractiva que fuera la oferta de Nico, el futuro le daba miedo. Sabía que terminaría por descubrir la verdad de su adopción.

Solo era cuestión de tiempo.

Capítulo 9

SORPRENDENTEMENTE, se quedó dormida.

A pesar de la presencia de Nico, a pesar de su ansiedad por lo que iba a pasar al día siguiente, su mente agotada se relajó. A pesar del ruido de la lavadora y el rumor de la secadora, dejó de pensar y se durmió.

Solo despertó en mitad de la noche para atender al bebé, que se había despertado. Pero aun así, lo hizo entre sueños. Cruzó la habitación, le cambió el pañal y se volvió a acostar bajo la atenta mirada de Nico, que seguía despierto.

Lo primero que hizo cuando amaneció, fue dar el pecho a Leo. Desgraciadamente, Henry empezó a

protestar enseguida y tuvo que subir a su dormitorio.

Después de subir y bajar tres veces las escaleras, Nico preguntó:

–¿Quieres que suba yo?

–¿Y que le des un susto de muerte?

Nico sintió la tentación de hacer exactamente eso. Pero se contuvo y permaneció en silencio mientras ella llamaba a la agencia de empleo y les explicaba que iba a dejar el trabajo y que necesitaba una sustituta.

–¿Que no pueden enviar una hasta la semana que viene? No, no... eso no puede ser. Necesito que envíen a alguien hoy mismo.

Al oír la conversación, Nico intentó intervenir. Sin embargo, Connie le hizo un gesto para que la dejara a ella. Quería arreglar el asunto sin su ayuda.

Un par de minutos más tarde, cuando se convenció de que la propietaria de la agencia de empleo no se dejaría convencer, miró a Nico con expresión de derrota y le pasó el auricular del teléfono.

–Buenos días. Soy Nico Eliades.

La voz de Nico sonó tan profesional como brutal.

–Le doy una hora para que envíe a una sustituta –siguió hablando–. Y si no encuentra a nadie, le aconsejo

siguió hablando–. Y si no encuentra a nadie, le aconsejo que venga usted misma... Porque si no lo hace, me pondré en contacto con mis abogados y le aseguro que tendrá un buen problema.

Media hora después, la dueña de la agencia estaba en la casa.

Constantine subió entonces a hablar con Henry. Y lejos de lo que se había imaginado, el anciano no se mostró molesto por su marcha. Era evidente que estaba acostumbrado a ese tipo de situaciones.

Se despidió de él y guardó sus pertenencias en la maleta. Tenía tan pocas cosas que las del bebé ocupaban más.

–¿Qué hacemos con la cuna? –preguntó Nico.

–No es mía. Estaba en la casa.

–Pues vámonos.

Nico alcanzó la maleta y la levantó con tanta facilidad como si estuviera vacía. Cuando salieron de la casa, se la dio al conductor del coche que estaba esperando y entraron en el vehículo. Nico debía de haber hablado antes con el chófer, porque en el asiento trasero había una silla especial para bebés.

Connie sentó a Leo e intentó ponerle el pequeño

cinturón de seguridad, pero fracasó.

–No sé cómo se hace…

–Ni yo. Pero lo intentaré.

Nico se inclinó sobre la silla y, tras un par de intentos frustrados, cerró el cinturón de seguridad. Solo entonces, el coche se puso en marcha. Y mientras Connie pensaba que su vida estaba a punto de cambiar, se dio cuenta de que Nico no había mirado ni una sola vez al bebé.

Capítulo 10

ES UN lugar precioso.

Connie llevaba un año sin ir a Xanos. Y aunque no había estado nunca en el sur de la isla, se sintió como si volviera a su hogar.

El viaje había sido bastante cómodo, pero largo y trabajoso por la presencia del bebé y porque ella se estaba quedando sin leche. En determinado momento, estuvo a punto de pedir a Nico que se detuvieran en una farmacia para comprar provisiones por si se quedaba definitivamente sin leche, pero se calló porque hablar con él sobre una cosa así le daba vergüenza.

Cuando vio la silueta de la isla de Xanos, se animó un poco y se dedicó a disfrutar de las vistas de la costa,

que pronto dieron paso a unas verdes y frondosas colinas. A fin de cuentas, también era la primera vez que llegaba a la isla en avioneta.

Ahora, mientras sobrevolaban las grandes mansiones con sus enormes piscinas, Connie sintió un poco de aprensión. Especialmente, cuando Nico señaló una de las propiedades y le dijo que era la suya.

No podía creer que estuviera a punto de vivir en un lugar tan maravilloso como ese. Era tan bello que le intimidaba.

Pocos minutos después, la avioneta tomó tierra.

El piloto abrió la portezuela y extendió la escalerilla. Después, sacó el equipaje y se alejó.

Connie tomó a Leo en brazos y siguió a Nico. Suponía que se dirigirían a algún vehículo que los estaría esperando, pero estaba equivocada. Tras dar un corto paseo por una playa, se encontraron en un camino asfaltado que pasaba bajo un arco de piedra. El piloto reapareció en ese momento y dijo:

–He dejado el equipaje en la casa, señor.

–Gracias.

Nico tomó de la mano a Connie y la llevó por el camino. Ella se quedó muy sorprendida al ver los

camino. Ella se quedó muy sorprendida al ver los jardines entre los que avanzaban, y su sorpresa fue aún mayor cuando distinguió la piscina y la preciosa mansión de color blanco, en cuya puerta principal esperaban dos personas de edad avanzada.

Lo único que indicaba que aquella era la residencia de Nico era el deportivo que estaba aparcado junto al edificio. Era tan bonito como todo lo demás. Y cuando Nico notó su admiración, le dijo que podía usarlo siempre que él no lo necesitara.

Connie sonrió para sus adentros, porque jamás se habría atrevido a conducirlo.

–Buenos días, Despina.

Nico le presentó a la anciana, que a diferencia de la madre de Connie, vestía de negro por motivos reales. La mujer se abalanzó prácticamente sobre Leo y preguntó si podía tomarlo en brazos. Connie estaba tan agotada que se lo concedió con alivio.

Un momento después, Nico estrechó la mano de Paulo, quien le habló de los cambios que había estado haciendo en el jardín.

Connie quedó encantada con la pareja. Eran tan amables como cariñosos.

–¿Quieres subir a lavarte y a cambiarte de ropa? –preguntó Despina–. La cena estará preparada dentro de poco.

–Sí, gracias –contestó Connie.

Despina, que todavía llevaba a Leo en brazos, la condujo a una habitación del piso superior. Era una habitación grande, con una cama de aspecto muy cómodo, un balcón y, sorprendentemente, una cuna.

Connie se preguntó si sería la cuna del difunto hijo de Despina.

–Mi sobrina se acaba de mudar –explicó la mujer, adivinando sus pensamientos–. Lleva un año de casada y ya tiene un hijo… La cuna es suya. Me dijo que te la podías quedar.

–Es muy amable de su parte…

–No tiene importancia.

Leo rompió a llorar en ese momento y Connie tuvo que darle el pecho.

–Se lo doy cada dos horas –explicó–, pero creo que me estoy quedando sin leche… seguramente es por la tensión del viaje.

–No te preocupes por eso. Nico nos comentó que

vendrías con un bebé, de modo que he comprado leche y biberones. Están en la cocina.

–De todas formas, prefiero darle el pecho.

Despina se encogió de hombros.

–Lo comprendo perfectamente; pero si el niño se despierta en mitad de la noche y estás cansada, recuerda que puedes darle un biberón. De momento, ¿por qué no vas a darte una ducha? Yo me encargaré de él.

La ducha fue toda una bendición para Connie. Por primera vez en mucho tiempo, pudo estar un rato sin tener que cuidar de Leo.

Se duchó, se lavó y se secó el cabello y volvió al dormitorio. Leo se había quedado dormido y Despina lo había dejado en la cuna, así que Connie solo tuvo que abrir la maleta y decidir qué ponerse para cenar.

Pero la decisión no fue difícil. Tenía poco donde elegir. Solo unos pantalones y el top largo y ancho que había usado durante casi todo el embarazo.

Cuando terminó de vestirse, bajó a la cocina. Como no vio a nadie, se dirigió al salón. Nico estaba sentado en el sofá.

–¿Dónde está Despina? –preguntó ella.

–Se ha ido a su casa. No sé si te lo había dicho antes, pero ella y Paulo viven en la casita que está al final de la propiedad. Despina se encarga de la limpieza y de las comidas cuando yo se lo pido. Y Paulo se encarga del jardín.

–Ah.

Nico pasó una mano por el sofá.

–Como ves, la casa no está terminada de amueblar; pero solventaré ese problema dentro de poco –le explicó–. Y cuando termine con las reformas, intentaré comprar las tierras que están junto a la propiedad.

–A mí me gusta así...

Nico se encogió de hombros.

–Sí, no está mal, pero se puede mejorar. Por cierto, le he pedido a Despina que venga más a menudo y que te ayude con el bebé.

Ella sacudió la cabeza.

–No necesito ayuda con Leo.

–En tal caso, te hará la cama y te preparará la comida.

–¿Para qué? Yo sé cocinar. No estoy discapacitada, Nico. No necesito que nadie limpie y cocine por mí. De

Nico. No necesito que nadie limpie y cocine por mí. De hecho…

Connie dudó y dejó la frase sin terminar.

–¿De hecho?

–¿Por qué no permites que cuide de la casa mientras vivo en ella?

–¿Para ahorrarme el dinero que le pago a Despina? –comentó con sarcasmo.

–No, ni mucho menos. No tengo intención de dejarla sin trabajo… pero seguro que no le vendría mal un descanso.

Nico se volvió a encoger de hombros.

–Está bien, la despediré… hay un barco que zarpa cada mañana y en el que puedes ir al mercado. Aunque no sé si podrás cargar con las bolsas y con el niño al mismo tiempo –dijo, tomándole el pelo–. Pero si no puedes hacer la compra, siempre puedes comer en la taberna y volver después a Ravels.

–¿A Ravels?

–Sí, es el nombre de mi propiedad. Pero pensándolo bien, la taberna está demasiado lejos para que vayas con Leo…

–Y seguro que no les gusta que aparezca con un

bebé. Los niños pueden ser muy molestos –declaró ella, sumándose a la broma.

–En ese caso, Despina se queda. Y te ruego que no ofendas a mi ama de llaves por el procedimiento de ponerte a fregar suelos o de hacerte la cama. Estás aquí para descansar, para relajarte y para recuperarte de todo lo que has sufrido. Ya pensaremos después en el resto de las cosas.

Nico clavó en ella sus ojos negros. Connie se estremeció porque sabía que, cuando dejara de estar concentrado en sus problemas, volvería a investigar su pasado y descubriría lo que había sucedido.

–De momento –continuó–, vamos a cenar.

Fue una cena maravillosa.

Un verdadero lujo después de tantos meses de comer puré de patatas y filetes, lo mismo que le preparaba a Henry.

Despina había preparado cordero asado y una ensalada de tomate con aceite de oliva y las aceitunas más buenas que había probado en toda su vida. Tan buenas que cerró los ojos para disfrutar mejor de su sabor.

Y Nico se quedó tan asombrado con su reacción que se dedicó a mirarla fijamente.

–¿Qué pasa? –preguntó ella, ruborizada.

–Nada. Pero me alegra que te guste la cena.

Él se sirvió un vaso de vino y le ofreció otro. Connie sacudió la cabeza.

–No, gracias, prefiero agua –dijo–. El agua del sur de Xanos es mucho mejor que la del norte…

–Sí, ya me había dado cuenta.

–Y es verdad que la comida está excelente. No se parece nada a lo que había imaginado. Pensé que comeríamos en algún restaurante de la zona…

Nico pensó que un año antes, o incluso unos meses antes, habría hecho exactamente eso. Pero Despina había resultado ser una cocinera tan maravillosa que, cada vez que viajaba a la isla, se quedaba en la casa y comía con ella y con su marido. Sin darse cuenta, Ravels se había convertido en su hogar.

–Aquí estamos más tranquilos –dijo él.

Nico prefirió no extenderse con las explicaciones. No quería decirle que había empezado a disfrutar del placer de elegir un vino todas las noches, ni de tener los

libros donde los había dejado la última vez, ni de sentarse delante del balcón y contemplar un paisaje que ahora conocía hasta el último detalle.

–Ravels es un buen lugar para pensar –siguió diciendo–. Y me temo que tengo muchas cosas que pensar…

Nico tampoco tenía intención de hablarle de sus investigaciones; pero se sentía tan cómodo con ella que se dejó llevar.

–No sé dónde seguir buscando. ¿Cómo puedo buscar mi certificado real de nacimiento cuando ni siquiera sé mi verdadero nombre?

Connie intentó disimular su inquietud.

–Supongo que no se puede.

–Después de la boda, estuve paseando por las calles de la ciudad. Me resultaban extrañamente familiares. Pero entonces no podía imaginarme que…

Nico se detuvo un momento. Se sentía perdido. Lo cual era nuevo para un hombre acostumbrado a tener todas las respuestas y a solucionar todos los problemas.

–Obviamente, mis padres no me quieren decir nada. Los interrogué al principio, pero ya no me molesto. Además, he pensado que si dejo de mencionar

molesto. Además, he pensado que si dejo de mencionar el asunto, cabe la posibilidad de que algún día me lo confiesen.

Por primera vez, Connie contempló el asunto desde el punto de vista de Nico. Hasta ese momento, siempre lo había contemplado desde el punto de vista de su familia; desde el miedo a que descubriera el papel desempeñado por su padre y se quisiera vengar.

Pero en ese momento comprendió su desesperación.

–Nico… –empezó a decir.

–Olvídalo –la interrumpió–. No quiero hablar de eso. Estoy cansado. Creo que saldré a dar un paseo.

Nico se levantó de la mesa y se marchó.

Estuvo paseando por la playa y, cuando volvió a la casa, no quiso retirarse a una habitación vacía. Curiosamente, se sintió mejor al saber que Constantine estaba en la propiedad. Pero la sensación no duró demasiado, porque Leo empezó a llorar poco después y ella bajó a la cocina con un camisón minúsculo.

Cuando él la vio, se excitó al instante.

–¿Qué haces aquí?

–He venido a preparar un biberón a Leo.

–¿Un biberón? Pensaba que le dabas el…

Nico no terminó la frase. Lo último que necesitaba en ese momento era pensar en los pechos de Constantine. Así que se limitó a mirarla y a decir:

–Buenas noches.

Ajena a los pensamientos de Nico, Connie pensó que no quería hablar con ella y volvió al dormitorio con el biberón.

Mientras se lo daba a Leo, que la miraba con sus grandes y cariñosos ojos oscuros, Connie se dijo que su hijo no podía ser consciente de lo culpable que se sentía. Pero lamentablemente, Nico no sería tan fácil de engañar.

Capítulo 11

AL PRINCIPIO, los días de Connie consistieron en sestear en el sofá. Sus fuerzas estaban tan mermadas como su leche, aunque Leo se había acostumbrado al biberón. Pero a pesar de que no tenía nada que hacer, todo le cansaba más que nunca.

A veces, se despertaba de golpe en mitad de un sueño y creía que Henry la estaba llamando. Tardó en asumir que ya no tenía que dormir con un ojo abierto y otro cerrado. Y como Nico trabajaba todo el día y la dejaba sola, la niebla de los últimos meses se empezó a disipar.

A partir de entonces, Connie se dedicaba a pasear por el jardín o a sentarse a la mesa y montar el rompecabezas que Despina había encontrado cuando limpiaba la casa.

Pero eso no fue lo único que Despina le dio. Una tarde,

se acercó a ella y le tendió dos bolsas.

–Son de mi sobrina –dijo–. Se lo pedí para ti.

Connie se sintió tan avergonzada que estuvo a punto de rechazar el regalo, pero lo aceptó porque se sentía realmente mal cada vez que se presentaba ante su benefactor con la misma ropa de siempre.

Nico le había dicho que fuera de compras e incluso le había abierto una cuenta en varias boutiques para que eligiera lo que más le gustara. Sin embargo, Connie no se atrevía a entrar en establecimientos tan elegantes como los del sur de Xanos. Y, por supuesto, no le parecía bien que él le pagara la ropa.

–Gracias, Despina.

–De nada.

El ama de llaves salió de la habitación. En cuanto se quedó a solas, Connie sacó las prendas y les echó un vistazo.

La sobrina de Despina tenía mejor gusto de lo que había supuesto. En las bolsas había pantalones, faldas y tops que le parecieron demasiado pequeños para ella, aunque no tardó en comprobar que le quedaban bien. Hasta había añadido un bikini de color rojo.

La idea de tener ropa nueva le gustó tanto que se

animó al instante. Se duchó, se depiló las piernas y se puso una camiseta de color verde jade y unos pantalones cortos por primera vez desde su regreso a la isla. Después, miró el reloj, pensó en el tiempo que faltaba para que Nico volviera y sonrió. Intentó convencerse de que no se había puesto guapa para él, pero fracasó miserablemente.

Poco a poco, se fue acostumbrando a su nueva vida.

Las últimas horas de la tarde eran el mejor momento para ella. Bañar a Leo se había convertido en una experiencia menos angustiosa que antes, y le gustaba ponerle el pijama, darle el biberón y meterlo en la cuna.

Cuando se quedaba dormido, salía al jardín y paseaba un poco, disfrutando del aroma de las flores y de la puesta de sol. Estaba encantada de vivir en Ravels.

Pero lo mejor de todo era el sonido de la avioneta.

Porque Nico viajaba en su interior.

Connie miraba el aparato mientras aterrizaba y luego contemplaba a Nico en la distancia. Cuando la marea estaba alta y el mar cubría casi toda la playa, él se quitaba los zapatos, se remangaba los pantalones y caminaba descalzo. Ella lo observaba siempre, pero luego fingía que no lo había estado mirando.

Y aquella noche no fue diferente a las demás.

Y aquella noche no fue diferente a las demás.

–¿Qué tal el día? –preguntó ella.

–Terrible.

Nico sacó el teléfono móvil, marcó un número y habló un rato con Charlotte. Había pasado el día en el continente, intentando descubrir algo más sobre su pasado, pero no había conseguido nada. Y más tarde, cuando intentó comprar las tierras contiguas a Ravels, descubrió que su dueño no las quería vender.

–Te prepararé la cena –se ofreció.

–No te molestes. Ya me haré algo más tarde.

Nico se alejó hacia la mesa e intentó dejar en ella su ordenador portátil, pero estaba ocupada por el rompecabezas de Constantine.

–¿De dónde ha salido esto?

–Lo encontró Despina –explicó ella–. Pero no tiene la fotografía y no consigo montarlo porque no sé lo que estoy haciendo...

Nico no quería hablar de rompecabezas. No quería estar allí, preguntándose qué tal estaría Leo. No quería sentir el aroma de Constantine ni de la casa que se había convertido en su hogar. No quería cenar con ella.

Sencillamente, no estaba de humor.

Connie se preparó una ensalada de lechuga, feta y

Connie se preparó una ensalada de lechuga, feta y aceitunas y se sentó a cenar. Él abrió una botella de vino, se sirvió una copa y se dedicó a hacer el rompecabezas, distraído, mientras ella comía.

Nico estaba tan sombrío que ella preguntó:

–¿Qué te pasa?

–Nada importante. Como sabes, iba a comprar las tierras que están junto a la propiedad…

–¿Y ya no las vas a comprar?

–No. El dueño se niega a venderlas. Yo las quería porque el malecón pertenece a ellas, pero no hay nada que hacer. Ha rechazado mi oferta y no quiero volver a llamar.

Nico estaba realmente contrariado con el asunto; se había acostumbrado a salirse con la suya y no sabía aceptar una negativa.

–Si esas tierras te interesan tanto, volverás a llamar –dijo ella con una sonrisa–. Lo cual me recuerda que yo también tengo que hacer una llamada importante… la he estado retrasando una y otra vez.

Connie se levantó y entró en el salón. Nico la siguió y los dos se sentaron en el sofá.

–De todas formas, la dejaré para otro momento –añadió ella.

–¿A quién tienes que llamar? ¿A tus padres?

Connie sacudió la cabeza. No quería hablar con sus padres, porque no habían mostrado ningún interés por el pequeño Leo.

–No, en absoluto.

–¿Entonces?

–Quiero saber cómo está Stavros.

–¿Por qué?

–Porque estoy preocupada por él y me gustaría saber cómo le van las cosas.

Nico la miró con sorpresa.

–¿Te preocupas por él? ¿Con lo mal que te trató? ¿Por qué te preocupas por alguien que te hizo daño?

–No fue culpa suya.

–No lo fue totalmente, pero tiene su parte de responsabilidad –le recordó–. Pudo decirte la verdad y no lo hizo. Prefirió engañarte. Si yo estuviera en tu lugar, me olvidaría de él y seguiría con mi vida.

–Las cosas no son tan fáciles, Nico.

–¿Ah, no? Stavros te mintió. Se casó contigo sin decirte antes que era homosexual. Y desde mi punto de vista, eso significa que no deberías preocuparte por él.

Connie no quería mantener aquella conversación; no

quería conocer el punto de vista de Nico sobre las personas que mentían. A fin de cuentas, ella le estaba ocultando lo que sabía sobre su adopción. Y si él le aplicaba el mismo criterio que utilizaba con Stavros, dejaría de preocuparse por ella cuando lo supiera.

–Bueno, olvidemos ese asunto por el momento –continuó Nico–. Es mejor que disfrutemos de la noche.

Nico se giró hacia ella y le dedicó una sonrisa que Connie había visto antes. Una sonrisa que la derretía por dentro.

Él alcanzó la botella de vino y la inclinó sobre su copa para servirle un poco más, pero Connie puso la mano encima de la copa.

–No, gracias, ya he bebido bastante.

De repente, el sofá le parecía el lugar más peligroso de la casa.

–Me voy a la cama, Nico. Pero antes voy a limpiar la mesa.

–Déjalo… Despina se encargará por la mañana.

Connie se rio. Echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada por primera vez en tanto tiempo que no recordaba cuándo había sido la última vez.

–¿De qué te ríes?

–De que, durante un segundo, he pensado que te ibas a ofrecer voluntario para limpiar la mesa –contestó.

Él sonrió. De hecho, había considerado la posibilidad de ofrecerse. Sin embargo, lo negó.

–¿Ofrecerme voluntario? ¿Yo? –dijo con ironía–. Pero está bien… si quieres acostarte tan pronto, yo no te lo voy a impedir. Buenas noches, Constantine.

–Llámame Connie –dijo ella por enésima vez.

Nico sacudió la cabeza.

–No. Ya te he dicho que, para mí, tú eres Constantine.

Connie se levantó del sofá.

–No sé por qué te empeñas en llamarme así.

–Porque es un nombre precioso.

Ella se marchó al dormitorio, comprobó si Leo se encontraba bien y se metió en la cama, intentando no pensar en lo que sentía por Nico.

Ahora era madre y siempre lo sería. Pero también era una mujer.

Una mujer que deseaba a Nico Eliades.

A un hombre que era, en su opinión, perfecto.

Capítulo 12

A LA MAÑANA siguiente, cuando Nico se acercó a Connie y le ofreció un café, ella sacudió la cabeza.

Estaba sentada en el sofá, con Leo en brazos, y parecía preocupada por algo. De hecho, ni siquiera le miró a los ojos.

–¿Has dormido bien? –preguntó él.

Connie asintió.

–Muy bien. ¿Y tú?

–No demasiado.

Nico había estado pensando en ella toda la noche. Connie le gustaba más que nunca. Pero no se atrevía a explorar las posibilidades de su relación porque todavía no habían hablado sobre las consecuencias de su primer encuentro amoroso. Y no se podía plantear nada

mientras no solventara ese problema.

–¿Es que Leo te ha molestado?

–Un poco.

Nico dijo la verdad.

Los sollozos de Leo le habían molestado.

Pero no tanto como el hecho de saber que Constantine se encontraba en la habitación contigua; ni tanto como la tortura de oír su dulce voz mientras intentaba calmar al pequeño.

Una y otra vez, intentó no imaginarse lo que llevaba puesto.

Una y otra vez, intentó no pensar en los crujidos de su cama cuando Constantine volvía a ella y se tumbaba de nuevo.

A decir verdad, Nico no se había imaginado que vivir con ella pudiera ser tan difícil. Al principio, estaba tan preocupado por la noticia de que tenía un hijo y por las dificultades de Connie en la casa de Henry que no había pensado en nada más; pero la deseaba tanto que le estaba volviendo loco.

–Me voy a trabajar –dijo él.

–Oh.

Connie intentó disimular la decepción por su marcha.

Nico no parecía vestido para irse a trabajar. Llevaba unos vaqueros y una camiseta y no se había afeitado. Tenía un aspecto bastante informal. Y al contemplar su expresión de tristeza, deseó arrancarle una sonrisa o, mejor aún, un beso.

–¿Cuándo volverás? –preguntó.

Él se encogió de hombros.

–No estoy seguro.

Nico nunca daba explicaciones a nadie. Nunca hablaba de lo que iba a hacer. Toda su vida giraba alrededor de su concepto de la libertad.

En ese momento, vio que la avioneta aterrizaba en el aeródromo. Se terminó el café, se levantó y maldijo en voz alta.

–¿Qué ocurre? –preguntó ella.

–Que me había olvidado de una cosa.

Nico estaba tan deprimido aquella mañana que ni siquiera se había molestado en ducharse, así que corrió al cuarto de baño para ponerse un poco de desodorante.

Había olvidado que la vida era distinta desde que ella vivía en la misma casa.

Al llegar al servicio, se levantó la camiseta y se puso desodorante. Fue un acto absolutamente trivial; un acto

que millones de personas repetían todos los días. Pero para él fue especial porque le recordó que Constantine era tan consciente de su presencia en Ravels como él de la presencia de ella.

Cuando volvió al salón y la miró, se excitó al instante. Tuvo que contenerse para no tomarla entre sus brazos y besarla. Tuvo que fingir que no tenía una erección. Y hasta tuvo que fingir que no había notado que Constantine se había dado cuenta.

Connie se sintió aliviada cuando se marchó.

La casa volvió a la normalidad y ella volvió a ser la mujer de siempre, una madre con su hijo en brazos.

Pero había estado a punto de dejarse llevar por el deseo.

Había estado a punto de dejar al niño en la cuna y de besar a Nico.

–No me mires así –dijo al bebé, que la miraba con intensidad–. Tu padre me gusta mucho, es cierto... pero no se puede decir que sea un delito.

Un segundo después, oyó la puerta y vio a Nico, que había regresado.

Connie estuvo segura de que no había oído sus palabras; pero, a pesar de ello, se puso colorada como un

tomate.

–¿Por qué has vuelto?

–Porque he olvidado otra cosa.

Nico se dirigió a su dormitorio, sacó la maleta y guardó unas cuantas pertenencias. Cuando volvió a bajar, declaró:

–Voy a estar fuera unos cuantos días. Tengo que hacer varias cosas importantes en el continente.

Nico no le dio la oportunidad de decir nada. De hecho, no la miró ni se despidió del pequeño Leo. Simplemente, salió de la casa, cerró la puerta y se alejó hacia el aeródromo.

Sabía que Constantine lo estaba mirando desde la casa, pero no miró hacia atrás ni una sola vez.

Porque no se atrevía a querer a Leo.

Ni a su madre.

Capítulo 13

DEDICÓ la semana a pensar.

A pensar, a tumbarse junto a la piscina y a preguntarse cómo se lo iba a decir y cuándo se lo iba a decir.

Todas las noches, se sentaba a la mesa del jardín y seguía montando el rompecabezas mientras oteaba el horizonte en busca de la avioneta de Nico.

Pero él no regresaba y Leo había empezado a dormir mejor, de manera que sus noches se volvían tan largas, solitarias e insoportables que echaba de menos a Nico mucho más de lo habitual. Mucho más de lo que le convenía.

Sin embargo, la semana también tuvo sus cosas

buenas.

Como Nico no estaba en la casa, encontró el valor necesario para ponerse el bikini rojo y pasear por el exterior, bajo el intenso sol de Xanos. Además, disfrutaba de sus conversaciones con Despina, que echaba de menos a su sobrina. El ama de llaves decía que hablaban frecuentemente por teléfono, pero añadía que hablar por teléfono no era lo mismo que tenerla cerca.

–No te preocupes. Volverá –le dijo un día Connie, con intención de animarla.

–¿Para qué?

Despina señaló las vistas y las grandes mansiones de la zona y añadió:

–Los habitantes de la isla ya no se pueden permitir el lujo de vivir aquí. Este sitio no tiene nada que ofrecerles. Y cuando empiecen las obras, yo también me marcharé.

–¿Las obras?

Despina se encogió de hombros.

–Sí. Cuando nos contrató a Paulo y a mí, Nico dijo que tenía intención de reformar totalmente la mansión y la casita donde vivimos –respondió con una débil

y la casita donde vivimos –respondió con una débil sonrisa–. Ahora tenemos un lugar donde vivir; pero eso puede cambiar en cualquier momento… En fin, será mejor que me vaya. Se está haciendo tarde.

Cuando Despina se fue, Connie decidió hacer lo que había postergado durante tanto tiempo. Ya no tenía excusa. El clima y la comida de Xanos le habían devuelto las fuerzas y ahora podía pensar con más claridad. Con tanta claridad que empezaba a entender por qué se había comportado Stavros como lo había hecho.

Y tenía que llamarle por teléfono. Tenía que llamar al hombre que había sido, brevemente, su marido.

La conversación fue más amistosa y agradable de lo que se había imaginado. Hasta ese momento, Connie no se había dado cuenta de que Stavros se había sentido tan atrapado por aquel matrimonio como ella misma.

Pero él también se alegraba de la anulación. Le dijo que era feliz y que ahora vivía en el continente, donde por fin podía llevar la vida que siempre había deseado.

Connie acababa de colgar cuando vio que la avioneta de Nico aterrizaba en el aeródromo y su corazón se detuvo durante un segundo. Nerviosa, se dispuso a

ponerse una camisa para ocultar su semidesnudez; pero se detuvo al darse cuenta de que la persona que descendía por la escalerilla del avión no era Nico.

Era una mujer.

Una mujer rubia y realmente impresionante, vestida con un traje negro y zapatos de tacón de aguja, que avanzó por el trecho de playa que llevaba a la entrada de la propiedad y se detuvo varias veces a hacer fotografías.

La desconocida desapareció detrás de los árboles durante unos momentos. Poco después, Connie oyó los tacones de sus zapatos en el camino del jardín.

–Hola. Soy Charlotte.

Connie ya se había imaginado que era la secretaria de Nico.

–Hola. Encantada de conocerte.

–Nico me ha pedido que hiciera unas fotografías de la zona –explicó Charlotte–. ¿Este es tu hijo? Es una preciosidad...

–Gracias.

–Los niños son encantadores de pequeños, cuando todavía no han aprendido a hablar y no saben llevarte

la contraria –bromeó–. Es una pena que cambien después.

Connie arqueó una ceja.

–¿Es que tienes hijos?

Charlotte dejó escapar una carcajada. A Connie le pareció una mujer muy guapa, de cuerpo perfecto y cara impecablemente maquillada.

–No, ni mucho menos… a menos que cuentes a Nico en la categoría de hijo, por supuesto. En estos momentos, tratar con él es como tratar con un bebé en mitad de un berrinche. Se ha obsesionado con comprar esas tierras.

Connie asintió.

–Ya me he dado cuenta.

–¿Qué tal está el bebé? –preguntó Charlotte–. ¿Se ha acostumbrado a la casa nueva?

–Sí, cada vez está mejor… ¿quieres algo de beber?

Constantine no lo preguntó tanto por ser educada como por tener una excusa para entrar en la casa y ponerse algo encima.

Se sentía incómoda delante de Charlotte. Aunque se estaba empezando a recuperar, seguía pesando más de

la cuenta y se encontraba fea en comparación con ella.

–No, gracias –respondió con una sonrisa–. Ya he bebido bastante en el avión.

–Como quieras…

–En fin, será mejor que me vaya. Tengo que seguir haciendo fotografías… pero me alegro de haberte conocido.

Charlotte se marchó y Connie se quedó con una sensación extraña que no logró quitarse de encima.

Estaba enfadada y se sentía estúpida.

Estúpida, por haber pensado que Nico podía desearla. Charlotte era mucho más refinada y elegante que ella y, en consecuencia, desde su punto de vista, mucho más adecuada para un hombre como él.

En su desesperación, pensó que Nico se había marchado para volver con su secretaria y perderla a ella de vista.

Justo entonces, Despina apareció y se llevó a Leo al interior de la casa. Connie se quedó donde estaba, preguntándose cuándo volvería a ver a Nico Eliades y odiándose a sí misma por preguntárselo.

Intentó concentrarse en el sonido de las olas y del viento. Incluso oyó la avioneta de Charlotte cuando

viento. Incluso oyó la avioneta de Charlotte cuando despegó y desapareció en la distancia.

Pero no dejaba de pensar en él.

–¿Constantine?

Al oír la voz, se sobresaltó.

Era Nico.

–¿De dónde has salido?

Nico avanzó hacia ella en silencio.

–Charlotte no me ha dicho que tuvieras intención de venir.

Nico pensó que Charlotte no podía haberle dicho nada porque ella tampoco lo sabía. Había viajado con ella en la avioneta, pero se había quedado en el aparato porque sabía que, si iba a la casa y veía a Constantine, ya no podría marcharse.

Sin embargo, la tentación de verla fue tan fuerte que, al final, decidió quedarse en la isla. Y al contemplarla así, con el cabello suelto y aquel bikini rojo que dejaba poco a la imaginación, pensó que era la mujer más bella del mundo.

–Voy un momento a la cocina.

Nico entró, se sirvió un vaso de agua y se lo bebió de un trago. No sabía qué hacer con Constantine ni con el

niño. No quería involucrarse en su vida.

Había tenido una semana complicada, llena de trabajo. Como siempre, había dedicado parte de su tiempo a investigar e intentar dilucidar el misterio de su vida, pero sin demasiado éxito. En principio, había decidido quedarse en la capital griega para no pensar tanto en Constantine y su hijo. Sin embargo, sentía la necesidad de volver a Xanos y asegurarse de que se encontraban bien.

Se giró hacia el jardín y la admiró.

Constantine se levantó en ese momento de la tumbona donde estaba sentada. Después, se estiró y caminó sensualmente hacia la casa, sin saber que Nico la estaba observando.

Se había recuperado casi por completo. Poco a poco, volvía a ser la mujer que había sido cuando la conoció.

Y eso significaba que Nico se estaba quedando sin excusas. En algún momento, tendría que hablar con ella y salir de dudas sobre la paternidad de Leo.

Pero tenía miedo de hacerlo.

Tenía miedo porque pensaba que Constantine se marcharía después.

Al fin y al cabo, él no quería ser padre ni vivir con nadie. No quería llevar ese tipo de vida. No se la podía ofrecer.

Cuando ella entró en la cocina, él preguntó:

–¿Qué has estado haciendo esta semana?

Connie se encogió de hombros.

–No demasiado. Dormir, tomar el sol… –contestó, algo avergonzada–. Pero la semana que viene trabajaré un poco en el jardín.

Él sacudió la cabeza.

–No estás aquí para trabajar en el jardín.

–Pero a mí me gusta…

–Constantine, no he preguntado lo que has estado haciendo porque quiera que justifiques lo que haces con tu tiempo, sino por mantener una conversación. Me alegra que hayas descansado y me alegra que te encuentres mejor.

Nico pensó que se habría alegrado mucho más si Constantine se hubiera puesto algo que cubriera su cuerpo y le hubiera evitado la tentación de mirar. Pero solo se había puesto una camisa por encima del bikini.

–Bueno, también llamé a Stavros… –le confesó.

El la miró con sorpresa e intensidad, buscando algún resto de inquietud en su expresión. Sin embargo, permaneció tranquila.

–¿Y qué tal estaba?

–Muy bien. Dice que ahora es feliz.

Nico se mantuvo en silencio. Stavros no le gustaba. Con justificación o sin ella, había puesto a Constantine en una posición muy difícil.

–Ha pasado una mala época –continuó ella.

–¿Y qué? Eso no significa que debas perdonarlo.

–Pero lo he perdonado de todas formas. Además, su mala época ha durado bastante más que la mía… lleva luchando por su identidad desde hace años. La gente de las islas es muy conservadora y no admite la homosexualidad –le recordó–. Es normal que estuviera enfadado con todo y con todos y que, a veces, se excediera conmigo.

–Si tú lo dices…

Nico no estaba tan convencido como ella, pero no tuvo ocasión de añadir nada más porque Constantine cambió súbitamente de conversación.

–Ah, lo había olvidado… ¡tengo buenas noticias!

Ella lo dijo con una sonrisa tan encantadora que Nico

Ella lo dijo con una sonrisa tan encantadora que Nico no tuvo más remedio que devolverle la sonrisa.

–¿Qué noticias?

–Que ya no necesitamos la fotografía.

–¿La fotografía?

Nico no sabía de qué estaba hablando.

–Sí, claro. Esta es la fotografía…

Constantine se giró hacia el jardín y señaló el paisaje.

–Me refiero al rompecabezas –continuó–. ¿Has olvidado que no podíamos terminarlo porque no teníamos la fotografía y no sabíamos lo que estábamos montando? Pues bien, es la vista de tu jardín.

Nico pensó que tenía razón. Miró la mesa y vio que casi había terminado de montar el rompecabezas. Era la imagen de la piscina y de los jardines, vistos desde uno de los balcones de la mansión.

–Me di cuenta un día, mientras Paulo trabajaba en los jardines –explicó Connie–. Alguien pintó las vistas y transformó el cuadro en el rompecabezas.

–Lástima. Habría quedado mejor en una pared –observó él.

–Tal vez, pero a mí me parece divertido…

Connie se acercó a la mesa, movió las piezas del rompecabezas que quedaban por poner y volvió a sonreír.

–Anda, mira… ¡es un niño!

A Nico no le importó mucho que el rompecabezas tuviera un niño ni que fuera la vista del jardín de su casa. Solo tenía ojos para su cara sonriente y su cuerpo moreno. Y él fue el primer sorprendido cuando preguntó:

–¿Qué tal está Leo?

–Muy bien.

Connie no levantó la vista del rompecabezas. La mantuvo en la imagen a propósito, porque no se sentía con fuerzas para sostenerle la mirada.

Pero a pesar de ello, su corazón empezó a latir más deprisa.

Era la primera vez que Nico se mostraba interesado por el pequeño.

–Ha tomado el biberón y se ha quedado dormido –siguió hablando–. Le he estado llevando a la piscina… Despina decía que era demasiado pronto para él, pero he descubierto que la piscina le encanta.

Nico deseó haberlo visto con sus propios ojos, aunque no dijo nada. Caminó hasta la mesa y la empezó a ayudar con las piezas.

–Mira, aquí hay otro niño... deben de ser gemelos.

Al mirarla a los ojos, ella se ruborizó.

Y Nico malinterpretó su rubor.

Obviamente, desconocía que Constantine se sentía avergonzada porque sabía que él tenía un hermano gemelo. Pensó que había reaccionado de ese modo porque era consciente de que llevaba muy poca ropa encima o, tal vez, porque se había dado cuenta de lo mucho que la deseaba.

Y él no quería desearla.

–Voy a cambiarme de ropa.

Nico pronunció la frase en un tono tan brusco que ella frunció el ceño.

–¿Estás bien, Nico?

–Por supuesto.

Nico no estaba bien.

Se sentía terriblemente incómodo.

Durante el paseo hasta la casa y durante la conversación posterior con Constantine se había

sentido como si aquel lugar fuera su verdadero hogar.

Había sentido alivio. Un alivio que le preocupó.

Porque no quería acostumbrarse a él.

Subió al primer piso y, al pasar por delante de la habitación de Constantine, oyó un gemido del bebé.

Su primera reacción fue seguir adelante. Pensó que ella se encargaría del pequeño si empezaba a llorar.

Pero se lo pensó mejor y se detuvo.

Durante unos momentos, cerró los ojos e intentó seguir adelante. Sin embargo, sus pies se movieron hacia el dormitorio de Connie, hacia el aroma de su cuerpo, que impregnaba el lugar, y hacia el olor del niño.

Nico había visto a Leo muchas veces, pero nunca lo había mirado de verdad.

No lo miraba porque no quería sentir nada por él.

Pero cabía la posibilidad de que fuera su hijo.

Su hijo.

Caminó hacia la cuna y observó al pequeño sin intención real de hacer nada; al fin y al cabo, nunca había tenido un niño en brazos.

Entonces, se dio cuenta de que Leo estaba inquieto porque una de sus manitas se había quedado

porque una de sus manitas se había quedado enganchada bajo la sábana y no se podía meter el pulgar en la boca, de manera que se inclinó sobre él y solventó el problema.

Leo se tranquilizó al instante.

Nico sonrió.

El pequeño clavó sus grandes ojos oscuros en él y le dedicó una sonrisa antes de cerrar los párpados y quedarse dormido.

Nico sintió una punzada en el corazón. Ya no tenía ninguna duda. Había reconocido sus rasgos. Leo era hijo suyo.

Salió de la habitación, jadeando como si hubiera estado corriendo y entró a toda prisa en el cuarto de baño. Se sentía mareado y la frente se le había cubierto de sudor. Incluso tuvo miedo de desmayarse.

–Esto es ridículo –se dijo en voz alta.

Abrió el grifo del lavabo y se echó agua fría en la cara.

Leo era hijo suyo.

Se lo repitió mentalmente mientras se miraba en el espejo e intentaba recuperar el aplomo, pero no lo consiguió.

Estaba muy confundido.

Él no quería amar a nadie.

Pero Constantine quería precisamente eso, su amor. No quería la casa ni las tierras ni una relación simplemente sexual. Quería amor.

Justo lo que no le podía dar.

Nico se había acostumbrado a vivir solo, a ser libre. Tenía miedo de establecer una relación con ella y cansarse después. Lo temía porque sabía que, entonces, Constantine se marcharía y le partiría el corazón.

Solo podía hacer una cosa.

Debía demostrarle que eran incompatibles. Tenía que hacerle entender que su vida era muy diferente y que no había sitio para ella.

De ese modo, se iría antes de que las cosas se complicaran más.

Salió del cuarto de baño, bajó por la escalera y se dirigió a la cocina. Constantine estaba preparando una ensalada, tan segura de sí misma que no se había molestado en vestirse. De hecho, sus pechos se movían mientras cortaba la lechuga. Y Nico supo que no sería capaz de contenerse ni una noche más.

–Deja eso, Constantine…

–¿Por qué?

–Porque estoy cansado de comer en casa. He pensado que podíamos salir y comer en un restaurante.

En realidad, Nico no tenía ningún interés en comer en un restaurante. Le daba lo mismo. Pero era una buena ocasión para demostrarle que sus formas de vida resultaban incompatibles. Él no tenía hogar. Él no comía ensaladas en casa ni se dedicaba después a montar rompecabezas en la mesa del jardín. Él comía y vivía fuera. Y, por supuesto, no terminaba sus días dando paseos por la playa.

–Me parece una idea excelente –dijo ella, algo sorprendida–. Iré a buscar a Leo.

–No. Prefiero que vayamos solos.

Ella estuvo a punto de protestar por la brusquedad de las palabras de Nico, pero pensó que tal vez no había pretendido ser brusco y se dijo que, por otra parte, le apetecía pasar una noche sin el bebé.

–Iré a ver si Despina puede hacer de niñera.

Cuando Connie salió de la casa y habló con Despina, el ama de llaves se mostró encantada de quedarse con

el pequeño y dijo que no había ningún problema. Pero curiosamente, Nico no pareció alegrarse al saberlo.

–He llamado a Charlotte por teléfono y le he pedido que nos reserve una mesa y que nos busque un chófer –se limitó a decir–. Saldremos dentro de media hora.

–¿Para qué necesitamos un chófer si tú tienes coche? –preguntó ella, pensando en el deportivo que no conducía nunca.

–Porque puede que me apetezca tomar una copa. Y si llevo el coche, no podré beber –respondió Nico.

–Entonces, ¿por qué no vamos andando? Hace una noche preciosa.

–¿Quieres ir andando?

–Sí. ¿Por qué no?

–Está un poco lejos. Y supongo que querrás ponerte unos zapatos de tacón alto para salir a cenar…

Constantine pensó que estaba en lo cierto. Además, no quería darle excusas para que cambiara de opinión y prefiriera quedarse en casa, así que asintió y sonrió.

–Eso es verdad. En tal caso, será mejor que me prepare.

Ella se duchó rápidamente y, al darse cuenta de que no tenía tiempo para secarse bien el pelo, enchufó el

no tenía tiempo para secarse bien el pelo, enchufó el secador e hizo lo que pudo. A continuación, entró en su dormitorio mientras intentaba decidir qué ponerse. Entre las prendas que Despina le había regalado no había nada que sirviera para cenar en un restaurante del sur de Xanos. Y por otro lado, estaba harta de llevar siempre lo mismo.

Pero no tenía elección.

Su ropa nueva era demasiado informal y la antigua, la que había usado durante el embarazo, era demasiado grande.

Entonces, tuvo una idea.

Sacó la maleta, que tenía bajo la cama, y la abrió. Allí, envuelto en papel de seda, estaba el vestido que había pensado ponerse durante su luna de miel. El vestido que, por motivos obvios, no había llegado a usar.

Lo desenvolvió poco a poco. Hacía tanto tiempo que no lo miraba que ni siquiera recordaba el color, morado.

Era de seda y cachemir. Le había costado una pequeña fortuna; bastante más de lo que les había dicho a sus padres aquella tarde, cuando volvió a casa después de pasar un día de compras en Atenas.

Al ver la ropa interior a juego, se quedó asombrada. Había olvidado su existencia. Y tras muchos meses de llevar prendas prácticas pero no especialmente bonitas, se sintió una mujer nueva cuando se puso las braguitas de encaje.

Sin embargo, el sujetador le preocupó. Como ahora tenía los pechos más grandes, pensó que no le quedaría bien.

Minutos más tarde, ya estaba completamente vestida. Se giró hacia el espejo y se miró con miedo a tener un aspecto terrible. Pero estaba equivocada. El vestido le quedaba mejor que nunca. Y en cuanto al sujetador, le apretaba lo justo como para llenar bien el vestido y que su escote pareciera interminable.

Connie se sintió más segura que en mucho tiempo. Pero sintió algo más, un estremecimiento de excitación; un escalofrío de anticipación ante la respuesta de Nico.

Por primera vez desde su malograda boda, abrió el neceser donde guardaba el maquillaje, sacó el contenido y se puso manos a la obra. Se pintó la raya de los ojos, se aplicó un poco de colorete y, por último, se puso espuma en el pelo; pero en lugar de recogérselo en un

moño o en una coleta, como tenía por costumbre, se lo dejó suelto y se dedicó a cepillárselo hasta conseguir que se rizara.

Ya solo tenía que pintarse los labios. Y cuando sintió el contacto del carmín, le gustó tanto que se sonrió al espejo.

Volvía a ser la mujer que había sido.

Justo entonces, oyó que Nico la llamaba.

–¡Constantine!

–¿Sí?

–Despina ya ha llegado.

–Ah. Salgo enseguida.

Connie habría dado cualquier cosa por tener un perfume que ponerse o un collar elegante que acentuara un poco más el efecto de su escote. Pero no los tenía. Su único complemento era su propia sonrisa.

La sonrisa que dedicó a Despina cuando volvió al salón. La sonrisa de la que Nico hizo caso omiso.

–Estás preciosa –dijo el ama de llaves.

Nico se mantuvo en silencio, extrañamente rígido.

–Ya sabes dónde está todo –declaró Connie con humor–. Por cierto... no olvides que tu sobrina te iba a

llamar esta noche.

—No te preocupes; no lo he olvidado.

Despina hizo un gesto de desdén, como si la llamada de su sobrina no tuviera importancia para ella. Pero Connie la conocía de sobra para entonces y sabía que estaba entusiasmada ante la perspectiva de volver a hablar con ella.

—Deberías llevarte a Leo a tu casa y cuidar de él allí. No me gustaría que tu sobrina te llamase y no estuvieras…

Despina sonrió.

—¿Seguro que no te importa?

A Connie no le importaba en absoluto. Confiaba plenamente en la anciana.

—Por supuesto que no.

—Entonces, me lo llevaré a casa. Así no tendréis que preocuparos por él cuando volváis de cenar… tendréis la noche para vosotros.

Connie asintió. Le pareció una idea excelente.

Pero poco después, cuando besó a su hijo y se despidió de Despina y del bebé en la puerta de la casa, sintió una punzada en el estómago que no tenía nada que ver con el hecho de marcharse sin Leo.

que ver con el hecho de marcharse sin Leo.

Por primera vez en mucho tiempo, se iba a quedar a solas con Nico. Completamente a solas, sin el pequeño en la casa.

Obviamente, la presencia de Leo no cambiaba gran cosa entre ellos. A fin de cuentas, solo era un bebé. Pero Connie se sentía más segura si él estaba presente, porque le servía como excusa o como tema de conversación, llegado el caso.

Justo entonces, oyó el ruido de un coche y dijo:

–Debe de ser el chófer que has pedido, Nico. Iré a buscar mi cartera.

–¿Tu cartera? ¿Para qué necesitas la cartera? –preguntó él con sorpresa–. Es evidente que te voy a invitar a cenar...

–Bueno, ahora que lo dices...

–Además, dudo que tengas dinero para permitirte ese lujo –comentó Nico.

Constantine lo miró con rabia. Detestaba que le hablaran de ese modo, con tanta frialdad y tanto desprecio. Le recordaba a Stavros y a las cosas terribles que le había dicho durante su breve noviazgo y su matrimonio aún más breve.

Se había prometido que jamás volvería a permitir que le hablaran así. Y que nunca se volvería a colocar en semejante situación.

–He cambiado de idea –dijo de repente–. No quiero salir.

–Pues yo necesito salir –contraatacó Nico–. Estoy cansado de...

–Y yo –lo interrumpió–. Ardía en deseos de salir contigo, pero no necesito que me recuerden que vivo de la caridad de los demás. Y no quiero sentarme enfrente de un hombre que me rehúye la mirada y que ni siquiera es capaz de decirme lo bonita que estoy.

–¿Es que necesitas que te lo diga?

–Necesito un poco de educación, nada más –comentó–. No se trata de lo que llevo ni del aspecto que tengo, sino de una cuestión de modales. Pero olvídalo, no tiene importancia. Me voy. Le diré al chófer que saldrás enseguida.

Connie pasó por delante de él y se dirigió a la puerta.

–¿Adónde vas? –preguntó Nico.

–A dar un paseo. Hasta es posible que cene en la

taberna.

Él la miró con desconcierto.

–¿Sola?

Ella frunció el ceño.

–Por supuesto que sí. No he tenido una noche para mí sola desde que Leo nació. Pretendo disfrutar de hasta el último segundo… lo cual me recuerda que ya estoy perdiendo demasiados segundos contigo.

Nico jamás habría imaginado que reaccionaría así.

No estaba acostumbrado a que lo trataran de ese modo.

Y en ese momento supo que Constantine hablaba en serio. Se iba a marchar sin él e iba a cenar sola.

Desesperado, la agarró de la muñeca y la detuvo en seco. Las cosas no estaban saliendo como había previsto. Tenía intención de llevarla a un restaurante para demostrarle que eran incompatibles y que no podían mantener una relación; pero Constantine se le había adelantado y se alejaba de él.

–No puedes irte sola.

–¿Por qué no?

–Porque no.

—¿Crees que necesito que me acompañen? ¿Que no sé cuidar de mí misma? —lo desafió—. Si es así, te equivocas. Soy una mujer más fuerte de lo que piensas.

Nico dudó, la miró y dijo, al fin:

—Estás muy guapa.

—Lo sé. Y ahora, te agradecería que me soltaras la muñeca. Tengo una cita. Conmigo misma —bramó.

—Estás realmente guapa —insistió él.

—¿Es que no me has entendido? ¿Es que no has oído nada de lo que he dicho?

Nico se quedó perplejo.

—No me he enfadado porque no halagaras mi aspecto. Simplemente, me niego a sentarme contigo en un restaurante y a darte conversación. Has sido un grosero desde que has vuelto a casa. No necesito tu compañía.

Por primera vez en toda su vida, Nico se disculpó con una mujer. Generalmente eran ellas quienes se disculpaban, le rogaban que les concediera una segunda oportunidad y prometían que cambiarían.

—Lo siento.

Constantine no dijo nada.

—Siento haber sido un grosero —continuó—. No era

–Siento haber sido un grosero –continuó–. No era mi intención.

Nico no podía decirle que había reaccionado de un modo tan brusco porque se había llevado una gran sorpresa cuando la vio entrar en el salón. Estaba impresionante. Tanto que sus intenciones de marcar las distancias saltaron por los aires en ese mismo segundo. Tanto que ya no podía negar que la deseaba.

Constantine sintió una descarga de electricidad en la muñeca y se dio cuenta de que Nico volvía a ser el hombre que siempre le había gustado, el hombre seductor y encantador con el que se había acostado aquella noche.

Se dio cuenta e intentó resistirse.

Con todas sus fuerzas.

Pero echaba de menos el contacto de sus manos y de esos labios que, sorprendentemente, le acababan de pedir disculpas.

–Lo siento, Constantine –volvió a decir él.

Ninguno de los dos esperaba lo que pasó a continuación. Ella se intentó alejar y él la atrajo hacia su cuerpo y la besó apasionadamente.

Connie se dejó llevar sin resistencia. Solo quería

arrancarle la ropa y hacerle el amor. Pero sacó fuerzas de flaqueza y rompió el contacto enseguida. Debía ser fuerte. No podía caer en la tentación.

–El coche está esperando –le dijo.

–El coche puede esperar.

–Es posible. Pero yo no. Estoy hambrienta.

Para sorpresa de Nico, Connie se liberó y salió de la casa. Pero en lugar de alejarse para dar un paseo, como había dicho, entró en el coche y se sentó en el asiento posterior.

Nico la siguió, se sentó a su lado e hizo una seña al chófer para que arrancara.

Cuando ya se habían puesto en marcha, se giró hacia ella y dijo:

–Todavía estamos a tiempo de quedarnos en casa. Podemos llamar por teléfono al restaurante y pedirles que nos traigan la cena.

–¿No habías dicho que estabas cansado de comer en casa?

Él la miró con la intensidad de un tigre y ella fue consciente, con tanto nerviosismo como excitación, de que estaban condenados a hacer el amor aquella noche.

Al llegar a su destino, Nico la tomó de la mano y la llevó al interior del establecimiento. Connie estaba tan encantada con él que ni siquiera miró al resto de los clientes cuando el camarero se acercó a ellos y los llevó a su mesa, situada junto a una de las ventanas.

Nico le parecía más guapo que nunca.

Siempre se lo había parecido; pero allí, entre todas esas personas que lo miraban con curiosidad, como preguntándose quién sería ese hombre de aspecto tan elegante, lo encontró definitivamente irresistible.

–Tráiganos una botella de champán, por favor.

–Por supuesto, señor.

El camarero se marchó y Nico dijo:

–He pedido champán porque es lo que estabas bebiendo cuando te encontré.

Connie pensó que era un comentario peculiar. No por lo del champán, sino porque aquella noche Nico había hecho algo más que encontrarla: la había ayudado a encontrarse a sí misma.

–Es cierto...

Connie le dedicó una sonrisa que Nico le devolvió. Estaba tan contenta que, cuando el camarero volvió con

la carta, estuvo a punto de preguntar si tenían cuerdas en el restaurante. Tenía tanto miedo de arrojarse sobre Nico y besarlo hasta quedarse sin aliento que atarse a la silla le pareció una solución razonable.

El champán resultó estar delicioso. Connie disfrutó de su sabor, de sus burbujas y de la mirada de Nico, que ya le estaba haciendo el amor con los ojos. Podía oler los aromas procedentes de la cocina y sentir la brisa del mar, que entraba por la ventana abierta. Podía sentir el deseo de su acompañante cuando ella se inclinaba hacia delante y él admiraba sus senos.

Aquella noche iban a hacer el amor.

Estaba completamente segura de ello. Y se alegraba de haber salido a cenar, de no tener que preocuparse por el bebé y de poder concentrarse en la conversación de aquel hombre maravilloso.

Pero su miedo seguía presente. Sabía que Nico continuaba investigando su pasado y que, en algún momento, descubriría la verdad.

De hecho, no se llevó ninguna sorpresa cuando, en mitad de la cena, él dejó un momento de comer y dijo:

–Hoy me he reunido con mi detective.

Ella sintió una punzada en el pecho.

Ella sintió una punzada en el pecho.

–¿Ha descubierto algo?

Nico soltó un suspiro de frustración.

–No, nada de nada. Ha comprobado todos los hospitales, todas las agencias de adopción y todas las inclusas, pero no encuentra ni un solo documento de mi adopción. O, al menos, ningún documento legal.

–¿Cómo es posible?

–No lo sé, pero este fin de semana voy a hablar con mis padres –afirmó–. Estoy harto. Quiero respuestas.

–¿Crees que te ayudarán?

Él sacudió la cabeza.

–Lo dudo mucho.

–Pero ni siquiera estás seguro de que efectivamente te adoptaran…

Nico la miró a los ojos.

–Estoy completamente seguro. Aquel día, el día de tu boda, viajé de Lathira a Xanos en el transbordador. Y cuando estaba allí, en el mar, oí los sollozos de un niño y me sentí… me sentí como…

Nico no terminó la frase. No sabía cómo explicárselo.

–¿Qué cambiaría si descubrieras que eres

adoptado?

Él se mantuvo en silencio y Connie pensó que había formulado una pregunta estúpida. Nico tenía derecho a conocer su historia, su pasado. Era ella la que estaba haciendo mal al callarse lo que sabía por proteger a sus padres.

Si no hubiera sido por ellos, se lo habría contado y le habría ayudado a encontrarse a sí mismo. Pero en lugar de ayudarle, se sentaba allí y cruzaba los dedos para que Nico la perdonara cuando lo descubriera.

–Puede que tuvieran razones para… –continuó.

–En tal caso, tengo derecho a conocer esas razones –declaró Nico con tono sombrío.

Ella asintió.

–Dime una cosa, Constantine… ¿Adónde habrías ido?

–¿Adónde? –preguntó, confundida–. ¿De qué estás hablando?

–Quiero saber adónde habrías ido si no hubieras querido a Leo, si hubieras preferido entregarlo en adopción.

Ella se encogió de hombros.

–No lo sé, la verdad. No lo había pensado.

–Pues piénsalo ahora, por favor.

–Bueno, yo...

–Te lo pondré más fácil. Si no hubieras querido entregar a Leo en adopción, sino adoptar a un niño, ¿adónde habrías ido?

–Supongo que a una agencia.

–No. Si mis padres hubieran ido a una agencia, la adopción estaría perfectamente documentada –alegó él–. En fin, supongo que no tendré más remedio que seguir investigando y contratar a otro detective.

Connie se sintió terriblemente culpable por lo que estaba haciendo. Pero se inclinó hacia él, lo tomó de la mano y se la apretó con tanta fuerza como cariño.

–Descuida. Estoy segura de que lo averiguarás pronto.

Connie lo dijo con sinceridad, porque había tomado una decisión.

Se lo diría.

Pero no aquel fin de semana, sino más adelante.

–Sí, es posible.

Nico mantuvo el contacto de sus manos y, por

primera vez, Connie pensó que podían mantener una relación, que aquello podía funcionar, que el esfuerzo merecía la pena.

Capítulo 14

EL AMOR había entrado en el corazón de Nico. Y esa vez, no lo rechazó. Esa vez, no lo consideró imposible.

No habría podido, estando con ella.

–Te deseo.

Se lo dijo mirándola a los ojos y no añadió ni una palabra ni una explicación más. Pero se lo dejó bien claro con la intensidad de aquella mirada.

Nerviosa, ella apartó la mano y la llevó al bol de agua que habían puesto en la mesa para que se limpiaran después de comer las gambas que habían pedido. Sin embargo, él hizo lo mismo y la agarró de nuevo, pero en esa ocasión, bajo el agua.

A ella le pareció una situación tan absurda como divertida.

–¿Qué te parece si nos vamos? –preguntó Nico.

–¿Sin tomar el postre?

–Sin tomar el postre.

Nico no podía esperar más. No tenía fuerzas para permanecer en el restaurante y observar a Constantine mientras ella se llevaba algún trozo de tarta a los labios y lo saboreaba con esa boca que tanto deseaba besar.

Por suerte, tenía cuenta abierta en aquel restaurante y ni siquiera se tuvo que molestar en pagar. Simplemente, le dijo al camarero que se lo cargara más tarde, se levantó de la mesa, dio la mano a Constantine y se marcharon de allí.

Mientras se alejaban, él comentó:

–Si pudiera, te llevaría corriendo a casa. Pero no te preocupes; puedo esperar.

Nico no la besó en el coche. No la besó porque no quería empezar a acariciarla y tener que parar enseguida.

Cuando llegaron a la mansión, bajaron del vehículo y subieron la escalinata delantera. Por fin se habían quedado a solas. Por fin había llegado el momento.

quedado a solas. Por fin había llegado el momento.

No esperó a entrar en la casa. La besó antes de llegar a la puerta.

Pero los besos de Constantine no fueron como se los había imaginado. Parecía distante, de modo que la besó con más apasionamiento, le bajó los tirantes del vestido y le acarició los hombros antes de tirar de la prenda hacia abajo y contemplar sus pechos.

Al ver que el vestido caía al suelo, Constantine se sintió ridícula.

Estaba allí, en la entrada de la casa, sin más ropa que el sujetador y las braguitas. Sin embargo, el aire de la noche era cálido y se relajó poco a poco. Sobre todo, cuando Nico se inclinó y le succionó los pezones.

Justo entonces, ella supo que podía confiar en él. Lo supo porque ahora era mucho más que un amante; ahora lo llevaba en su corazón.

–Tengo miedo de que me hagas daño –le confesó–. Cuando tuve a Leo, le pedí al médico que me pusiera un dispositivo intrauterino porque ya no me fiaba de la píldora... y me dijo que tuviera cuidado la primera vez que mantuviera relaciones sexuales.

–No te preocupes, Constantine. Yo no te he hecho

daño nunca. Y nunca te lo haré –declaró Nico.

Ella asintió. En términos físicos, era verdad. Y por otra parte, lo conocía lo suficiente como para saber que cumpliría su palabra.

–Venga, vamos a darnos un chapuzón…

–¿Un chapuzón? ¡No podemos! –protestó ella.

–¿Por qué no?

–Porque…

Ella estaba atrapada entre el temor de aceptar y el deseo de dejarse arrastrar a la tentación. Temor, porque le parecía inadecuado en cierto sentido; deseo, porque él no perdió el tiempo y se desnudó a toda prisa, concediéndole el regalo de la visión de su cuerpo desnudo.

Cuando se quiso dar cuenta, Nico estaba en el agua y le hacía gestos para que lo siguiera.

–Vamos, ven aquí. No nos va a ver nadie.

Nico tenía razón.

La casa de Despina estaba lejos y la piscina se encontraba a salvo de miradas indiscretas gracias a la gigantesca higuera que crecía en ese lado del jardín.

A decir verdad, Constantine no tenía ningún motivo

para negarse.

Y él ya la estaba esperando.

Al final, se quitó los zapatos, se desabrochó el sujetador y lo dejó en el suelo. Caballerosamente, Nico había cerrado los ojos. Pero los volvió a abrir justo cuando ella se acababa de quitar las braguitas.

Y entonces, le hizo una petición.

–Quédate ahí, Constantine.

Quería que se quedara allí para mirarla bien, para ver lo que se había estado perdiendo durante un año. Y al sentir su mirada, Constantine supo que no había dejado de pensar en ella en ningún momento.

Segundos después, Nico le ofreció una mano, que ella aceptó.

El agua le pareció muy agradable, aunque no tanto como los brazos del hombre al que deseaba.

Nico la besó dulcemente y dijo:

–Deja que te lave.

Ella sonrió y él la lavó tan dulcemente como la había besado.

Movió las manos sobre ella muy despacio, como si contuvieran jabón de verdad. Cuando terminó de

acariciarle los brazos, pasó a su espalda y, por último, a sus senos. Luego, le echó agua por encima y procedió a lavarle la cara y las orejas con los dedos y con la lengua, de un modo tan lento y atento que Constantine casi olvidó todos sus temores.

No sintió miedo ni cuando él introdujo las manos por debajo del agua y la acarició entre las piernas. No sintió miedo ni cuando él se movió delicadamente entre sus pliegues y ella no pudo hacer otra cosa que apoyarse en su hombro y gemir.

Estaba húmeda y suave por dentro.

Estaba dispuesta.

Como él.

Constantine cerró las piernas alrededor de su cintura y sintió el frío de la piedra contra la espalda. Nico se echó hacia delante y la penetró; pero a diferencia de su primera experiencia sexual, ella no sintió dolor alguno.

Luego, él se movió con tanto cuidado que el agua de la piscina apenas hacía ondas. Pero Constantine quería más, así que cerró las piernas con más fuerza y se empezó a mover más deprisa, hasta que Nico siguió su ritmo.

ritmo.

Por encima de la superficie del agua, eran dos amantes que se limitaban a besarse en la boca y en el cuello. Por debajo de la superficie del agua, estaban conectados. Tan maravillosamente conectados que, poco después, Constantine ya no pudo seguir besándolo y apoyó la cabeza en su pecho.

El orgasmo, al que llegaron casi al unísono, fue profundo y potente. Constantine se alegró de no tener fuerzas para hablar, porque sabía que, si las hubiera tenido, le habría confesado que estaba enamorada de él.

Tras unos segundos de descanso en el agua, Nico la ayudó a salir de la piscina. A ella le temblaban las piernas cuando se inclinó con intención de recoger su ropa interior.

—Déjala ahí.

—¡No puedo dejarla aquí! ¡Despina la encontraría!

Constantine lo dijo por decir, porque sabía que Nico no se lo había pedido porque pretendiera que dejara las braguitas y el sujetador hasta la mañana siguiente, sino porque quería recogerlos él mismo.

—Está bien, como quieras...

Constantine se inclinó y recogió sus prendas, a

sabiendas de que Nico la estaba mirando con atención. Y le gustó tanto que se le llenaron los ojos de lágrimas. Nico le parecía el hombre perfecto.

—¿Ocurre algo, Constantine?

Ella no respondió. Se dirigió hacia la casa y entró en el vestíbulo, pero se detuvo antes de empezar a subir las escaleras.

—¿Adónde ibas? —preguntó él, que la había seguido.

Connie sonrió con ironía.

—A comprobar si Leo estaba bien. No me acordaba de que está con Despina, en su casa —respondió.

—¿Lo echas de menos?

—Siempre.

—Comprendo…

—Pero no me malinterpretes, Nico. La noche está siendo maravillosa… es que me he acostumbrado a cuidar de él.

Nico sacudió la cabeza y se preguntó en voz alta:

—¿Cómo es posible?

—¿A qué te refieres?

—A mi adopción. ¿Cómo es posible que mi verdadera madre renunciara a mí?

Connie se estremeció.

–No lo sé, pero estoy segura de que tendría sus motivos; una madre no renuncia a su hijo así como así –declaró con dolor–. Creo que no deberías juzgarla sin saber…

–¿Sin saber qué?

–Lo que pasó –respondió, nerviosa.

Connie se dijo que se lo contaría a la mañana siguiente, antes de que Despina volviera a la casa con el niño.

Le daría un punto desde el que empezar a buscar.

Se lo daría con la esperanza de que la perdonara por haberse callado lo que sabía, por no haberle dicho nada hasta ese momento.

Pero a pesar de sentirse completamente segura entre sus brazos, no las tuvo todas consigo.

Podía pasar cualquier cosa.

Capítulo 15

NICO abrió los ojos, sobresaltado.

Odiaba aquella pesadilla con todas sus fuerzas. Odiaba el miedo que sentía cuando estaba soñando y odiaba no entender lo que pasaba.

En los últimos tiempos, la pesadilla había cambiado. Ahora soñaba con bebés. Con cientos de bebés que se parecían a él.

Se dijo que debía tranquilizarse y seguir durmiendo. A fin de cuentas, era la primera noche en que Constantine podía dormir sin tener que preocuparse por Leo. Y no la quería despertar. Aunque deseaba hacerle el amor otra vez.

Sin embargo, había decidido esperar a la mañana.

Durante toda su vida, se había negado a hacer el amor al alba porque le parecía un acto demasiado íntimo, casi como aceptar que tenía interés en continuar con una relación. Pero con Constantine no tenía ese miedo. Empezaba a pensar que podía tener un futuro con ella; un futuro con un hijo, una casa y un jardín lleno de recuerdos.

Pasó las manos por su cuerpo desnudo y supo que quería vivir con aquella mujer.

Lo supo y pensó que aquello era perfecto y que nada podía salir mal.

Pero Constantine no era de la misma opinión. Se había despertado sin que Nico se diera cuenta y se estaba fingiendo dormida mientras él la acariciaba.

Ya no podía seguir mintiendo.

Había llegado el momento de confesar lo que sabía.

–¿Nico?

Nico la miró a la cara y sonrió al ver que había abierto los ojos.

–¿Sí?

–¿Puedo decirte algo?

–Después de hacer el amor…

Nico la tomó entre sus brazos, pero ella se resistió.

Nico la tomó entre sus brazos, pero ella se resistió.

–Nico, por favor… es importante.

Constantine no exageró. Era realmente importante.

Y Nico la miró con interés porque pensaba que le iba a decir que Leo era hijo suyo y que ella estaba enamorada de él.

Y la miró con deseo porque quería estar dentro de su cuerpo cuando se lo dijese.

–Dímelo.

Se puso sobre ella y le besó las mejillas.

Pero Constantine apartó la cara.

–Nico, te lo ruego…

Nico entró en su cuerpo como si le perteneciera. Ella no se resistió. Su cuerpo se abrió como si efectivamente fuera de él.

Sin embargo, su mente estaba en otro lado.

–Sé quién organizó tu adopción.

Nico no dejó de moverse.

Miró a la mujer que podría haberlo convertido en padre; a la mujer a quien habría amado durante el resto de su vida. Pero no dejó de moverse.

Constantine intentó contener su propio deseo e impedir la llegada del orgasmo. Pero no lo consiguió.

Nico quería que llegara al clímax.

Y se siguió moviendo, aumentando el ritmo y la fuerza de las acometidas, hasta que Connie soltó un grito y se dejó arrastrar al placer.

Entonces, él se detuvo y preguntó:

–¿Lo sabes?

–Sí.

–¿Desde cuándo?

Nico todavía no había salido de ella.

–¿Desde cuándo lo sabes? –insistió.

–Desde el año pasado.

Él salió de su cuerpo por fin, se sentó en la cama y le dedicó una mirada llena de incredulidad y desconcierto.

–¿Y me lo has estado ocultando? ¿Sabías que estaba desesperado por saber lo sucedido y te lo has callado? –preguntó, atónito.

Ella sacudió la cabeza con desesperación.

–No encontraba la forma de decírtelo…

–Pues será mejor que la encuentres ahora –rugió él.

Constantine dudó durante unos segundos.

–Encontré tu certificado de nacimiento. El certificado real.

–¿Dónde?

–En el despacho de mi padre.

Nico se preguntó si Connie se había vuelto loca o si era él quien estaba perdiendo el juicio. Aquello no tenía sentido.

–¿En el despacho de tu padre?

–Sí, me temo que mi padre organizó o… bueno, en realidad fue el intermediario de… –acertó a responder.

–¿Me estás diciendo que tu padre me vendió?

–No es eso.

–Entonces, ¿qué es?

–Tus padres actuales querían quedarse contigo y él manipuló el certificado de nacimiento para que te pudieran tener.

–Es decir, me vendió.

–No, no…

Nico se levantó de la cama y se empezó a vestir, dominado por la ira. Mientras se vestía, ella tiró de la sábana y se la enrolló alrededor del cuerpo.

–Sí –continuó Constantine entre sollozos–. Te vendió.

Él no fue capaz de decir nada. No podía creerse que

la verdad fuera tan terrible; que el padre de Connie y sus propios padres hubieran comprado a un niño como si fuera un simple objeto.

–Y hay algo más, Nico.

Nico rezó para que Constantine le confesara que Leo era hijo suyo, para que le dijera que al menos tenía una familia.

No quería que aquella historia fuera cierta. Solo deseaba volver a la cama, quedarse con ella y con Leo y descubrir que por fin tenía la familia que la vida le había negado de un modo tan cruel.

–¿Qué más puede haber?

–Tienes un hermano. Un hermano gemelo. Él se sintió completamente perdido.

–Sé que debería habértelo dicho –siguió diciendo Connie–. Te aseguro que deseaba decírtelo, pero...

–Pero hay muchas cosas que no me has dicho, ¿verdad? Muchas cosas que tengo derecho a saber, Constantine –declaró con cansancio–. Adelante, dímelo. Ya que has empezado, dime toda la verdad.

–¿Qué quieres saber? –preguntó, confusa.

–Oh, vamos...

Ella lo miró sin entender nada.

Ella lo miró sin entender nada.

–¿Cuándo pensabas decírmelo? ¿Querías hablar con un abogado antes de hablar conmigo? ¿O habías pensado decírselo a tu padre para que ejerciera de intermediario como hizo entonces? –preguntó Nico.

Constantine guardó silencio. Sabía que se refería a Leo.

–Te traje a esta casa y te ayudé en todo lo que pude –continuó Nico– , pero no fuiste capaz de decirme nada. E incluso ahora, te limitas a permanecer sentada ahí, en la cama, y te niegas a decir la verdad.

–¿Decírtelo? ¿Qué locura es esta? ¡Ambos sabemos que son las ocho!

–¿De qué estás hablando?

–De que tenemos un reloj junto a la cama y de que los dos sabemos que marca las ocho. Preguntarme eso es como preguntarme qué hora es cuando es tan evidente que puedes verlo por ti mismo.

–¡Pero yo estoy hablando de Leo! ¡No de la hora! ¡Estoy hablando de mi hijo!

–De tu hijo –repitió ella–. ¿Y qué esperas de mí? ¿Que declare oficialmente tu paternidad? ¿Para qué? ¿Para que desconfíes de mí y exijas una prueba de

ADN?

–Constantine…

–¿Cómo te atreves a dudar de que Leo sea tu hijo? ¡Sabes perfectamente que yo era virgen cuando me acosté contigo! –exclamó, furiosa–. Sabes que no me había acostado con nadie y que solo te he amado a ti.

De repente, Nico se alejó hacia la puerta.

–¿Adónde vas? –preguntó ella.

–¿Adónde crees que voy?

Constantine lo agarró del brazo para intentar detenerlo, pero él se liberó con facilidad y salió de la habitación.

Momentos más tarde, ella oyó el sonido de unos neumáticos en el vado de la casa y de un coche que se alejaba en la distancia.

Asustada, pensó que debía llamar a su padre y advertirle.

No por él, sino por Nico.

Por miedo a lo que pudiera hacer.

Capítulo 16

RONNIE pensó que lo mataría.

Que encontraría la casa de su padre y lo mataría.

Y no andaba desencaminada, porque esa era precisamente la intención de Nico mientras pisaba el acelerador y conducía a la luz del alba. En su mente no había nada salvo el deseo de vengarse, sin pensar en las consecuencias. Estaba tan fuera de sí que, cuando se vio obligado a detener el coche en un paso a nivel con barrera, pulsó el claxon con nerviosismo.

Mientras tanto, Connie corrió al teléfono y marcó el número de sus padres, pero no los pudo localizar.

En su desesperación, se dirigió a la casa de Despina

a toda prisa y llamó a la puerta. Cuando el ama de llaves la abrió, malinterpretó su preocupación y dijo:

–Leo se encuentra bien...

–No estoy aquí por Leo.

–Entonces, ¿qué haces aquí?

Connie respiró hondo.

–¿Podrías llevarme a casa de mis padres? Paulo apareció en ese momento y Connie se giró hacia él.

–Por favor... Nico se dirige hacia allí...

Por supuesto, Paulo se prestó a llevarla a casa de sus padres. Pero su coche no podía competir con el deportivo de Nico; era un viejo utilitario y, por si eso fuera poco, el anciano Paulo no estaba en condiciones de hacer carreras.

Connie estaba cada vez más nerviosa. El tiempo pasaba y todavía no habían llegado.

Se giró hacia Despina y su hijo, que viajaba en brazos de la mujer, y los miró con horror.

–No te preocupes. Nico es un buen hombre. No hará nada malo –le aseguró el ama de llaves.

Connie no necesitaba que se lo dijera. En efecto, Nico era un buen hombre. Pero le habían hecho algo terrible. Y cuando Paulo detuvo el vehículo en el paso a

terrible. Y cuando Paulo detuvo el vehículo en el paso a nivel y preguntó si habían visto a un joven en un deportivo plateado, Connie se sintió desfallecer. El guardia comentó que había pasado por allí y que su conductor parecía fuera de sí.

Por fortuna, Paulo tenía una ventaja en relación con Nico; conocía Xanos como la palma de su mano y llegaron a la casa de los padres de Constantine poco después.

Mientras se acercaban, Connie cerró los ojos. Temía que en la calle hubiera un coche patrulla y grupos de curiosos.

Pero no vio a nadie.

Ni siquiera estaba el coche de Nico.

Salió del vehículo tan deprisa como pudo, le pidió a Despina que se quedara con Leo y llamó a la puerta de la casa.

Su padre abrió y dijo, sin mirar:

–Lo siento. No doy dinero a los mendigos.

En ese momento, Constantine pensó que si Nico no mataba a su padre, lo haría ella misma.

–¿A los mendigos? ¿Es que no reconoces ni a tu propia hija? Pues quizás reconozcas entonces a tu nieto.

El hijo de Nico Eliades.

Su padre se quedó atónito.

–Nico lo sabe, papá. Nico sabe lo que le hicisteis. Y aparecerá aquí, en tu casa, en cualquier momento –le advirtió.

El padre de Connie intentó justificar lo que había hecho. Buscó todo tipo de excusas, pero ella no estaba dispuesta a escuchar.

–Dame las llaves de tu despacho –ordenó.

–¿Las llaves de mi despacho?

–Ya me has oído.

Connie necesitaba entrar en el despacho para encontrar los documentos y dárselos a Nico cuando llegara.

Para devolverle su identidad.

Capítulo 17

NICO no se calmó durante la corta espera en el paso a nivel. Pulsó el claxon hasta que el guardia levantó la barrera y luego siguió a toda prisa hacia la ciudad, dispuesto a terminar con la vida del hombre que había destruido la suya.

Pero nadie parecía conocer la dirección del padre de Constantine.

Cada vez que se detenía y preguntaba a alguien en una calle, la gente se limitaba a encogerse de hombros y a seguir su camino.

Nico comprendió lo que ocurría.

Nadie le quería dar la dirección porque nadie habría dado una dirección a un hombre que parecía un loco.

Por fin, detuvo el vehículo y se obligó a pensar.

Constantine le había comentado en cierta ocasión que la casa de sus padres estaba cerca de la taberna; pero naturalmente, no se podía dedicar a llamar a la puerta de todas las casas. Antes de que encontrara la que buscaba, alguien llamaría al departamento de policía o pondría sobre aviso al canalla en cuestión.

En lugar de eso, decidió entrar en la taberna y preguntar allí. Podía llamar por teléfono a Charlotte y pedirle que localizara su dirección por otros medios, pero no quería involucrar a su secretaria.

Solo tenía que calmarse un poco, sentarse en la barra, pedir un café y charlar tranquilamente con el camarero, para no llamar la atención.

Mientras se tomaba el café, vio una botella de calamari, el licor típico de la zona, y deseó haberse tomado una copa con Constantine y haberse dado un paseo por la playa, como los dos jóvenes amantes que eran, en lugar de encontrarse en mitad de aquella pesadilla.

Justo entonces, se miró en el espejo del otro lado de la barra y contempló sus propios ojos, los que indudablemente tendría su hermano gemelo, los que

indudablemente tendría su hermano gemelo, los que tenía el pequeño Leo.

Constantine tenía razón.

No debía haber dudado de ella.

Leo era hijo suyo. No necesitaba que nadie se lo dijera.

Y eso significaba que ahora era padre.

Y aunque una parte de su mente seguía pidiendo venganza, la parte más racional se impuso y le obligó a terminarse el café y a pedir un licor.

Mientras se lo bebía, pensó en su gemelo. Los acontecimientos se habían desarrollado de tal forma que no había pensado en él hasta ese momento.

Se preguntó cómo sería.

Y se dijo que necesitaba nombres.

Que necesitaba fechas.

Que necesitaba detalles.

Llamó al camarero y preguntó por la dirección del padre de Constantine. El camarero se la dio de inmediato.

Nico pagó la cuenta y salió a la calle.

Después, empezó a caminar hacia la colina donde estaba la casa que buscaba. Cuando llegó, llamó al

timbre varias veces. Volvía a estar enfadado con el hombre que le había vendido; pero ya no quería matar a nadie.

Sorprendentemente para él, Constantine abrió la puerta.

Llevaba el mismo vestido que había llevado la noche anterior, pero arrugado. Nico notó que había estado llorando y oyó protestas a su espalda, protestas que le decían que cerrara la puerta y que no le dejara entrar.

Pero Constantine se mantuvo en el umbral, impertérrita.

–Toma.

Ella le dio los documentos del despacho y él los ojeó hasta encontrar primero el nombre de Alexandros Kargas, su hermano gemelo, y después los nombres de sus padres.

El gran rompecabezas de su vida había cobrado forma de repente.

–Dios mío…

–¿Qué ocurre?

Nico miró el apellido de soltera de su madre con evidente sorpresa.

—Que la casa que compré es la de mi abuelo... —contestó—. Ahora entiendo que me resultara tan familiar.

Constantine no dijo nada.

—¿Puedo entrar?

Ella no esperaba que se lo pidiera, de modo que se apartó y le dejó entrar.

Pero Nico entró en la casa sin aspaviento alguno, con una tranquilidad casi mortal. Fue el padre de Connie quien se levantó de repente de su silla y se dirigió al recién llegado con una violencia apenas contenida.

—¡Hice lo correcto! ¡Hice lo mejor para ti!

Nico se mantuvo en silencio. A fin de cuentas, no le había pedido ninguna explicación.

—Tu madre era una prostituta, una borracha. Si te hubieras quedado con ella, no habrías tenido nada.

Nico apretó los labios con tanta fuerza que se le quedaron blancos.

—¿Y pretendes que te esté agradecido? —contraatacó.

Sus palabras sonaron tan frías que el padre de

Constantine se quedó sin habla.

–¿Qué hay de mi padre? ¿Qué sabes de mi padre y de mi hermano?

–Que vivían en el sur. Tu padre era un canalla, un animal que pegaba a tu madre. ¿Habrías preferido que te enviara con él?

–Has dicho que era un canalla. ¿Significa eso que está muerto?

–Sí, falleció hace años.

–¿Y mi hermano?

–Tu hermano se marchó de la isla.

–Comprendo.

–Te hice un favor, Nico. Solo te hice un favor.

Nico se puso tenso. Ardía en deseos de darle una lección a aquel individuo; pero era un anciano y no podía golpear a un viejo.

Así que utilizó las palabras.

–Así que me hiciste un favor, ¿eh? Si estás tan seguro de eso, ¿por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no justificaste lo que habías hecho?

–Yo...

–Me vendiste. Me vendiste como vendiste después a tu hija. Dime una cosa... ¿qué mentiras y oscuros

a tu hija. Dime una cosa… ¿qué mentiras y oscuros acuerdos amenazó Dimitri con contar si no vendías a tu hija para que se casara con Stavros y disimulara su homosexualidad?

El padre de Constantine palideció mientras Nico le exponía los secretos que se encontraban en los documentos.

Incluso se llevó las manos al pecho, fingiendo que le dolía.

Pero Nico no se dejó engañar. Simplemente, le dijo que estaba harto de hablar con él y se giró hacia su hija.

Los ojos de Connie se habían llenado de lágrimas.

–Ven conmigo –ordenó.

–Habla con él, Connie –le rogó su madre–. Cuéntale las cosas malas que nos pasarán si esto se llega a saber… Dile que arruinará la reputación de su propio hijo… Díselo, Connie, por favor. Te lo ruego.

–No me llamo Connie. Me llamo Constantine.

–¿Cómo?

–Y no intentes utilizar a Leo para ocultar la verdad. Nico hará lo que crea que tiene que hacer. Y yo lo apoyaré en todo momento.

Constantine y Nico se alejaron de la casa. Cuando

llegaron al coche de Paulo, Nico les dio las gracias a él y a Despina por lo que habían hecho y le pidió a Connie que llevara a Leo con ellos, aunque los ancianos se prestaron a cuidar de él.

Durante los minutos siguientes, se dedicaron a pasear por las calles de la localidad.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó ella en determinado momento.

Aún estaba preocupada por lo que le pudiera pasar a su padre.

—Buscar a mi hermano.

—Te ayudaré a encontrarlo.

—Gracias.

—Nico, no te puedo pedir que perdones a mi padre cuando ni yo misma soy capaz de perdonarlo, pero de todas formas…

Constantine no terminó la frase. Rompió a llorar.

Él respiró hondo y dijo:

—Puede que algún día lo perdone y que perdone a las dos personas que se han hecho pasar por mis padres durante estos años. Pero sea como sea, te doy mi palabra de que no te obligaré a elegir entre tu familia y

yo.

Constantine siguió llorando un poco más, pero se sentía aliviada.

Y se sintió aún más aliviada cuando, de repente, Nico se inclinó sobre ella y tomó al pequeño en brazos.

–Vine a esta casa para matar a tu padre. Estaba tan furioso…

Ella no dijo nada. Lo dejó hablar.

–Entré en la taberna y pregunté por su dirección –continuó–. Luego, mientras caminaba hacia la casa, me di cuenta de hasta qué punto me habría gustado que las cosas fueran de otro modo. Si yo hubiera vivido aquí, en Xanos, y te hubiera conocido, es posible que hubiera pedido tu mano hace años y que ya estuviera casado contigo… Pero no te preocupes por nada. Te quiero tanto a ti y quiero tanto a Leo que no haré nada contra él.

Constantine rompió a llorar de nuevo. Y esa vez no lloró de alivio, sino porque entendía que Nico estaba haciendo un gran esfuerzo al pronunciar aquellas palabras.

Nunca había creído en el amor porque le habían

quitado el amor demasiadas veces.

–Dímelo, Nico, por favor. Dime que me amas.

–Acabo de hacerlo. Te he dicho lo mucho que me importas…

–Pero no es lo mismo.

–¿Por qué no? Ambos sabemos que…

Nico suspiró de repente y pronunció unas palabras que jamás había pensado que llegaría a pronunciar.

–Te amo, Constantine.

A continuación, le dedicó una sonrisa que era solo para ella. Y consiguió arrancarle una carcajada en el día que, hasta unos minutos antes, parecía destinado a ser el peor día de su existencia.

–Tendremos otra noche de bodas, amor mío –continuó él–. Una noche en la que volverás a ser, nuevamente, mi esposa.

Epílogo

NADA podía haber preparado a Nico para el impacto de aquella llamada telefónica. Tras una dura semana de trabajo, había vuelto a casa sin más intención que quitarse el traje y reunirse con su flamante esposa en la piscina.

Su boda había sido sencilla. Sus respectivas familias seguían demasiado afectadas para celebrar lo sucedido, pero se recuperaban poco a poco. Y con Charlotte como organizadora y fotógrafa y Despina y Paulo como testigos, se habían casado y habían regresado a la suite del hotel donde habían hecho el amor por primera vez.

Pero en esa ocasión, como marido y mujer.

Nico era el hombre más feliz del mundo. No deseaba

otra cosa que volver a casa con su mujer y jugar con su hijo. Porque por fin había entendido que las tardes y los fines de semana estaban pensados para disfrutar de la vida.

Xanos era su hogar.

Y no era un hogar cualquiera. A fin de cuentas, la casa donde vivían había sido la casa de su abuelo. Y el rompecabezas que ahora colgaba de una pared, también había sido obra de su abuelo.

Incluso cabía la posibilidad de que los dos niños que aparecían en la imagen fueran Alexandros y él mismo. De hecho, Nico estaba convencido de ello.

Pero la búsqueda de su hermano no estaba resultando tan fácil como la culminación del rompecabezas. En Grecia había muchos Alexandros Kargas; tantos que no lo encontraba en ninguna parte.

Y entonces, recibió la llamada.

–¿No podrías esperar hasta el lunes? –gruñó Constantine cuando Nico dejó al niño en el suelo y alcanzó el teléfono.

–Solo serán dos minutos. Dos minutos y desconectaré el móvil. Te lo prometo.

Pero fueron más de dos minutos

Pero fueron más de dos minutos.

Mucho más.

Mientras Nico hablaba, Constantine se dedicó a contemplar la puesta de sol y miró a Leo, que se estaba quedando dormido.

Decidió bañar al pequeño y cambiarle de ropa, pero cuando se levantó y se dirigió a la casa, Leo le apoyó la cabecita en el hombro y no tuvo corazón para despertarlo y bañarlo. Además, quería estar con su marido.

Al final, dejó al pequeño en la cuna, le cambió el pañal con mucho cuidado y lo tapó con una manta. Después, miró a su hijo y sus ojos se llenaron de lágrimas. No sabía por qué, pero sospechaba que la persona que había llamado por teléfono le estaba dando a Nico la noticia que había esperado durante tanto tiempo.

Cuando volvió al salón, descubrió a Nico delante del rompecabezas.

Lo estaba mirando de una forma extraña.

Constantine cruzó la habitación y se detuvo a su lado, sabiendo que necesitaba hablar. Todavía estaban buscando a Roula, su madre. Y ni siquiera sabía si

Alexandros y él habían vivido realmente en esa casa; según las declaraciones de los vecinos, era posible que hubieran vivido en otra parte y que su abuelo hubiera pintado a los niños a partir de sus recuerdos o de su imaginación.

–No sé si voy a conseguir las tierras que quería. Su propietario sigue diciendo que no las quiere vender.

–Ah.

Ella frunció el ceño. No se imaginaba que hubiera estado hablando sobre las tierras que pretendía comprar; pensaba que había recibido alguna noticia sobre su hermano y que su búsqueda había, por fin, concluido.

Además, tampoco entendía que las tierras le interesaran tanto. Sobre todo, porque Nico ya la había convencido de que Leo y ella eran lo único que le importaba.

–El dueño de esas tierras se llama Zander. Charlotte me ha llamado para decírmelo. Zander… Kargas.

–Oh, Dios mío… ¿Has dicho Kargas?

–En efecto.

—Pero puede que sea cualquier otro Kargas. Eso no significa que tenga una relación familiar con tu hermano —observó ella—. Tienes que hablar con él inmediatamente. ¿Crees que podría ser… ? ¿Crees que podría saber…?

—Lo sabe —contestó Nico—. Estoy seguro de ello. De lo contrario, no habría cambiado de opinión. Ahora está dispuesto a venderme las tierras.

—Bueno, puede que esté dispuesto porque le vas a pagar una fortuna…

Nico sacudió la cabeza.

—No, no es por eso. Me las vende porque sabe quién soy.

Nico le dio su teléfono móvil y le enseñó las imágenes que acababa de descargar.

Fue algo realmente extraño. El hombre que aparecía en ellas era la viva imagen de Nico, pero no se parecía nada a él. Su aspecto era mucho más duro. Tan duro que, si se lo hubiera cruzado por la calle, habría mantenido las distancias.

—La casa de mis padres fue la primera que derribó —siguió diciendo Nico—. Supongo que, tras haber crecido

con ese canalla, quería borrar los malos recuerdos. Acabo de localizarlo. Y por lo que he averiguado de él, no creo que me vendiera esas tierras por simple amor fraternal... Vive en Australia, pero me ha dicho que quiere venir a verme. Creo que solo pretende impresionarme. Tengo la impresión de que está jugando a algún tipo de juego.

–No puedes estar seguro de eso...

Nico lo estaba, pero Leo se puso a llorar en ese momento y le ahorró las explicaciones.

Se dirigió a la habitación y se dedicó a consolar al bebé mientras Constantine lo miraba desde la entrada.

Como la primera vez, Nico tomó la manita del niño y le metió su minúsculo pulgar en la boca. Connie contempló la escena con amor y con angustia, porque sabía que su esposo seguía preocupado ante la perspectiva de conocer a su hermano gemelo.

Cuando se alejó de Leo y caminó hacia ella, le preguntó:

–¿La idea de ver a tu hermano te pone nervioso?

Nico sacudió la cabeza.

–No. Es demasiado importante para ponerme nervioso.

nervioso.

–¿Seguro?

–Bueno, puede que un poco… –admitió.

Constantine pensó en el futuro, en encontrar las respuestas que buscaban. Pero estaba segura de una cosa. Y no solo en lo tocante a Nico, sino también a ella.

Estaba segura de su amor.

–Sí, me pone un poco nervioso –continuó Nico–. Pero luego me recuerdo que no tengo nada de lo que preocuparme.

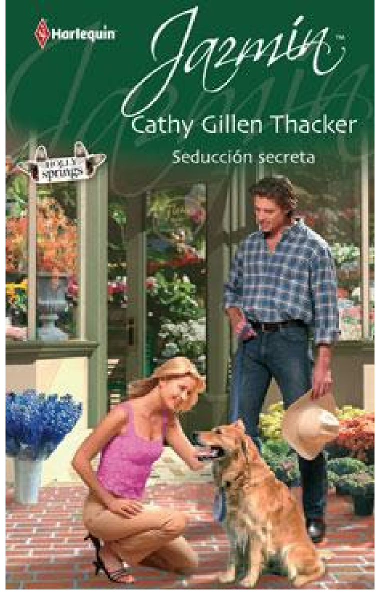
Nico le dedicó la mejor de sus sonrisas, la que siempre conseguía que Constantine olvidara todos los problemas.

Y entendió exactamente lo que su esposo quería decir cuando bajó la cabeza para besarla y añadió:

–A fin de cuentas, sé que, traiga lo que traiga el día, volveré contigo cuando caiga la noche.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

Pincha **aquí** y descubre un nuevo romance.



www.harlequinibericaebooks.com